

## LAS COSMICOMICAS (1965)

Italo Calvino

### La distancia de la luna

*Hubo un tiempo, según Sir George H Darwin, en que la Luna estaba muy cerca de la Tierra. Las mareas fueron poco a poco empujándola lejos, esas mareas que ella, la Luna, provoca en las aguas terrestres y en las cuales la Tierra pierde lentamente energía.*

¡Claro que lo sé –exclamó el viejo Qfwfq–, ustedes no pueden acordarse, pero yo sí. La teníamos siempre encima, a la Luna, desmesurada; en plenilunio –noches claras como de día, pero con una luz color manteca– parecía que iba a aplastarnos; en novilunio rodaba por el cielo como un paraguas negro llevado por el viento, y en cuarto creciente se acercaba con los cuernos tan bajos que parecía a punto de ensartar la cresta de un promontorio y quedarse allí anclada. Pero todo el mecanismo de las fases marchaba de una manera diferente de la de hoy, porque las distancias del Sol eran distintas, y las órbitas, y la inclinación de no recuerdo qué; además, eclipses, con Tierra y Luna tan pegadas, los había a cada rato, imagínense si esas dos bestias no iban a encontrar manera de hacerse continuamente sombra una a la otra.

¿La órbita? Elíptica, naturalmente, elíptica; por momentos se nos echaba encima, por momentos remontaba vuelo. Las mareas, cuando la Luna estaba más baja, subían que no había quien las sujetara. Eran noches de plenilunio bajo bajo y de marea alta alta y si la Luna no se mojaba en el mar era por un pelo, digamos, por pocos metros. ¿Si nunca habíamos tratado de subirnos? ¡Cómo no! Bastaba llegar justo debajo con la barca, apoyar una escalera y arriba.

El punto donde la Luna pasaba más bajo estaba en mar abierto, en los Escollos de Zinc. Ibamos en esas barquitas de remos que se usaban entonces, redondas y chatas, de corcho. Éramos varios: yo, el capitán Vhd Vhd, su mujer, mi primo el sordo y a veces la pequeña Xlthlx, que entonces tendría doce años. El agua estaba aquellas noches tranquilísima, plateada que parecía mercurio, y los peces, adentro, violetas, que no podían resistir a la atracción de la Luna y salían todos a la superficie, y también pulpos y medusas de color azafrán. Había siempre un vuelo de animalitos menudos –pequeños cangrejos, calamares y también algas livianas y diáfanas y plantitas de coral– que se despegaban del mar y termnaban en la Luna, colgando de aquel techo calcáreo, o se quedaban allí en mitad del aire, en un enjambre fosforescente que ahuyentábamos agitando hojas de banano.

Nuestro trabajo era así: en la barca llevábamos una escalera; uno la sostenía, otro subía y otro le daba a los remos hasta llegar debajo de la Luna; por eso teníamos que ser tantos (sólo he nombrado a los principales). El que estaba en la cima de la escalera, cuando la barca se acercaba a la Luna gritaba espantado: "¡Alto! ¡Alto! ¡Me voy a pegar un cabezazo!" Era la impresión que daba viéndola encima tan inmensa, tan erizada de espinas filosas y bordes mellados y dentados. Ahora quizá sea distinto, pero entonces la Luna, o mejor dicho el fondo, el vientre de la Luna, en fin, la parte que pasaba más arrimada a la Tierra hasta casi rozarla, estaba cubierta de una costra de escamas puntiagudas. Al vientre de un pez se parecía y también el olor, por lo que recuerdo, era si no exactamente de pescado, apenas más leve, como de salmón ahumado.

En realidad, desde lo alto de la escalera se llegaba justo a tocarla extendiendo los brazos, de pie, en equilibrio sobre el último peldaño. Habíamos tomado bien las medidas (todavía no sospechábamos que se estaba alejando); en lo único que había que fijarse bien era en la forma de poner las manos. Yo elegía una escama que pareciera sólida (nos tocaba

subir a todos, por turno, en tandas de cinco o seis), me agarraba con una mano, después con la otra e inmediatamente sentía que escalera y barca se me escapaban y el movimiento de la Luna me arrancaba a la atracción terrestre. Sí, la Luna tenía una fuerza que te arrastraba, lo sentías en aquel momento de paso entre una y otra; había que incorporarse de repente, con una especie de cabriola, aferrarse a las escamas, alzar las piernas para encontrarse de pie en el fondo lunar. Visto desde la Tierra parecías colgado cabeza abajo, pero para ti era la misma posición de siempre, y lo único extraño era, al alzar los ojos, verte encima la capa del mar luciente con la barca y los amigos patas arriba, balanceándose como un racimo de sarmiento.

En aquellos saltos el que desplegaba un gran talento era mi primo el sordo. Sus toscas manos, apenas tocaban la superficie lunar (era siempre el primero que saltaba la escalera), se volvían de pronto suaves y seguras. Encontraban en seguida el punto a que debían agarrarse para izarse, y parecía que le bastaba la presión de las palmas para adherirse a la corteza del satélite. Una vez tuve realmente la impresión de que la Luna se le acercaba cuando él le tendía las manos.

Igualmente hábil era en el descenso a Tierra, operación más difícil todavía. Para nosotros consistía en un salto en alto, lo más alto posible, con los brazos levantados (visto desde la Luna, porque visto desde la Tierra en cambio se parecía más a una zambullida, o a nadar en profundidad, con los brazos colgando), en fin, igual al salto desde la Tierra, sólo que ahora faltaba la escalera porque en la Luna no había nada donde apoyarla. Pero mi primo, en vez de echarse con los brazos adelante, se inclinaba sobre la superficie lunar con la cabeza hacia abajo como para una cabriola, y se ponía a dar saltos haciendo fuerza con las manos. Desde la barca lo veíamos de pie en el aire como si sostuviera la enorme pelota de la Luna y la hiciera rebotar golpeándola con las manos, hasta que sus piernas quedaban a nuestro alcance y conseguíamos atraparlo por los tobillos y bajarlo a bordo.

Ahora me preguntarán ustedes qué diablos íbamos a hacer en la Luna, y les explico. Íbamos a recoger leche, con una gran cuchara y un balde. La leche lunar era muy densa, como una especie de requesón. Se formaba en los intersticios entre escama y escama por la fermentación de diversos cuerpos y sustancias de origen terrestre, procedentes de los prados y montes y lagunas que el satélite sobrevolaba. Se componía esencialmente de: jugos vegetales, renacuajos, asfalto, lentejas, miel de abejas, cristales de almidón, huevos de esturión, mohos, pollitos, sustancias gelatinosas, gusanos, resinas, pimienta, sales minerales, material de combustión. Bastaba meter la cuchara debajo de las escamas que cubrían el suelo costroso de la Luna para retirarla llena de aquel precioso lodo. No en estado puro, claro; las escorias eran muchas: en la fermentación (la Luna atravesaba extensiones de aire tórrido sobre los desiertos) no todos los cuerpos se fundían; algunos permanecían hincados allí: uñas y cartílagos, clavos, hipocampos, carozos y pedúnculos, pedazos de loza, anzuelos de pescar, a veces hasta un peine. De modo que ese puré, después de recogido, había que descremarlo, pasarlo por un colador. Pero la dificultad no era ésa, sino cómo enviarlo a la Tierra. Se hacía así: cada cucharada se disparaba hacia arriba manejando la cuchara como una catapulta, con las dos manos. El requesón volaba y si el tiro era bastante fuerte iba a estrellarse en el techo, es decir, en la superficie marina. Una vez allí quedaba flotando y recogerlo desde la barca era fácil. También en estos lanzamientos mi primo el sordo desplegaba una particular habilidad; tenía pulso y puntería; con un golpe decidido conseguía centrar su tiro en un balde que le tendíamos desde la barca. En cambio yo a veces erraba el tiro; la cucharada no conseguía vencer la atracción lunar y me caía en un ojo.

Todavía no les he dicho todo sobre las operaciones en que mi primo se destacaba. Aquel trabajo de exprimir leche lunar de las escamas era para él una especie de juego; en lugar de la cuchara a veces le bastaba meter debajo de las escamas la mano desnuda o sólo un dedo. No procedía con orden sino en puntos aislados, yendo de uno a otro a saltos, como si quisiera hacer bromas a la Luna, darle sorpresas o directamente hacerle cosquillas. Y donde él metía la mano saltaba el chorro de leche como de las ubres de una cabra. Tanto que nos bastaba irle detrás y recoger con las cucharas la sustancia que aquí y allá hacía rezumar, pero siempre como por casualidad, porque los itinerarios del sordo no parecían responder a ningún propósito práctico definido. Había puntos, por ejemplo, que tocaba

solamente por el gusto de tocarlos: intersticios entre escama y escama, pliegues desnudos y tiernos de la pulpa lunar. A veces mi primo apretaba, no con los dedos de la mano, sino –en un impulso bien calculado de sus saltos– con el dedo gordo del pie (subía a la Luna descalzo) y parecía que aquello fuera para él el colmo de la diversión, a juzgar por el gañido que emitía su úvula, y los nuevos saltos que seguían.

El suelo de la Luna no era uniformemente escamoso, sino que mostraba zonas desnudas irregulares de una resbalosa arcilla pálida. Al sordo esos espacios suaves le daban antojos de cabriolas o de vuelos casi de pájaro, como si quisiera incrustarse en la pasta lunar con toda su persona. Como se iba alejando, en cierto momento lo perdíamos de vista. En la Luna se extendían regiones que nunca habíamos tenido motivo o curiosidad de explorar, y allí desaparecía mi primo; y a mí se me había ocurrido que todas aquellas cabriolas y pellizcos en que se desahogaba delante de nuestros ojos sólo eran una preparación, un prelude a algo secreto que debía desarrollarse en las zonas ocultas.

Un humor especial era el nuestro, en aquellas noches de los Escollos de Zinc, alegre pero un poco expectante, como si dentro del cráneo sintiéramos, en lugar del cerebro, un pez que flotara atraído por la Luna. Y así navegábamos haciendo música y cantando. La mujer del capitán tocaba el arpa; tenía brazos larguísimos, plateados aquellas noches como anguilas, y axilas oscuras y misteriosas como erizos marinos; y el sonido del arpa era tan dulce y agudo, tan dulce y agudo, que casi no se podía sopobar, y teníamos que lanzar grandes gritos, no tanto para acompañar la música como para protegernos el oído.

Medusas transparentes afloraban a la superficie marina, vibraban un poco, echaban a volar hacia la Luna ondulando. La pequeña Xlthlx se divertía atrapándolas en el aire, pero no era fácil. Una vez, al tender los bracitos para agarrar una, dio un pequeño salto y se encontró también suspendida. Como era flaquita le faltaban algunas onzas para que la gravedad la devolviera a la Tierra venciendo la atracción lunar, así que volaba entre las medusas colgando sobre el mar. De pronto se asustó, se echó a llorar, después se rió y se puso a jugar atrapando al vuelo crustáceos y pececitos, llevándose algunos a la boca y mordisqueándolos. Nosotros navegábamos siguiéndola; la Luna corría por su elipse arrastrando aquel enjambre de fauna marina por el cielo, y una cola de algas ensortijadas, y la niña suspendida en el medio. Tenía dos trencitas delgadas, Xlthlx, que parecían volar por su cuenta, tendidas hacia la Luna; pero entre tanto pataleaba, daba puntapiés al aire como si quisiera combatir aquel influjo, y los calcetines –había perdido las sandalias en el vuelo– se le escurrían de los pies y colgaban atraídos por la fuerza terrestre. Nosotros subidos a la escalera tratábamos de agarrarlos.

Aquello de ponerse a comer los animalitos suspendidos había sido una buena idea; cuanto más aumentaba el peso de Xlthlx, más bajaba hacia la Tierra; además, como entre aquellos cuerpos suspendidos el suyo era el de mayor masa, moluscos y algas y plancton empezaron a gravitar sobre ella y en seguida la niña quedó cubierta de minúsculas cáscaras silíceas, caparazones quitinosos, carapachos y filamentos de hierbas marinas. Y cuanto más se perdía en esa maraña, más iba librándose del influjo lunar, hasta que rozó la superficie del agua y se zambulló.

Remamos rápido para recogerla y socorrerla; su cuerpo estaba imantado y tuvimos que esmerarnos para quitarle todo lo que se le había incrustado. Corales tiernos le envolvían la cabeza, y del pelo, cada vez que pasaba el peine, llovían anchoas y camarones; los ojos estaban tapados por caparazones de lapas que se pegaban a los párpados con sus ventosas; tentáculos de sepias se enroscaban alrededor de los brazos y el cuello; la chaquetita parecía entretejida sólo de algas y de esponjas. Le quitamos lo más gordo; y durante semanas ella siguió despegándose mejillones y conchillas, pero la piel marcada por menudísimas diatomeas, eso le quedó para siempre, bajo la apariencia –para quien no lo observaba bien– de un sutil polvillo de lunares.

Así de disputado era el intersticio entre Tierra y Luna por los dos influjos que se equilibraban. Diré más: un cuerpo que bajaba a Tierra desde el satélite permanecía por algún tiempo cargado de fuerza lunar y se negaba a la atracción de nuestro mundo. Incluso yo, a pesar de ser alto y gordo, cada vez que había estado allá tardaba en acostumbrarme de nuevo al arriba y al abajo terrestres, y los amigos tenían que atraparme por los brazos y

retenerme a la fuerza, colgados en racimo de la barca oscilante mientras yo, cabeza abajo, seguía estirando las piernas hacia el cielo.

–¡Agárrate! ¡Agárrate fuerte a nosotros!–me gritaban, y yo en aquel braceo a veces terminaba por aferrar un pecho de la señora Vhd Vhd, que los tenía redondos y macizos, y el contacto era bueno y seguro; ejercía una atracción igual o más fuerte que la de la Luna, sobre todo si en mi bajada de cabeza conseguía con el otro brazo ceñirle las caderas; y así pasaba de nuevo a este mundo y caía de golpe en el fondo de la barca, y el capitán Vhd Vhd para reanimarme me arrojaba encima un cubo de agua.

Así empezó la historia de mi enamoramiento de la mujer del capitán, y de mis sufrimientos. Porque no tardé en notar a quién se dirigían las miradas más tercas de la señora: cuando las manos de mi primo se posaban seguras en el satélite, yo le clavaba la vista y en su mirada leía los pensamientos que aquella confianza entre el sordo y la Luna le iba suscitando, y cuando él desaparecía en sus misteriosas exploraciones lunares veía que se inquietaba, estaba como sobre ascuas y entonces todo me resultaba claro: cómo la señora Vhd Vhd se iba poniendo celosa de la Luna y yo celoso de mi primo. Tenía ojos de diamante la señora Vhd Vhd, llameaban cuando miraba la Luna, casi en desafío, como si dijera: "¡No lo conseguirás!" Y yo me sentía excluido.

De todo esto el que menos se daba por enterado era el sordo. Cuando le ayudábamos a bajar tirándole –como ya les he explicado– de las piernas, la señora Vhd Vhd perdía todo recato prodigándose, echándole encima el peso de su persona, envolviéndolo en sus largos brazos plateados; yo sentía una punzada en el corazón (las veces que yo me agarraba a ella, su cuerpo era dócil y amable, pero no se echaba hacia adelante como con mi primo), mien tras él parecía indiferente, perdido todavía en su arrobamiento lunar.

Yo miraba al capitán, preguntándome si también él notaba el comportamiento de su mujer; pero ninguna expresión pasaba jamás por aquella cara roja de salitre, surcada de arrugas embreadas. Como el sordo era siempre el último en despegarse de la Luna, su descenso era la señal de partida para las barcas. Entonces, con un gesto insólitamente amable, Vhd Vhd recogía el arpa del fondo de la barca y la tendía a su mujer. Ella estaba obligada a tomarla y a sacar algunas notas. Nada podía separarla más del sordo que el sonido del arpa. Yo empezaba a entonar aquella canción melancólica que dice: "Flotan flotan los peces lucientes y los oscuros se van al fondo..." y todos, menos mi primo, me hacían coro.

Todos los meses, apenas había pasado el satélite, el sordo volvía a su aislado desapego de las cosas del mundo; sólo la cercanía del plenilunio lo despertaba. Aquella vez yo me las había ingeniado para no formar parte de los que subían y quedarme en la barca, junto a la mujer del capitán. Y apenas mi primo había trepado a la escalera, la señora Vhd Vhd dijo:

–¡Hoy quiero ir yo también allá arriba!

Nunca había ocurrido que la mujer del capitán subiera a la Luna. Pero Vhd Vhd no se opuso, al contrario, casi la levantó en vilo poniéndola en la escalera, exclamando: –¡Pues anda!– y todos empezamos a ayudarla y yo la sostenía de atrás, y la sentía en mis brazos redonda y suave, y para empujarla apretaba contra ella las palmas y la cara, y cuando la sentí subirse a la esfera lunar me dio tanta congoja aquel contacto perdido, que traté de irme tras ella diciendo:

–¡Yo también voy un rato arriba a dar una mano!

Algo como una morsa me detuvo.

–Tú te quedas aquí, que también hay que hacer –me ordenó, sin levantar la voz, el capitán Vhd Vhd.

Las intenciones de cada uno ya eran claras en aquel momento. Y sin embargo yo no entendía, y todavía hoy no estoy seguro de haber interpretado todo exactamente. Claro que la mujer del capitán había alimentado largamente el deseo de apartarse allá arriba con mi primo (o por lo menos, de no dejar que él se apartase solo con la Luna), pero probablemente su plan tenía un objetivo más ambicioso, que debía de haber sido urdido en inteligencia con el sordo: esconderse juntos allá arriba y quedarse en la Luna un mes. Pero puede ser que

mi primo, como era sordo, no hubiese entendido nada de lo que ella había tratado de explicarle, o que directamente no se hubiera dado cuenta siquiera de ser objeto de los deseos de la señora. ¿Y el capitán? No esperaba más que liberarse de su mujer, tanto que apenas ella quedó confinada allá arriba, vimos que se abandonaba a sus inclinaciones y se hundía en el vicio, y entonces comprendimos por qué no había hecho nada por retenerla. ¿Pero sabía él desde el principio que la órbita de la Luna se iba agrandando?

Ninguno de nosotros podía sospecharlo. El sordo, quizá únicamente el sordo: de la manera larval en que sabía las cosas, había presentado que aquella noche le tocaba despedirse de la Luna. Por eso se escondió en sus lugares secretos y sólo reapareció para volver a bordo. Y fue inútil que la mujer del capitán lo siguiera: vimos que atravesaba la extensión escamosa varias veces, a lo largo y a lo ancho, y de golpe se detuvo mirando a los que habíamos permanecido en la barca, casi a punto de preguntarnos si lo habíamos visto.

Claro que había algo insólito aquella noche. La superficie del mar, aunque tensa como siempre que había plenilunio y hasta casi arqueada hacia el cielo, ahora parecía relajarse, floja, como si el imán lunar no ejerciera toda su fuerza. Y sin embargo no se hubiera dicho que la luz era la misma de los otros plenilunios, como por un espesarse de la tiniebla nocturna. Hasta los compañeros, arriba, debieron de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, pues alzaron hacia nosotros ojos despavoridos. Y de sus bocas y las nuestras, en el mismo momento, salió un grito:

–¡La Luna se aleja!

Todavía no se había apagado este grito cuando en la Luna apareció mi primo corriendo. No parecía asustado, ni siquiera sorprendido; posó las manos en el suelo para la cabriola de siempre, pero esta vez después de lanzarse al aire se quedó allí, suspendido, como ya le había sucedido a la pequeña Xlthlx, dio volteretas por un momento entre Luna y Tierra, se puso cabeza abajo y con un esfuerzo de los brazos como el que nadando debe vencer una corriente, se dirigió, con insólita lentitud, hacia nuestro planeta.

Desde la Luna los otros marineros se apresuraron a seguir su ejemplo. Ninguno pensaba en hacer llegar a la barca la leche recogida, ni el capitán los amonestaba por eso. Ya habían esperado demasiado, la distancia era ahora difícil de atravesar; por más que trataban de imitar el vuelo o la natación de mi primo, se quedaron gesticulando, suspendidos en medio del cielo. –¡Aprieten filas, imbéciles, aprieten filas! –gritó el capitán. A su orden, los marineros trataron de reagruparse, de juntarse, de pujar todos juntos para llegar a la zona de atracción terrestre, hasta que de pronto una cascada de cuerpos se zambulló en el mar.

Ahora las barcas remaban para recogerlos. –¡Esperen! ¡Falta la señora! –grité. La mujer del capitán también había intentado el salto pero había quedado suspendida a pocos metros de la Luna y movía muellemente los brazos plateados en el aire. Me trepé a la escalerilla y en el vano intento de ofrecerle un asidero le tendía el arpa. –¡No llego! ¡Hay que ir a buscarla! –y traté de lanzarme blandiendo el arpa. Sobre mí, el enorme disco lunar no parecía ya el mismo de antes, tanto se había achicado, y ahora se iba contrayendo cada vez más como si fuese mi morada la que lo alejaba, y el cielo desocupado se abría como un abismo en cuyo fondo las eserellas se iban multiplicando y la noche se volcaba sobre mí como un río de vacío, me inundaba de zozobra y de vértigo.

"¡Tengo miedo! –pensé–. ¡Tengo demasiado miedo para tirarme! ¡Soy un cobarde!" y en aquel momento me tiré. Nadaba por el cielo furiosamente, tendía el arpa hacia ella, y ella en vez de venir a mi encuentro se volvía sobre sí misma mostrándome ya la cara, ya el trasero.

–¡Unámonos! –grité, y ya la alcanzaba y la aferraba por la cintura y enlazaba mis miembros con los suyos–. ¡Unámonos y caigamos juntos! –y concentraba mis fuerzas en unirme más estrechamente a ella, y mis sensaciones en gustar la plenitud de aquel abrazo. Tanto que tardé en darme cuenta de que estaba arrancándola de su estado de suspensión, pero para hacerla caer en la Luna. ¿No me di cuenta? ¿O ésta había sido desde el principio mi intención? Todavía no había conseguido formular un pensamiento y ya un grito irrumpía de mi garganta: –¡Yo soy el que se quedará contigo un mes! –y– ¡Sobre ti! –gritaba en mi excitación–: ¡Yo sobre ti un mes! –y en aquel momento la caída en el cielo lunar había

disuelto nuestro abrazo, nos había hecho rodar a mí aquí y a ella allá entre las frías escamas.

Alcé los ojos como cada vez que tocaba la corteza de la Luna, seguro de encontrar encima de mí el nativo mar como un techo desmesurado, y lo vi, sí, lo vi esta vez, ¡pero cuánto más alto, y cuán exiguamente limitado por sus contornos de costas y escollos y promontorios, y qué pequeñas parecían las barcas e irreconocibles las caras de los compañeros y débiles sus gritos! Me llegó un sonido poco distante: la señora Vhd Vhd había encontrado su arpa y la acariciaba insinuando un acorde apesadumbrado como un llanto.

Comenzó un largo mes. La Luna giraba lenta en torno a la Tierra. En el globo suspendido veíamos no ya nuestra orilla familiar sino el transcurrir de océanos profundos como abismos, y desiertos de lapilli incandescentes, y continentes de hielo, y selvas culebreantes de reptiles, y las paredes de roca de las cadenas montañosas cortadas por el filo de los ríos impetuosos, y ciudades palustres, y necrópolis de tosca, y reinos de arcilla y fango. La lejanía untaba todas las cosas del mismo color; manadas de elefantes y mangas de langosta recorrían las llanuras tan igualmente vastas y densas y tupidas que no se diferenciaban.

Debía haber sido feliz: como en mis sueños estaba solo con ella, la intimidad con la Luna tantas veces envidiada a mi primo y la de la señora Vhd Vhd eran ahora mi exclusivo privilegio, un mes de días y noches lunares se extendía ininterrumpido delante de nosotros, la corteza del satélite nos nutría con su leche de sabor ácido y familiar, nuestra mirada se alzaba hacia el mundo donde habíamos nacido, finalmente recorrido en toda su multiforme extensión, explorado en paisajes jamás vistos por ningún terráqueo, o contemplaba las estrellas más allá de la Luna, grandes como frutas de luz maduras en los curvos ramos del cielo, y todo superaba las esperanzas más luminosas, y en cambio, en cambio era el exilio.

No pensaba más que en la Tierra. La Tierra era la que hacía que cada uno fuera ése y no otro; aquí arriba, arrancado de la Tierra, era como si yo no fuese yo, ni ella para mí ella. Estaba ansioso por volver a la Tierra, y temblaba de miedo de haberla perdido. El cumplimiento de mi sueño de amor había durado sólo el instante en que nos habíamos unido rodando entre Tierra y Luna; privado de su suelo terrestre, mi enamoramiento sólo conocía ahora la nostalgia desgarradora de aquello que nos faltaba: un dónde, un alrededor, un antes, un después. Esto era lo que yo sentía. ¿Y ella? Al preguntárselo estaba dividido en mis temores. Porque si también ella sólo pensaba en la Tierra, podía ser una buena señal, señal de que había llegado finalmente a un entendimiento conmigo, pero podía ser también señal de que todo había sido inútil, de que únicamente al sordo seguían apuntando sus deseos. En cambio, nada. No alzaba jamás la mirada al viejo planeta, andaba pálida por aquellas landas murmurando cantinelas y acariciando el arpa, como ensimismada en su provisional (así creía yo) condición lunar. ¿Era señal de que había vencido a mi rival? No; había perdido; una derrota desesperada. Porque ella había comprendido que el amor de mi primo era sólo para la Luna, y lo único que quería ahora era convertirse en Luna, asimilarse al objeto de aquel amor extrahumano.

Cumplido que hubo la Luna su vuelta del planeta, nos encontramos de nuevo sobre los Escollos de Zinc. Con estupor los reconocí: ni siquiera en mis más negras previsiones me había esperado verlos tan empequeñecidos por la distancia. En aquel mar como un charco los compañeros habían vuelto a navegar sin la escalera ahora inútil, pero desde las barcas se alzó como una selva de largas lanzas; cada uno blandía la suya, provista en la punta de un arpón o garfio, quizá con la esperanza de raspar todavía un poco del último requesón lunar y quizá de tendernos a nosotros, pobres desgraciados de aquí arriba, alguna ayuda.

Pero en seguida se vio claramente que no había pértiga bastante larga para alcanzar la Luna, y cayeron, ridículamente cortas, humilladas, para flotar en el mar; y alguna barca en aquel desbarajuste perdió el equilibrio y se volcó. Pero justo entonces desde otra embarcación empezó a levantarse una más larga, arrastrada hasta allí al ras del agua; debía de ser de bambú, de muchas y muchas cañas de bambú encajadas una en otra, y para levantarla había que andar despacio a fin de que –fina como era– las oscilaciones no la despedazaran, y manejarla con gran fuerza y destreza para que el peso totalmente vertical no hiciera perder el equilibrio a la barquita.

Y sí: era evidente que la punta de aquella asta tocaría la Luna, y la vimos rozar y hacer presión en su suelo escamoso, apoyarse allí un momento, dar casi un pequeño empujón, incluso un fuerte empujón que la hacía alejarse de nuevo, y después volver a golpear en aquel punto como de rebote, y de nuevo alejarse. Y entonces lo reconocí, los de –yo y la señora– reconocimos a mi primo, no podía ser sino él, él que jugaba su último juego con la Luna, una artimaña de las suyas, con la Luna en la punta de la caña como si la sostuviera en equilibrio. Y comprendimos que su destreza no apuntaba a nada, no pretendía alcanzar ningún resultado práctico, incluso se hubiera dicho que iba empujando a la Luna, que favorecía su alejamiento, que la quería acompañar en su órbita más distante. Y también esto era de él, de él que no sabía concebir deseos contrarios a la naturaleza de la Luna y a su curso y su destino, y si la Luna ahora tendía a alejarse, pues él gozaba de este alejamiento como había gozado hasta entonces de su cercanía.

¿Qué debía hacer, frente a esto, la señora Vhd Vhd? Sólo en aquel instante mostró hasta qué punto su enamoramiento del sordo no había sido un capricho frívolo sino un voto sin recompensa. Si lo que mi primo amaba ahora era la Luna lejana, ella permanecería lejana, en la Luna. Lo intuí viendo que no daba un paso hacia el bambú, sino que sólo dirigía el arpa hacia la Tierra alta en el cielo, pellizcando las cuerdas. Digo que la vi, pero en realidad sólo de reojo apreté su imagen, porque apenas el asta tocó la corteza lunar, yo salté para aferrarme a ella, y ya, rápido como una serpiente, trepaba por los nudos del bambú, subía a fuerza de rodillas, liviano en el espacio enrarecido, impulsado como por una fuerza de la naturaleza que me ordenaba volver a la Tierra, olvidando el motivo que me había llevado arriba, o quizá más consciente que nunca de él y de su final desafortunado, y en el escalamiento de la pértiga ondulante había llegado ya al punto en que no necesitaba hacer esfuerzo alguno sino sólo dejarme deslizar cabeza abajo atraído por la Tierra, hasta que en esa carrera la caña se rompió en mil pedazos y yo caí al mar entre las barcas.

Era el dulce retorno, la patria recobrada, pero mi pensamiento sólo era de dolor por haberla perdido, y mis ojos apuntaban a la Luna por siempre inalcanzable, buscándola. Y la vi. Estaba allí donde la había dejado, tendida en una playa justo sobre nuestras cabezas, y no decía nada. Era del color de la Luna; apoyaba el arpa en su costado, y movía una mano en arpegios lentos y espaciados. Se distinguía bien la forma del pecho, de los brazos, de las caderas, así como la recuerdo todavía, como aún ahora que la Luna se ha convertido en ese circulito chato y lejano, sigo buscándola siempre con la mirada, apenas asoma el primer gajo en el cielo, y cuanto más crece más me imagino que la veo, ella o algo de ella pero sólo ella, en cien, en mil posturas diversas, ella por la que es Luna la Luna y que en cada plenilunio hace aullar a los perros toda la noche y a mí con ellos.

## Al nacer el día

*Los planetas del sistema solar, explica G. P Kuiper, comenzaron a solidificarse en las tinieblas por la condensación de una nebulosa fluida y uniforme. Todo estaba frío y oscuro. Más tarde, el Sol empezó a concentrarse hasta reducirse casi a las dimensiones actuales, y en ese esfuerzo la temperatura subió a miles de grados y empezó a emitir radiaciones en el espacio.*

Oscuridad cerrada –confirmó el viejo Qfwfq–, yo era chico todavía, apenas me acuerdo. Estábamos allí, como de costumbre, papá y mamá, la abuela Bb'b, unos tíos que habían venido de visita, el señor Hnw, aquel que después se convirtió en caballo, y nosotros los chicos. Encima de las nébulas, me parece que ya lo he contado otras veces, estábamos como quien dice acostados, en fin, achatados, quietos quietos, dejando que nos hiciera girar hacia donde girara. No es que yacíéramos en el exterior, ¿comprenden?, en la superficie de la nébula; no, allí hacía demasiado frío; estábamos debajo, como arrebujados en un estrato de materia fluida y granulosa. Modo de calcular el tiempo no había; cada vez que nos poníamos a contar las vueltas de la nébula empezaban las discusiones, porque en la oscuridad no había puntos de referencia; y terminábamos peleando. Por eso preferíamos dejar transcurrir los siglos como si fueran minutos; no quedaba más que esperar,

permanecer a cubierto mientras se pudiera, dormir, llamarse de vez en cuando para tener la seguridad de que estábamos todos, y –naturalmente– rascarse; porque, por mucho que se diga, todo aquel remolino de partículas el único efecto que producía era una picazón molesta.

Qué esperábamos, nadie hubiera podido decirlo; claro, la abuela Bb'b se acordaba todavía de cuando la materia estaba uniformemente dispersa en el espacio, y el calor, y la luz; con todas las exageraciones que habría en aquellas historias de los viejos, los tiempos habían sido en cierto modo mejores, o por lo menos distintos, y se trataba para nosotros de dejar pasar aquella enorme noche.

La que se encontraba mejor que nadie era mi hermana G'd (w)<sub>n</sub> por su carácter introvertido: era una chica esquiva y le gustaba la oscuridad. G'd (w)<sub>n</sub> elegía lugares un poco apartados, en el borde de la nébula, y contemplaba lo negro, y dejaba escurrir los granitos de polvillo en pequeñas cascadas, y hablaba para sí con risitas que eran como pequeñas cascadas de polvillo, y canturreaba, y se abandonaba –dormida o despierta– a sueños. No eran sueños como los nuestros –en medio de la oscuridad, nosotros soñábamos otra oscuridad porque no se nos ocurría otra cosa–; ella soñaba –por lo que podíamos entender de su desvarío– con una oscuridad cien veces más profunda y diversa y aterciopelada.

Mi padre fue el primero en darse cuenta de que algo estaba cambiando. Yo dormitaba y su grito me despertó:

–¡Atención! ¡Aquí se toca!

Debajo de nosotros la materia de la nébula, que siempre había sido fluida, empezaba a condensarse.

En realidad, desde hacía algunas horas mi madre había comenzado a revolverse, a decir: –¡Uf! ¡No sé de qué lado ponerme!–, en fin, según ella había sentido un cambio en el lugar donde estaba acostada: el polvillo ya no era el de antes suave, elástico, uniforme, en el que uno podía removerse cuanto quería sin dejar huellas, sino que se iba formando como una hondonada o hundimiento, sobre todo donde ella solía apoyarse con todo su peso. Y le parecía sentir allí debajo algo como muchos granitos o espesamientos o protuberancias, que quizá estaban sepultos cientos de kilómetros más abajo y pujaban a través de todos aquellos estratos de polvillo tierno. No es que habitualmente hiciéramos mucho caso de estas premoniciones de mi madre; pobrecita, para una hipersensible como ella, y ya bastante entrada en años, la modalidad de entonces no era la más indicada para los nervios.

Y después a mi hermano Rwfzs, que por entonces era un niño, en cierto momento, sintiendo, ¿qué sé yo?, que tiraba, que cavaba, en fin, que se agitaba, le pregunté: –¿Pero qué haces? –y él me dijo–: Juego.

–¿Juegas? ¿Y con qué?

–Con una cosa –dijo.

¿Comprenden? Era la primera vez. Cosas con qué jugar nunca había habido. ¿Y cómo quieren que jugáramos? ¿Con aquella papilla de materia gaseosa? Vaya diversión; estaba bien para mi hermana G'd (w)<sub>n</sub>, y gracias. Si Rwfzs jugaba era señal de que había encontrado algo nuevo; tanto que en seguida se dijo, en una de sus habituales exageraciones, que había encontrado un guijarro. Guijarro no, pero seguramente un conjunto de materia más sólida o –digamos– menos gaseosa. Sobre este punto él nunca fue preciso, incluso contó patrañas según se le antojaba, y cuando llegó la época en que se formó el níquel y no se hablaba sino de níquel, dijo: –¡Eso, era níquel, jugaba con níquel! –por lo cual le quedó el sobrenombre "Rwfzs de níquel". (No como dicen ahora algunos, que lo llamamos así porque se volvió de níquel no consiguiendo, por ser lento, pasar del estadio mineral; las cosas son distintas, lo digo por amor a la verdad, no porque se trate de mi hermano; siempre había sido un poco lento, eso sí, pero no de tipo metálico, sino más bien coloidal; tanto que, siendo todavía muy joven, se casó con una alga, una de las primeras, y no se supo más de él.)

En fin, parece que todos habían sentido algo menos yo. Oí –no recuerdo si durante el sueño o ya despierto– la exclamación de nuestro padre: –¡Aquí se toca! –una expresión sin



significado (porque hasta entonces nadie había tocado jamás nada, tengan la seguridad), pero que adquirió un significado en el mismo instante en que fue dicha, esto es, significó la sensación que empezábamos a experimentar, levemente nauseabunda, como una charca de fango que nos pasara debajo, de plano, y sobre la cual nos parecía que rebotábamos. Y yo dije, con tono de reprobación: –¡Oh, abuelita!

Me he preguntado muchas veces por qué mi primera reacción fue tomármelas con nuestra abuela. La abuela Bb'b, que había conservado sus costumbres de otros tiempos, tenía a menudo cosas fuera de propósito: seguía creyendo que la materia estaba en expansión uniforme y, por ejemplo, que bastaba tirar las basuras de cualquier manera para que se enrarecieran y desaparecieran lejos. Que el proceso de condensación hubiese comenzado hacía un tiempo, es decir, que la suciedad se espesase en las partículas de modo que no se consiguiera sacarla de alrededor, no le entraba en la cabeza. Por eso yo oscuramente relacioné aquel hecho nuevo del "¡se toca!" con algún error que podía haber cometido mi abuela y lancé esa exclamación.

Y entonces la abuela Bb'b: –¿Qué? ¿Encontraste el almohadón?

Este almohadón era un pequeño elipsoide de materia galáctica en forma de rosca que la abuela había descubierto quién sabe dónde en los primeros cataclismos del universo y había llevado siempre consigo para sentarse encima. En cierto momento, en la gran noche, se había perdido, y mi abuela me acusaba de habérselo escondido. Pero era cierto que yo había odiado siempre aquel almohadón, tan sin gracia y fuera de lugar en nuestra nébula, pero todo lo que podía reprochárseme es que no lo hubiera vigilado constantemente, como pretendía mi abuela.

Hasta mi padre, que con ella era muy respetuoso, no pudo menos de hacérselo notar: –¡Vamos, mamá, aquí esta ocurriendo quién sabe qué, y usted me viene con el almohadón!

–¡Ah, yo decía que no podía dormir! –dijo mi mamá, con otra observación poco apropiada.

En ese momento se oye un gran: –¡Puach! ¡Uach! ¡Sgrr! –y comprendimos que al señor Hnw debía de haberle sucedido algo: escupía y expecioraba a todo vapor.

–¡Señor Hnw! ¡Señor Hnw! ¡Venga arriba! ¿Dónde ha ido a parar? –empezó a decir mi padre, y en aquellas tinieblas todavía sin resquicio, a tientas, conseguimos atraparlo y alzarlo a la superficie de la nébula, para que recobrase el aliento. Lo extendimos sobre aquel estrato exterior, que iba asumiendo entonces una consistencia coagulada y resbalosa.

–¡Uach! ¡Se te pega encima esta cosa! –trataba de decir el señor Hnw, cuya capacidad para expresarse nunca había sido muy notable–. ¡Uno baja, baja y ¡traga! ¡Scrach! –y escupía.

La novedad era ésta: ahora el que en la nébula no estaba atento, se hundía. Mi madre, con el instinto de las madres, fue la primera en comprenderlo. Y gritó: –Chicos, ¿estáis todos? ¿Dónde estáis?

En realidad éramos un poco distraídos, y si al principio, mientras todo se mantenía regularmente durante siglos, nos preocupábamos siempre de no dispersarnos, ahora ni se nos ocurría.

–Calma, calma. Nadie se aleje –dijo mi padre–. ¡G'd (w)<sub>n</sub> ¿Dónde estás? ¡El que haya visto a los mellizos que lo diga!

Nadie contestó. –¡Dios mío, se han perdido! –gritó nuestra madre. Mis hermanitos todavía no estaban en edad de saber transmitir un mensaje; por eso se perdían fácilmente y los vigilábamos continuamente. –¡Voy a buscarlos! –dije.

–¡Sí, vé, valiente Qfwfq! –dijeron papá y mamá, y luego, súbitamente arrepentidos–: ¡Pero si te alejas te pierdes tú también! ¡Quédate aquí! Bueno, anda, pero avisa dónde estás: ¡silba!

Eché a andar en la oscuridad, en el pantano de aquella condensación de nébula, emitiendo un silbido continuo. Digo andar, esto es, un modo de moverse en la superficie, inimaginable pocos minutos antes, y que entonces apenas si se podía hablar de él porque la materia oponía tan poca resistencia que si no se prestaba atención, en vez de continuar sobre la superficie uno se hundía al sesgo o directamente en perpendicular y terminaba

sepultado. Pero en cualquier dirección que se anduviera y en cualquier nivel, las probabilidades de encontrar a mis hermanitos eran iguales: quién sabe dónde se habían metido aquellos dos.

De pronto rodé; como si me hubieran hecho –se diría hoy– una zancadilla. Era la primera vez que me caía, no sabía siquiera qué era ese "caerse", pero todavía estábamos sobre lo mullido y no me hice nada.

–No pisar aquí –dijo una voz–, Qfwfq, no quiero –era la voz de mi hermana G'd (w)<sub>n</sub>.

–¿Por qué? ¿Qué hay ahí?

–Hice algo con algo... –dijo. Me llevó un poco de tiempo darme cuenta, a tientas, de que mi hermana, frangollando con aquella especie de barro, había levantado una montañita toda pináculos, almenas y agujas.

–¿Pero qué te has puesto a hacer?

G'd (w)<sub>n</sub> daba siempre respuestas sin pies ni cabeza: –Un afuera con un adentro dentro. Tzlll, tzlll, tzlll...

Seguí mi camino a tumbos. Tropecé también con el consabido señor Hnw, que había terminado nuevamente de cabeza dentro de la materia en condensación. –¡Arriba, señor Hnw, señor Hnw! ¡Es posible que no consiga estar de pie! –y tuve que ayudarlo de nuevo a salir, esta vez con un empujón de abajo arriba, porque yo también estaba completamente inmerso.

El señor Hnw, tosiendo, soplando y estornudando (hacía un frío nunca visto), desembocó en la superficie justo en el punto donde estaba sentada la abuela Bb'b. La abuela voló por el aire y de pronto gritó:

–¡Mis nietitos! ¡Han vuelto mis nietitos!

–¡Pero no, mamá, es el señor Hnw!

No se entendía nada.

–¿Y mis nietitos?

–¡Aquí están! –grité–, ¡y aquí está también el almohadón!

Los mellizos debían de haberse fabricado tiempo atrás un escondite secreto en el espesor de la nébula, y ellos eran los que habían ocultado allí el almohadón para jugar. Mientras la materia era fluida ellos suspendidos en el medio podían dar saltos mortales a través del almohadón en forma de rosca, pero ahora estaban aprisionados en una especie de requesón espumoso: el agujero del almohadón estaba cerrado y se sentían comprimidos por todas partes.

–¡Agarráos al almohadón –traté de hacerles comprender–, que os saco afuera, pavos! –Tiré, tiré, en un momento, antes de que se dieran cuenta, ya estaban haciendo cabriolas en la superficie, ahora cubierta de una costra fina como clara de huevo. El almohadón, en cambio apenas afuera se había disuelto. Vaya uno a saber qué clase de fenómenos ocurrían en aquellos tiempos, y quién se los explicaba a la abuela Bb'b.

Justo entonces, como si no pudieran elegir un momento mejor, los tíos se levantaron lentamente y dijeron: –Bueno, se ha hecho tarde, quién sabe qué andarán haciendo los chicos, estamos un poco inquietos, ha sido un gusto vernos, pero es mejor que nos vayamos.

No se puede decir que se equivocaran; incluso hubiera sido lógico que se alarmaran y se fuesen antes, pero estos tíos, quizá por el lugar a trasmano en que vivían habitualmente, eran gentes un poco cohibidas. Tal vez habían estado en vilo hasta entonces y no se habían atrevido a decirlo.

Mi padre dice: –Si queréis iros yo no os retengo, pero pensad bien si no os conviene esperar a que se aclare un poco la situación, porque por el momento no se sabe con qué peligro puede uno toparse–. En una palabra, frases llenas de buen sentido.

Pero ellos: –No, no, gracias por preocuparte, la charla ha sido agradable pero no os molestamos más –y otras tonterías por el estilo. En fin, no es que nosotros entendiéramos mucho, pero ellos realmente no se daban cuenta de nada.

Estos úos eran tres, para ser exactos: una tía y dos tíos, los tres largos largos y prácticamente idénticos; nunca se entendió bien quién de ellos era marido o hermano de quién, ni tampoco cuál era exactamente su relación de parentesco con nosotros: en aquellos tiempos muchas eran las cosas que se mantenían en la vaguedad.

Comenzaron a irse uno por uno, los tíos, cada cual en una dirección diferente, hacia el cielo negro, de vez en cuando, como para mantener el contacto, decían: –¡O! ¡O! –Y todo lo hacían así: no sabían proceder con un mínimo de método.

Apenas se han ido los tres y sus ¡O! ¡O! ya se oyen desde puntos lejanísimos, cuando deberían estar todavía allí, a pocos pasos. Y se oyen también algunas exclamaciones que no sabíamos qué querían decir: –¡Pero aquí hay el vacío! –¡Pero por aquí no se pasa! –¿Y por qué no vienes aquí? –¿Dónde estás? –¡Salta, hombre! –¡Y qué es lo que salto, vamos! –¡Desde aquí se vuelve atrás! –En fin, no se entendía nada, salvo el hecho de que entre nosotros y aquellos tíos se iban ensanchando enormes distancias.

La tía, que había sido la última en irse, se desgañitaba en un discurso más razonado: –Y yo ahora me quedo sola encima de esta cosa que se ha separado...

Y las voces de los dos tíos, debilitadas ahora por la distancia, que repetían: –Tonta... Tonta... Tonta...

Estábamos escrutando esa oscuridad atravesada de voces, cuando sucedió el cambio: el único gran cambio verdadero al que me ha sido dado asistir, en comparación con el cual el resto no es nada. En resumen: eso que empezó en el horizonte, esa vibración que no se parecía a lo que entonces llamábamos sonidos, ni a las nombradas ahora con el "se toca", ni a otras; una especie de ebullición seguramente lejana y que al mismo tiempo acercaba lo que estaba lejos; en fin, de pronto toda la oscuridad fue oscuridad en contraste con otra cosa que no era oscuridad, es decir, la luz. Apenas se pudo hacer un examen más detenido del estado de cosas, resultó que había: primero, el cielo oscuro como siempre pero que empezaba a no serlo; segundo, la superficie en que nos encontrábamos, toda gibosa y encostrada, de un hielo sucio que daba asco y que iba derriéndose rápido porque la temperatura subía a toda máquina; y tercero, aquello que después llamaríamos una fuente de luz, es decir, una masa que se iba poniendo incandescente, separada de nosotros por un enorme espacio vacío, y que parecía probar uno por uno todos los colores en vibraciones tornasoladas. Y además, allí en medio del cielo, entre nosotros y la masa incandescente, un par de islotes iluminados y vagos que giraban en el vacío llevando encima a nuestros tíos u otra gente, reducidos a sombras lejanas y que emitían una especie de gañido.

Lo más, entonces, estaba hecho: el corazón de la nébula, al contraerse, había desarrollado calor y luz, y ahora había el Sol. Todo el resto seguía rodando alrededor dividido y agrumado en varios pedazos: Mercurio, Venus, la Tierra, otros más allá, y lo que estaba, estaba. Y además, hacía un calor de reventar.

Nosotros, allí, con la boca abierta, de pie, menos el señor Hnw que aún seguía en cuatro patas, por prudencia. Y mi abuela, riéndose. Ya lo dije: la abuela Bb'b era de la época de la luminosidad difusa, y durante todo aquel tiempo oscuro había seguido hablando como si de un momento a otro las cosas tuvieran que volver a ser iguales que antes. Ahora le parecía que había llegado su momento; por un instante había querido hacerse la indiferente, la persona para la cual todo lo que sucede es perfectamente natural; después, como no le hacíamos caso, había empezado a reírse y a apostrofarnos: –Ignorantes... Más que ignorantes...

Pero no era de buena fe, a menos que la memoria ya no le funcionase tan bien. Mi padre, basándose en lo poco que entendía, le dijo, siempre con cautela:

–Mamá, ya sé en qué está pensando, pero éste parece realmente un fenómeno distinto... –Y señalando el suelo–: ¡Mirad abajo! –exclamó.

Bajamos los ojos. La Tierra que nos sostenía aún era un amasijo gelatinoso, diáfano, que se iba poniendo cada vez más sólido y opaco, empezando por el centro, donde iba espesándose una especie de yema de huevo; pero nuestras miradas conseguían todavía atravesarla de lado a lado, iluminada por aquel Sol primero. Y en medio de esa especie de burbuja transparente veíamos una sombra que se movía como nadando y volando. Y nuestra madre dijo:

–¡Hija mía!

Todos reconocimos a G'd (w)<sub>n</sub>: espantada quizá por el incendio del Sol, en un arrebatado de su alma esquiva se había precipitado dentro de la materia de la Tierra en condensación, y ahora trataba de abrirse paso en la profundidad del planeta, y parecía una mariposa de oro y de plata cada vez que pasaba por una zona todavía iluminada y diáfana, o bien desaparecía en la esfera de sombra que se dilataba y dilataba. –¡G d (w)n! JG'd (w)n! –gritábamos, y nos echábamos al suelo tratando de abrirnos camino también nosotros, para alcanzarla. Pero la superficie terrestre se iba cuajando en una corteza porosa, y mi hermano Rwfzfs, que había conseguido hundir la cabeza en una grieta, por poco queda destrozado.

Después no se la vio más: la zona sólida ocupaba ahora toda la parte central del planeta. Mi hermana había quedado del otro lado y no supe nada más de ella, si había permanecido sepulta en la profundidad o se había puesto a salvo del otro lado, hasta que la encontré mucho después, en Canberra, en 1912, casada con un tal Sullivan, jubilado de ferrocarriles, tan cambiada que casi no la reconocí.

Nos incorporamos. El señor Hnw y la abuela estaban adelante, llorando, envueltos en llamas azules y oro.

–¡Rwfzfs! ¿Por qué has prendido fuego a la abuela? –había empezado ya a gritar nuestro padre, pero al volverse hacia mi hermano vio que también él estaba envuelto en llamas. Y además, mi padre, y mi madre, y yo, todos nos quemábamos en el fuego. Es decir, no nos quemábamos, estábamos inmersos en él como en un bosque deslumbrante, las llamas se alzaban en toda la superficie del planeta, era un aire de fuego en el cual podíamos correr y cernirnos y volar, tanto que nos dio como una nueva alegría.

Las radiaciones del Sol iban quemando la envoltura de los planetas, hecha de helio y de hidrógeno; en el cielo, donde estaban nuestros tíos, giraban globos inflamados que arrastraban largas barbas de oro y turquesa, como el cometa su propia cola.

Volvió la oscuridad. Creíamos ahora que todo lo que podía suceder había sucedido, y: –Ahora sí que es el fin –dijo la abuela–, haced caso a los viejos–. En cambio la Tierra apenas había dado una de sus vueltas habituales. Era la noche. Todo acababa de empezar.

## **Un signo en el espacio**

*Situado en la zona exterior de la Vía Láctea, el Sol tarda casi 200 millones de años en cumplir una revolución completa de la Galaxia.*

Exacto, es el tiempo que se tarda, nada menos –dijo Qfwfq–, yo una vez al pasar hice un signo en un punto del espacio, a propósito, para poder encontrarlo doscientos millones de años después, cuando pasáramos por allí en la próxima vuelta. ¿Un signo cómo? Es difícil decirlo, porque si uno dice signo, ustedes piensan en seguida en algo que se distingue de algo, y allí no había nada que se distinguiese de nada; ustedes piensan en seguida en un signo marcado con cualquier instrumento o con las manos, instrumento o manos que después se quitan y en cambio el signo queda, pero en aquel tiempo no había instrumentos todavía, ni siquiera manos, ni dientes, ni narices, cosas todas que hubo luego, pero mucho tiempo después. Qué forma dar al signo, ustedes dicen que no es un problema, cualquiera que sea su forma, un signo basta que sirva de signo, es decir que sea distinto o igual a otros signos; también esto es fácil decirlo, pero yo en aquella época no tenía ejemplos a que remitirme para decir lo hago igual o diferente; cosas para copiar no había, y ni siquiera se sabía qué era una línea, recta o curva, o un punto, o una saliencia, o una entrada. Tenía intención de hacer un signo, eso sí, es decir, tenía intención de considerar signo cualquier cosa que me diera por hacer; así, habiendo hecho yo, en aquel punto del espacio y no en otro, algo con propósito de hacer un signo, resultó que había hecho un signo de veras.

En fin, por ser el primer signo que se hacía en el universo, o por lo menos en el circuito de la Vía Láctea, debo decir que salió muy bien. ¿Visible? Sí, muy bien, ¿y quién tenía ojos para ver, en aquellos tiempos? Nada había sido jamás visto por nada, ni siquiera se planteaba la cuestión. Que fuera reconocible con riesgo de equivocarse, eso sí, debido a

que todos los otros puntos del espacio eran iguales e indistinguibles, y en cambio éste tenía el signo.

Así, prosiguiendo los planetas su giro y el Sistema Solar el suyo, pronto dejé el signo a mis espaldas, separados por campos interminables de espacio. Y yo no podía dejar de pensar cuándo volvería a encontrarlo, y cómo lo reconocería, y el placer que me daría, en aquella extensión anónima, después de cien mil años–luz recorridos sin tropezar con nada que me fuese familiar, nada por cientos de siglos, por miles de milenios, volver y que allí estuviera, en su lugar, tal como lo había dejado, mondo y lirondo, pero con aquel sello – digamos– inconfundible que yo le había dado.

Lentamente la Vía Láctea se volvía sobre sí misma con sus flecos de constelaciones y de planetas y de nubes, y el Sol, junto con el resto, hacia el borde. En todo aquel carrusel sólo el signo estaba quieto, en un punto cualquiera, al reparo de cualquier órbita (para hacerlo me había asomado un poco a los márgenes de la Galaxia, de manera que quedase fuera y el girar de todos aquellos mundos no se le fuese encima), en un punto cualquiera que ya no era cualquiera desde el momento que era el único punto que seguramente estaba allí, y en relación con el cual podían definirse los otros puntos.

Pensaba en él día y noche; es más, no podía pensar en otra cosa; es decir, era la primera ocasión que tenía de pensar en algo; o mejor, pensar en algo nunca había sido posible, primero porque faltaban cosas en qué pensar, y segundo porque faltaban los signos para pensarlas, pero desde el momento que había aquel signo, aparecía la posibilidad de que el que pensase, pensara en un signo, y por lo tanto en aquél, en el sentido de que el signo era la cosa que se podía pensar y el signo de la cosa pensada, o sea de sí mismo.

Por lo tanto la situación era ésta: el signo servía para señalar un punto, pero al mismo tiempo señalaba que allí había un signo, cosa todavía más importante porque puntos había muchos mientras que signos sólo había aquél, y al mismo tiempo el signo era mi signo, el signo de mí, porque era el único signo que yo jamás hubiera hecho y yo era el único que jamás hubiera hecho signos. Era como un nombre, el nombre de aquel punto, y también mi nombre que yo había signado en aquel mundo, en fin, el único nombre disponible para todo lo que reclamaba un nombre.

Transportado por los flancos de la Galaxia nuestro mundo navegaba más allá de espacios lejanísimos, y el signo estaba donde lo había dejado signando aquel punto, y al mismo tiempo me signaba, me lo llevaba conmigo, me habitaba enteramente, se entrometía entre yo y toda cosa con la que podía intentar una relación. Mientras esperaba volver a encontrarlo, podía tratar de derivar de él otros signos y combinaciones de signos, series de signos iguales y contraposiciones de signos diversos. Pero habían pasado ya decenas y decenas de millares de milenios desde el momento en que lo trazara (más todavía: desde los pocos segundos en que lo lanzara al continuo movimiento de la Vía Láctea) y justo ahora que necesitaba tenerlo presente en todos sus detalles (la mínima incertidumbre acerca de cómo era, volvía inciertas las posibles distinciones respecto a otros signos eventuales), me di cuenta de que, a pesar de tenerlo presente en su perfil sumario, en su apariencia general, algo se me escapaba, en fin, si trataba de descomponerlo en sus varios elementos no recordaba si entre uno y otro había esto o aquello. Hubiera debido tenerlo allí delante, estudiarlo, consultarlo, y en cambio estaba lejos, todavía no sabía cuánto porque lo había hecho justamente para saber el tiempo que tardaría en encontrarlo, y mientras no lo hubiese encontrado no lo sabría. Pero entonces lo que me importaba no era el motivo por el que lo había hecho, sino cómo era, y me puse a elaborar hipótesis sobre ese cómo y teorías según las cuales un signo determinado debía ser necesariamente de una manera determinada, o procediendo por exclusión trataba de eliminar todos los tipos de signos menos probables para llegar al justo, pero todos esos signos imaginarios se desvanecían con una labilidad incontenible porque no había aquel primer signo que sirviera de término de comparación. En este cavilar (mientras la Galaxia seguía dando vueltas insomne en su lecho de mullido vacío, como movida por el prurito de todos los mundos y los átomos que se encendían e irradiaban) comprendí que había perdido también aquella confusa noción de mi signo, y sólo conseguía concebir fragmentos de signos intercambiables entre sí, esto es, signos internos del signo, y cada cambio de esos signos en el interior del signo cambiaba el

signo en un signo completamente distinto, es decir, había olvidado del todo cómo era mi signo y no había manera de hacérmelo recordar.

¿Me desesperé? No, el olvido era fastidioso pero no irremediable. Dondequiera que fuese, sabía que el signo estaba esperándome, quieto y callado. Llegaría, lo encontraría y podría reanudar el hilo de mis razonamientos. A ojo de buen cubero, habríamos llegado ya a la mitad del recorrido de nuestra revolución galáctica; era cosa de paciencia, la segunda mitad da siempre la impresión de pasar más rápido. Ahora no debía pensar sino en que el signo estaba y en que yo volvería a pasar por allí.

Pasaron los días, ahora debía de estar cerca. Temblaba de impaciencia porque podía toparme con el signo en cualquier momento. Estaba aquí, no, un poco más allá, ahora cuento hasta cien... ¿Y si no estuviera más? ¿Si lo hubiera pasado? Nada. Mi signo quién sabe dónde había quedado, atrás, completamente a trasmano de la órbita de revolución de nuestro sistema. No había contado con las oscilaciones a las que, sobre todo en aquellos tiempos, estaban sujetas las fuerzas de gravedad de los cuerpos celestes y que les hacían dibujar órbitas irregulares y quebradas como flores de dalia. Durante un centenar de milenios me quemé las pestañas rehaciendo mis cálculos; resultó que nuestro recorrido tocaba aquel punto no cada año galáctico sino solamente cada tres, es decir, cada seiscientos millones de años solares. El que ha esperado doscientos millones de años puede esperar seiscientos; y yo esperé; el camino era largo, pero no tenía que hacerlo a pie; en ancas de la Galaxia recorría los años-luz caracoleando en las órbitas planetarias y estelares como en la grupa de un caballo cuyos cascos salpicaban centellas; mi estado de exaltación era cada vez mayor; me parecía que avanzaba a la conquista de aquello que era lo único que contaba para mí, signo y reino y nombre...

Di la segunda vuelta, la tercera. Había llegado. Lancé un grito. En un punto que debía ser justo aquel punto, en el lugar de mi signo había un borrón informe, una raspadura del espacio mellada y machucada. Había perdido todo: el signo, el punto, eso que hacía que yo –siendo el de aquel signo en aquel punto– fuera yo. El espacio, sin signo, se había convertido en un abismo de vacío sin principio ni fin, nauseante, en el cual todo –incluso yo– se perdía. (Y no vengan a decirme que para señalar un punto, mi signo o la tachadura de mi signo daban exactamente lo mismo: la tachadura era la negación del signo, y por lo tanto no señalaba, es decir, no servía para distinguir un punto de los puntos precedentes y siguientes.)

Me ganó el desaliento y me dejé arrastrar durante muchos años-luz como insensible. Cuando finalmente alcé los ojos (entre tanto la vista había empezado en nuestro mundo, y por consiguiente también la vida), cuando alcé los ojos vi aquello que nunca hubiera esperado ver. Vi el signo, pero no aquél, un signo semejante, un signo indudablemente copiado del mío, pero que se veía en seguida que no podía ser mío por lo grosero y descuidado y torpemente pretencioso, una ruin falsificación de lo que yo había pretendido señalar con aquel signo y cuya indecible pureza sólo ahora lograba por contraste evocar. ¿Quién me había jugado esa mala pasada? No conseguía explicármelo. Finalmente, una plurimilenaria cadena de inducciones me llevó a la solución: en otro sistema planetario que cumplía su revolución galáctica delante de nosotros precediéndonos, había un tal Kgwgk (el nombre fue deducido posteriormente, en la época más tardía de los nombres), un tipo despechado y carcomido por la envidia que en un impulso vandálico había borrado mi signo y después se había puesto con descarado artificio a tratar de marcar otro.

Era claro que aquel signo no tenía nada que señalar como no fuera la intención de Kgwgk de imitar mi signo, por lo cual no se trataba siquiera de compararlos. Pero en aquel momento el deseo de no ceder al rival fue en mí más fuerte que cualquier otra consideración: quise en seguida trazar un nuevo signo en el espacio que fuera un verdadero signo e hiciese morir de envidia a Kgwgk. Hacía casi setecientos millones de años que no intentaba hacer un signo, después del primero; me apliqué con empeño. Pero ahora las cosas eran distintas, porque el mundo, como les he explicado, estaba empezando a dar una imagen de sí mismo, y en cada cosa a la función comenzaba a corresponder una forma, y se creía que las formas de entonces tendrían un largo porvenir por delante (en cambio no era cierto: vean –para citar un caso relativamente reciente– los dinosaurios), y por lo tanto en este nuevo signo mío era perceptible la influencia de la manera en que por entonces se

veían las cosas, llamémosle el estilo, ese modo especial que tenía cada cosa de estar ahí de cierto modo. Debo decir que quedé realmente satisfecho, y ya no se me ocurría lamentar aquel primer signo borrado, porque éste me parecía infinitamente más hermoso.

Pero durante aquel año galáctico empezamos a comprender que hasta aquel momento las formas del mundo habían sido provisionales y que irían cambiando una por una. Y esta conciencia iba acompañada de un hartazgo tal de las viejas imágenes que no se podía soportar siquiera su recuerdo. Y empezó a atormentarme un pensamiento: había dejado aquel signo en el espacio, aquel signo que me había parecido tan hermoso y original y adecuado a su función, que ahora se presentaba a mi memoria en toda su jactancia fuera de lugar, como signo ante todo de un modo anticuado de concebir los signos, y de mi necia complicidad con una disposición de las cosas de la que hubiera debido saber separarme a tiempo. En una palabra, me avergonzaba de aquel signo que los mundos en vuelo seguían costeando durante siglos, dando un ridículo espectáculo de sí mismo y de mí y de aquel modo nuestro provisional de ver. Me subían ondas de rubor cuando lo recordaba (y lo recordaba continuamente), que duraban eras geológicas enteras; para esconder mi vergüenza me hundía en los cráteres de los volcanes, clavaba los dientes de remordimiento en las calotas de los glaciares que cubrían los continentes. Me carcomía pensando que Kgwgk, precediéndome siempre en el periplo de la Vía Lácea, vería el signo antes de que yo pudiese borrarlo, y como era un patán se burlaría de mí y me remedaría, repitiendo por desprecio el signo en torpes caricaturas en cada rincón de la esfera circungaláctica.

En cambio esta vez la complicada relojería astral me fue propicia. La constelación de Kgwgk no encontró el signo, mientras nuestro sistema solar volvió a caerle encima puntualmente al término del primer giro, tan cerca que pude borrar todo con el mayor cuidado.

Ahora signos míos en el espacio no había ni uno. Podía ponerme a trazar otro, pero en adelante sabía que los signos sirven también para juzgar a quien los traza y que en un año galáctico los gustos y las ideas tienen tiempo de cambiar, y el modo de considerar los de antes depende del que viene después, en fin, tenía miedo de que lo que podía parecerme ahora signo perfecto, dentro de doscientos o seiscientos millones de años me hiciera hacer mal papel. En cambio, en mi añoranza, el primer signo vandálicamente borrado por Kgwgk seguía siendo inatacable por la mudanza de los tiempos, pues había nacido antes de todo comienzo de las formas y contenía algo que sobreviviría a todas las formas, es decir, el hecho de ser un signo y nada más.

Hacer signos que no fueran aquel signo no tenía interés para mí; y aquel signo lo había olvidado hacía millares de millones de años. Por eso, como no podía hacer verdaderos signos, pero quería de algún modo fastidiar a Kgwgk, me puse a trazar signos fingidos, muescas en el espacio, agujeros, manchas, engañosas que sólo un incompetente como Kgwgk podía tomar por signos. Y, sin embargo, él se empeñaba en hacerlos desaparecer borrándolos (como comprobaba yo en los giros subsiguientes) con un empeño que debía de darle buen trabajo. (Entonces yo sembraba esos signos fingidos en el espacio para ver hasta dónde llegaba su necesidad.)

Pero observando esos borrones un giro tras otro (las revoluciones de la Galaxia se habían convertido para mí en un navegar indolente y aburrido, sin finalidad ni expectativa), me di cuenta de una cosa: con el paso de los años galácticos tendían a destefñirse en el espacio, y debajo reaparecía el que había marcado yo en aquel punto, como decía, mi falso signo. El abrimiento, lejos de desagradarme, reavivó mis esperanzas. ¡Si los borrones de Kgwgk se borraban, el primero que había hecho en aquel punto debía de haber desaparecido ya y mi signo habría recobrado su primitiva evidencia!

Así la expectativa devolvió el ansia a mis días. La Galaxia se daba vuelta como una tortilla en su sartén inflamada, ella misma sartén chirriante y dorada fritura; y yo me freía con ella de impaciencia.

Pero con el paso de los años galácticos el espacio ya no era aquella extensión uniformemente despojada y enjalbegada. La idea de marcar con signos los puntos por donde pasábamos, así como se nos había ocurrido a mí y a Kgwgk, la habían tenido muchos, dispersos en millones de planetas de otros sistemas solares, y continuamente

tropezaba con una de esas cosas, o con un par, o directamente con una docena, simples garabatos bidimensionales, o bien sólidos de tres dimensiones (por ejemplo, poliedros) y hasta cosas hechas con más cuidado, con la cuarta dimensión y todo. ¡El caso es que llego al punto de mi signo y me encuentro cinco, todos allí! Y el mío no soy capaz de reconocerlo. Es éste, no, es este otro, pero vamos, éste tiene un aire demasiado moderno y, sin embargo, podría ser también el más antiguo, aquí no reconozco mi mano, como si pudiera ocurrírseme hacerlo así... Y entre tanto la Galaba se deslizaba en el espacio y dejaba tras sí signos viejos y signos nuevos y yo no había encontrado el mío.

No exagero si digo que los siguientes años galácticos fueron los peores que viví jamás. Seguía buscando, y en el espacio se espesaban los signos, en todos los mundos el que tuviera la posibilidad no dejaba ya de marcar su huella en el espacio de alguna manera, y nuestro mundo, pues, cada vez que me volvía a mirarlo, lo encontraba más atestado, tanto que mundo y espacio parecían uno el espejo del otro, uno y otro prolijamente historiados de jeroglíficos e ideogramas, cada uno de los cuales podía ser un signo y no serlo: una concreción calcárea en el basalto, una cresta levantada por el viento en la arena cuajada del desierto, la disposición de los ojos en las plumas del pavo real (poco a poco de vivir entre los signos se había llegado a ver como signos las innumerables cosas que antes estaban allí sin signar nada más que su propia presencia, se las había transformado en el signo de sí mismas y sumado a la serie de signos hechos a propósito por quien quería hacer un signo), las estrías del fuego en una pared de roca esquistosa, la cuadragésimovigesimoséptima acanaladura –un poco oblicua– de la cornisa del frontón de un mausoleo, una secuencia de estriaduras en un video durante una tormenta magnética (la serie de signos se multiplicaba en la serie de los signos de signos, de signos repetidos innumerables veces siempre iguales y siempre en cierto modo diferentes porque el signo hecho a propósito se sumaba al signo advenido allí por casualidad), la patita mal entintada de la letra R que en un ejemplar de un diario de la tarde se encontraba con una escoria filamentosa del papel, uno de los ochocientos mil desconchados de una pared alquitranada en un callejón entre los docks de Melbourne, la curva de una estadística, una frenada en el asfalto, un cromosoma... Cada tanto, un sobresalto: ¡Es aqué! Y por un segundo estaba seguro de haber encontrado mi signo, en la tierra o en el espacio, daba lo mismo, porque a través de los signos se había establecido una continuidad sin límite definido.

En el universo ya no había un continente y un contenido, sino sólo un espesor general de signos superpuestos y aglutinados que ocupaba todo el volumen del espacio, era una salpicadura continua, menudísima, una retícula de líneas y arañazos y relieves y cortaduras, el universo estaba garabateado en todas partes, a lo largo de todas las dimensiones. No había ya modo de establecer un punto de referencia: la Galaxia continuaba dando vueltas, pero yo ya no conseguía contar los giros, cualquier punto podía ser el de partida, cualquier signo sobrepuesto a los otros podía ser el mío, pero descubrirlo no hubiese servido de nada, tan claro era que independientemente de los signos el espacio no existía y quizá no había existido nunca.

### **Todo en un punto**

*Con arreglo a los cálculos iniciados por Edwin P Hubble sobre la velocidad del alejamiento de las galaxias, se puede establecer el momento en que toda la materia del universo estaba concentrada en un solo punto, antes de empezar a expandirse en el espacio.*

Naturalmente que estábamos todos allí –dijo el viejo Qfwfq–, ¿y dónde vamos a estar, si no? Que pudiese haber espacio, nadie lo sabía todavía. Y el tiempo, ídem: ¿qué quieren que hiciéramos con el tiempo, allí apretados como sardinas?

He dicho "apretados como sardinas" por usar una imagen literaria: en realidad no había espacio, ni siquiera para estar apretados. Cada punto de nosotros coincidía con cada punto de los demás en un punto único que era aquel donde estábamos todos. En una palabra, ni siquiera nos molestábamos, salvo en lo que se refiere al carácter, porque,



cuando no hay espacio, tener siempre montado en las narices a un antipático como el señor Pber<sub>t</sub> Pber<sub>d</sub> es de lo más cargante.

¿Cuántos éramos? Bueno, nunca pude saberlo, ni siquiera aproximadamente. Para contar hay que poder separarse por lo menos un poquito uno de otro, y nosotros ocupábamos todos el mismo punto. Contrariamente a lo que podría parecer, no era una situación que favoreciese la sociabilidad; sé que por ejemplo en otras épocas los vecinos se frecuentan; allí, en cambio, como todos éramos vecinos, no había siquiera un buenos días ni un buenas noches.

Cada uno terminaba por tener trato solamente con un número restringido de conocidos. Los que yo recuerdo son sobre todo la señora Ph(i)Nk<sub>o</sub>, su amigo De XuaeauX, una familia de emigrados, los Z'zu, y el señor Pbern Pbern que he nombrado. Había también la mujer de la limpieza –"adscrita a la manutención" la llamaban–, una sola para todo el universo, dado lo reducido del ambiente. A decir verdad, no tenía nada que hacer en todo el día, ni siquiera quitar el polvo –dentro de un punto no puede entrar ni un granito de polvo– y se desahogaba en continuos chismes y lamentos.

Con estos que les he nombrado ya hubiera habido supernumerarios; añadan, además, las cosas que debíamos tener allí amontonadas: todo el material que después serviría para formar el universo, desmontado y concentrado de manera que no conseguías distinguir lo que después pasaría a formar parte de la astronomía (como la nebulosa de Andrómeda), de lo que estaba destinado a la geografía (por ejemplo, los Vosgos) o a la química (como ciertos isótopos del berilo). Además, se tropezaba siempre con los trastos de la fablia Z'zu, catres, colchones, cestas: estos Z'zu, si uno se descuidaba, con la excusa de que eran una familia numerosa hacían como si no hubiera más que ellos en el mundo, pretendían incluso tender cuerdas a través del punto para poner a secar la ropa.

Pero también los otros tenían su parte de culpa con los Z'zu, empezando por la calificación de "emigrados" basada en el supuesto de que mientras los demás estaban allí desde antes, ellos habían venido después. Me parece evidente que éste era un prejuicio infundado, pues no existía ni un antes ni un después ni otro lugar de donde emigrar, pero había quien sostenía que el concepto de "emigrado" podía entenderse al estado puro, es decir, independientemente del espacio y del tiempo.

Era una mentalidad, confesémoslo, limitada, la que teníamos entonces, mezquina. Culpa del ambiente en que nos habíamos formado. Una mentalidad que se ha mantenido en el fondo de todos nosotros, fíjense: sigue asomando todavía hoy, cuando por casualidad dos de nosotros se encuentran –en la parada del autobús, en un cine, en un congreso internacional de dentistas– y se ponen a recordar aquellos tiempos. Nos saludamos –a veces es alguien que me reconoce, a veces yo reconozco a alguien– y de pronto empezamos a preguntar por éste y por aquél (aunque cada uno recuerde sólo a algunos de los que recuerda el otro) y así se reanudan las disputas de una época, las maldades, las difamaciones. Hasta que se nombra a la señora Ph(i)Nk<sub>o</sub> –todas las conversaciones van a parar siempre allí– y entonces de golpe se dejan de lado las mezquindades y uno se siente como elevado por un entemecimiento beatífico y generoso. La señora Ph(i)Nk<sub>o</sub>, la única que ninguno de nosotros ha olvidado y que todos añoramos. ¿Dónde ha ido a parar? Hace tiempo que he dejado de buscarla: la señora Ph(i)Nk<sub>o</sub>; su peho, sus caderas, su batón anaranjado, no la encontraremos más, ni en este sistema de galaxia ni en otro.

Que quede bien claro, a mí la teoría de que el universo, después de haber alcanzado un grado extremo de enrarecimiento, volverá a condensarse y que, por lo tanto, nos tocará encontrarnos en aquel punto para recomenzar después, nunca me ha convencido. Y, sin embargo, son tantos los que cuentan solamente con eso, los que siguen haciendo proyectos para cuando estemos todos de nuevo allí. El mes pasado entro en el café de aquí de la esquina, ¿y a quién veo? Al señor Pbert Pberd. –¿Qué cuenta de bueno? ¿Qué anda haciendo por aquí? –Me entero de que tiene una representación de material plástico en Pavía. Está tal cual, con su diente de oro y los tirantes floreados. –Cuando volvamos allá – me dice en voz baja– habrá que fijarse para que esta vez cierta gente quede afuera... Usted me entiende: esos Z'zu...

Hubiera querido contestarle que esta conversación ya se la he escuchado a más de uno, con el añadido: "Usted me entiende... el señor Pbert Pberd..."

Para no dejarme arrastrar por la pendiente, me apresuré a decir: –Y a la señora Ph(i)Nko, ¿cree que la encontraremos?

–Ah, sí... A ella sí... –dijo enrojando.

El gran secreto de la señora Ph(i)Nko es que nunca ha provocado celos entre nosotros. Ni tampoco chismes. Que se acostaba con su amigo, el señor De XuaeauX, era sabido. Pero en un punto, si hay una cama, ocupa todo el punto; por lo tanto, no se trata de *acostarse*, sino de *estar* en la cama, porque todo el que está en el punto está también en la cama. Por consiguiente, era inevitable que ella se acostara también con cada uno de nosotros. Si hubiera sido otra persona, quién sabe cuántas cosas se habrían dicho a sus espaldas. La mujer de la limpieza estaba siempre dando rienda suelta a la maledicencia, y los otros no se hacían rogar para imitarla. De los Z'zu, para no variar, las cosas horribles que había que oír: padre hijas hermanos hermanas madre tías, no había insinuación retorcida que los parara. Con ella, en cambio, era distinto: la felicidad que me venía de la señora Ph(i)Nko era al mismo tiempo la de esconderme yo puntiforme en ella, y la de protegerla a ella puntiforme en mí, era contemplación viciosa (dada la promiscuidad del converger puntiforme de todos en ella) y al mismo tiempo casta (dada la impenetrabilidad puntiforme de ella). En una palabra, ¿qué más podía pedir?

Y todo esto, así como era cierto para mí, valía también para cada uno de los otros. Y para ella: contenía y era contenida con la misma alegría, y nos acogía y amaba y habitaba a todos por igual.

Estábamos tan bien todos juntos, tan bien, que algo extraordinario tenía que suceder. Bastó que en cierto momento ella dijese: –¡Muchachos, si tuviera un poco de espacio, cómo me gustaría amasarles unos tallarines! –Y en aquel momento todos pensamos en el espacio que hubieran ocupado los redondos brazos de ella moviéndose adelante y atrás con el rodillo sobre la lámina de masa, el pecho de ella bajando lentamente sobre el gran montón de harina y huevos que llenaba la ancha tabla de amasar mientras sus brazos amasaban, amasaban, blancos y untados de aceite hasta el codo; pensamos en el espacio que hubiera ocupado la harina, y el trigo para hacer la harina, y los campos para cultivar el trigo, y las montañas de las que bajaba el agua para regar los campos, y los pastos para los rebaños de terneras que darían la carne para la salsa; en el espacio que sería necesario para que el Sol llegase con sus rayos a madurar el trigo; en el espacio para que de las nubes de gases estelares el Sol se condensara y ardiera; en la cantidad de estrellas y galaxias y aglomeraciones galácticas en fuga por el espacio que serían necesarias para tener suspendida cada galaxia, cada nebulosa, cada sol, cada planeta, y en el mismo momento de pensarlo ese espacio infatigablemente se formaba, en el mismo momento en que la señora Ph(i)Nko pronunciaba sus palabras: –...los tallarines, ¡eh, muchachos!–; el punto que la contenía a ella y a todos nosotros se expandía en una irradiación de distancias de años–luz y siglos–luz y millones de milenios–luz, y nosotros lanzados a las cuatro puntas del Universo (el señor Pbert Pberd hasta Pavía), ella disuelta en no sé qué especie de energía luz calor, ella, la señora Ph(i)Nko, la que en medio de nuestro cerrado mundo mezquino había sido capaz de un impulso generoso, el primer "¡Muchachos, qué tallarines les serviría!", un verdadero impulso de amor general, dando comienzo a la vez al concepto de espacio y al espacio propiamente dicho, y al tiempo, y a la gravitación universal, y al universo gravitante, haciendo posibles millones de soles, y de planetas, y de campos de trigo, y de señoras Ph(i)Nko dispersas por los continentes de los planetas que amasan con los brazos untados y generosos y enharinados y desde aquel momento perdida y nosotros llorándola.

### **Sin colores**

*Antes de que se formaran la atmósfera y los océanos, la Tierra debía tener el aspecto de una pelota gris rodando en el espacio. Como ahora la Luna: allí donde los rayos ultravioletas irradiados por el Sol llegan sin filtrarse, los colores quedan destruidos; por eso las rocas de la superficie lunar, en vez de ser coloreadas como las terrestres, son de un gris*

*muerto y unifonne. Si la Tierra muestra un rostro multicolor es gracias a la atmósfera que filtra esa luz mortífera.*

Un poco monótono –confirmó Qfwfq– pero sedante. Recorría millas y millas a toda velocidad como cuando no hay aire de por medio, y no veía más que gris sobre gris. Ningún contraste neto: el blanco verdaderamente blanco, si lo había, estaba en el centro del Sol y no era posible siquiera acercársele con la mirada; negro verdaderamente negro, no había ni siquiera la oscuridad de la noche, dada la gran cantidad de estrellas siempre a la vista. Se me abrían horizontes no interrumpidos por cadenas montañosas que apenas acertaban a despuntar, grises en torno a grises llanuras de piedra; y por más que atravesara continentes y continentes, no llegaba nunca a una orilla, porque océanos y lagos y ríos yacían quien sabe dónde bajo tierra.

Los encuentros en aquellos tiempos escaseaban: ¡éramos tan pocos! Con los ultravioletas, para poder resistir no había que tener demasiadas pretensiones. La falta de atmósfera sobre todo se hacía sentir de muchas maneras; vean por ejemplo los meteoros: granizaban desde todos los puntos del espacio, porque faltaba la estratosfera en la que golpean ahora como en un techo, desintegrándose. Además, el silencio: ¡Inútil gritar! Sin aire que vibrara, éramos todos mudos y sordos. ¿Y la temperatura? No había nada alrededor que conservase el calor del Sol; y al caer la noche, hacía un frío de quedarse duro. Afortunadamente, la corteza terrestre se calentaba desde abajo, con todos aquellos minerales fundidos que iban comprimiéndose en las entrañas del planeta; las noches eran cortas (como los días: la Tierra giraba más velozmente sobre sí misma); yo dormía abrazado a una roca caliente, caliente; el frío seco, alrededor, daba gusto. En una palabra, en cuanto a clima, para ser sincero, yo personalmente no me encontraba demasiado mal.

Entre tantas cosas indispensables que nos faltaban, comprenderán que la ausencia de colores era el problema menor: aunque hubiéramos sabido que existían los habríamos considerado un lujo fuera de lugar. Único inconveniente: el esfuerzo de la vista cuando había que buscar algo o a alguien, porque siendo todo igualmente incoloro era difícil distinguirlo de lo que estaba atrás o alrededor. A duras penas se conseguía individualizar lo que se movía: el rodar de un fragmento de meteorito, o el serpentino abrirse de un abismo sísmico, o un chorro de lapilli.

Aquel día corría yo por un anfiteatro de rocas porosas como esponjas, todo perforado de arcos detrás de los cuales se abrían otros arcos: en una palabra, un lugar accidentado en el que la ausencia de color se jaspeaba de esfumadas sombras cóncavas. Y entre las pilastras de esos arcos incoloros vi algo como un relámpago incoloro que corría veloz, desaparecía y reaparecía más lejos: dos resplandores acoplados que aparecían y desaparecían de repente; aún no había comprendido qué eran y ya corría enamorado siguiendo los ojos de Ayl.

Me metí en un desierto de arena; avanzaba hundiéndome entre dunas siempre de algún modo diversas y, sin embargo, casi iguales. Según el punto desde el que se las mirara, las crestas de las dunas eran como relieves de cuerpos acostados. Allá parecía modelarse un brazo cerrándose sobre un tierno seno, con la palma tendida bajo una mejilla inclinada; más acá, asomar un pie joven de pulgar esbelto. Allí parado, observando aquellas posibles analogías, dejé transcurrir un buen minuto antes de darme cuenta de que bajo mis ojos no había una cresta de arena, sino el objeto de mi persecución.

Yacía, incolora, vencida por el sueño, en la arena incolora. Me senté al lado. Era la estación –ahora lo sé– en que la era ultravioleta llegaba a su término para nuestro planeta; un modo de ser que estaba por terminar desplegaba su extrema culminación de belleza. Jamás nada tan bello había recorrido la tierra como el ser que tenía ante mi vista.

Ayl abrió los ojos. Me vio. Creo que primero no me distinguió –como me había sucedido a mí– del resto de aquel mundo arenoso; que después reconoció en mí la presencia desconocida que la había seguido y se asustó. Pero al final pareció comprender nuestra común sustancia y hubo un temblor entre tímido y risueño en su mirada que me hizo lanzar, de felicidad, un gañido silencioso.

Me puse a conversar, todo con gestos. –Arena. No arena –dije, señalando primero en torno y luego nosotros dos.

Hizo una señal de que sí, había entendido.

–Roca. No roca –dije, por seguir desarrollando el tema. Era una época en que no disponíamos de muchos conceptos: designar, por ejemplo, lo que éramos nosotros dos, lo que teníamos de común y de diverso, no era empresa fácil.

–Yo. Tú no yo –traté de explicarle con gestos.

Se contrarió.

–Sí. Tú como yo, pero más o menos –corregí.

Se había tranquilizado un poco, pero desconfiaba todavía.

–Yo, tú, juntos, corre, corre –traté de decir.

Lanzó una carcajada y escapó.

Corríamos por la cresta de los volcanes. En el gris meridiano el vuelo de los cabellos de Ayl y las lenguas de fuego que se alzaban de los cráteres se confundían en un batir de alas pálido e idéntico.

–Fuego. Pelo –le dije–. Fuego igual pelo.

Parecía convencida.

–¿No es cierto que es lindo? –pregunté.

–Lindo –contestó.

El Sol ya se hundía en un crepúsculo blanquecino. Sobre un despeñadero de piedras opacas, los rayos pegando al sesgo hacían brillar algunas.

–Piedras allá nada iguales. Lindas, ¿eh? –dije.

–No –contestó, y desvió la mirada.

–Piedras allá lindas, ¿eh? –insistí, señalando el gris brillante de la piedra.

–No.

Se negaba a mirar.

–¡A ti, yo, piedras allá –le ofrecí.

–¡No, piedras aquí! –respondió Ayl y tomó un puñado de las opacas. Pero yo ya había corrido adelante.

Volví con las piedras brillantes que había recogido, pero tuve que forzarla para que las tomase.

–¡Lindo! –trataba de convencerla.

–¡No! –protestaba, pero después las miró; lejos del reflejo solar, eran piedras opacas como las otras; y sólo entonces dijo–: ¡Lindo!

Cayó la noche, la primera que pasé abrazado no a una roca, y por eso quizás me pareció cruelmente corta. Si la luz tendía a cada momento a borrar a Ayl, a poner en duda su presencia, la oscuridad me devolvía la certeza de que estaba.

Volvió el día a teñir de gris la Tierra, y mi mirada giraba en torno y no la veía. Lancé un grito mudo: –¡Ayl! ¿Por qué te has escapado? –Pero ella estaba delante de mí y también me buscaba y no me veía y silenciosamente gritó–: ¡Qfwfq! ¿Dónde estás?–. Hasta que nuestra vista se acostumbró a escrutar aquella luminosidad caliginosa y a reconocer el relieve de una ceja, de un codo, de una cadera.

Entonces hubiera querido colmar a Ayl de regalos, pero nada me parecía digno de ella. Buscaba todo lo que de algún modo se destacara de la uniforme superficie del mundo, todo lo que indicase un jaspeado, una mancha. Pero pronto hube de reconocer que Ayl y yo teníamos gustos diferentes, si no directamente opuestos: yo buscaba un mundo diverso más allá de la pátina desvaída que aprisionaba las cosas, y espiaba cualquier señal, cualquier indicio (en realidad algo estaba empezando a cambiar, en ciertos puntos la ausencia de color parecía recorrida por vislumbres tornasoladas); en vez, Ayl era una habitante feliz del silencio que reina allí donde toda vibración está excluida; para ella todo lo que apuntaba a romper una absoluta neutralidad visual era un desafinar estridente; para ella allí donde el

gris había apagado cualquier deseo, por remoto que fuera, de ser algo distinto del gris, sólo allí empezaba la belleza.

¿Cómo podíamos entendernos? Ninguna cosa del mundo tal como se presentaba a nuestra mirada bastaba para expresar lo que sentíamos el uno por el otro, pero mientras yo me afanaba por arrancar a las cosas vibraciones desconocidas, ella quería reducir toda cosa al más allá incoloro de su última sustancia.

Un meteorito atravesó el cielo, en una trayectoria que pasó delante del Sol; su envoltura fluida e incendiada hizo por un instante de filtro a los rayos solares, y de improvisto el mundo quedó inmerso en una luz jamás vista. Abismos morados se abrían al pie de peñascos anaranjados y mis manos violetas señalaban el bólido verde flameante mientras un pensamiento para el que no existían todavía palabras trataba de prorrumpir de mi garganta:

–¡Esto para ti! ¡De mí esto para ti ahora, sí sí, es lindo!

Y al mismo tiempo giraba de repente sobre mí mismo ansioso por ver de qué modo nuevo resplandecía Ayl en la transfiguración general; y no la vi, como si en aquel repentino desmenuzarse del barniz incoloro hubiera encontrado la manera de esconderse y escurrirse entre las junturas del mosaico.

–¡Ayl! ¡No te asustes, Ayl! ¡Sal y mira!

Pero el arco del meteorito ya se había alejado del Sol, y la Tierra había sido reconquistada por el gris de siempre, aun más gris para mis ojos deslumbrados, e indistinto, y opaco, y Ayl no estaba.

Había desaparecido de veras. La busqué durante un largo pulsar de días y de noches. Era la época en que el mundo estaba probando la forma que adoptaría después: la probaba con el material que tenía a su disposición, aunque no fuera el más adecuado, quedando entendido que no había nada definitivo. Árboles de lava color humo extendían retorcidas ramificaciones de las cuales colgaban finas hojas de pizarra. Mariposas de ceniza sobrevolando prados de arcilla se cernían sobre opacas margaritas de cristal. Ayl podía ser la sombra incolora que se mecía en una rama de la incolora floresta, o que se inclinaba a recoger bajo grises matas grises hongos. Cien veces creí haberla percibido y cien veces perderla de nuevo. De las landas desiertas pasé a las comarcas habitadas. En aquel tiempo, en el presagio de las mutaciones que advendrían, oscuros constructores modelaban imágenes prematuras de un remoto posible futuro. Atravesé una metrópoli nurágica toda torres de piedra; franqueé una montaña perforada de galerías subterráneas como una tebaida; llegué a un puerto que se abría sobre un mar de fango; entré en un jardín en cuyos canteros de arena se elevaban al cielo altos menhires.

La piedra gris de los menhires era recorrida por un dibujo de apenas insinuadas vetas grises. Me detuve. En medio de aquel parque Ayl jugaba con sus amigas. Lanzaban en alto una bola de cuarzo y la cogían al vuelo.

En un tiro demasiado fuerte la bola se puso al alcance de mis manos y la atrapé. Las amigas se dispersaron en su busca; cuando vi a Ayl sola, lancé la bola al aire y la cogí al vuelo. Ayl se acercó; yo, escondiéndome, lanzaba la bola de cuarzo atrayendo a Ayl a lugares cada vez más alejados. Después aparecí; me gritó; después se echó a reír; y así seguimos jugando por regiones desconocidas.

En aquel tiempo los estratos del planeta fatigosamente buscaban un equilibrio a fuerza de terremotos. Cada tanto una sacudida levantaba el suelo, entre Ayl y yo se abrían grietas a través de las cuales seguíamos lanzando la bola de cuarzo. En esos abismos los elementos comprimidos en el corazón de la Tierra encontraban la vía para liberarse y veíamos emerger espolones de roca, exhalando fluidas nubes, brotar chorros hirvientes.

Siempre jugando con Ayl, me di cuenta de que una capa gaseosa se había ido extendiendo por la corteza terrestre, como una niebla baja que subía poco a poco. Un instante antes llegaba a los tobillos y ya estábamos metidos hasta las rodillas, luego hasta las caderas... Al ver aquello creía en los ojos de Ayl una sombra de inseguridad y de temor; y yo no quería alarmla, y por eso, como si nada, seguía nuestro juego, pero también estaba inquieto.

Era algo nunca visto: una inmensa burbuja fluida se iba inflando en torno a la Tierra y la envolvía toda; pronto nos cubriría de la cabeza a los pies vaya a saber con qué consecuencias.

Lancé la bola a Ayl del otro lado de una grieta que se abría en el suelo, pero el tiro resultó inexplicablemente más corto de lo que yo había pretendido, la bola cayó en la rajadura, y zas: de pronto resultaba pesadísima; no: era que el abismo se había abierto enormemente y ahora Ayl estaba lejos, lejos, del otro lado de una extensión líquida y untosa que se había abierto entre nosotros y espumeaba contra la orilla de rocas, y yo me asomaba sobre esa orilla gritando: –¡Ayl! ¡Ayl! –y mi voz, el sonido, exactamente el sonido de mi voz se propagaba con una fuerza que jamás hubiera imaginado y las ondas hacían más ruido que mi voz. En una palabra: no se entendía nada de nada.

Me llevé las manos a las orejas ensordecidas y en aquel momento sentí también la necesidad de taparme la nariz y la boca para no aspirar la fuerte mezcla de oxígeno y ázoe que me rodeaba, pero más fuerte que todo fue el impulso de cubrirme los ojos que me parecía que iban a reventar.

La masa líquida que se extendía a mis pies se había vuelto repentinamente de un color nuevo que me cegaba, y estallé en un grito inarticulado que de allí en adelante asumiría un significado bien preciso: –¡Ayl! ¡El mar es azul!

El gran cambio tanto tiempo esperado había ocurrido. En la Tierra había ahora el aire y el agua. Y sobre aquel mar azul recién nacido, el Sol se ponía también coloreado, y de un color absolutamente distinto y todavía más violento. Tanto que sentí la necesidad de continuar mis gritos insensatos: –¡Qué rojo es el Sol, Ayl! ¡Ayl, qué rojo!

Cayó la noche. También la oscuridad era distinta. Yo corría buscando a Ayl, emitiendo sonidos sin pies ni cabeza para expresar lo que veía: –¡Las estrellas son amarillas! ¡Ayl! ¡Ayl!

No la encontré ni aquella noche ni los días y las noches que siguieron. Alrededor el mundo desplegaba colores siempre nuevos, nubes rosas se adensaban en cúmulos violetas que descargaban rayos dorados; después de las tormentas, largos arco iris anunciaban tintes que todavía no se habían visto, en todas las combinaciones posibles. Y ya la clorofila comenzaba su avanzada: musgos y helechos verdeaban en los valles recorridos por torrentes. ¡Era éste finalmente el escenario digno de la belleza de Ayl, pero ella no estaba! Y sin ella toda esta pompa multicolor me parecía inútil, desperdiciada.

Volví a recorrer la Tierra, volví a ver las cosas que había conocido en gris, pasmado cada vez al descubrir que el fuego era rojo, el hielo blanco, el cielo celeste, la tierra marrón, y que los rubíes eran color rubí, y los topacios color topacio, y color esmeralda las esmeraldas. ¿Y Ayl? No conseguía con todo mi fantasear imaginarme cómo se presentaría a mi mirada.

Encontré el jardín de los menhires, ahora verdeado de árboles y hierba. En pilones borbulleantes nadaban peces rojos y amarillos y azules. Las amigas de Ayl seguían saltando en los prados, arrojándose la bola irisada, ¡pero cómo habían cambiado! Una era rubia de piel blanca, otra morena de piel olivácea, otra castaña de piel rosada, otra pelirroja toda manchada de innumerables, encantadoras pecas.

–¿Y Ayl? –grité–. ¿Y Ayl? ¿Dónde está? ¿Cómo es? ¿Por qué no está con vosotras?

Los labios de las amigas eran rojos, y blancos los dientes y rosadas la lengua y las encías. Rosada era también la punta de los pechos. Los ojos eran celeste aguamarina, negro guinda, avellana y amaranto.

–Ayl... –contestaban–. No está... No sabemos... –y seguían jugando.

Yo trataba de imaginar la cabellera y la piel de Ayl de todos los colores posibles y no lo conseguía, y así, buscándola, exploraba la superficie del globo.

"Si aquí arriba no está –pensé–, ¡quiere decir que está abajo!", y en cuanto encontré un terremoto me arrojé a un precipicio, bien abajo, en las entrañas de la Tierra.

–¡Ayl! ¡Ayl! –llamaba en la oscuridad–. ¡Ayl! ¡Ven a ver qué lindo es afuera!

Desgañitado, me callé. Y en aquel momento me respondió la voz de Ayl, sumisa, serena: –Shsh. Estoy aquí. ¿Por qué gritas tanto? ¿Qué quieres?

No se veía nada. –¡Ayl! ¡Sal conmigo! Si supieras: afuera...

–No me gusta, afuera.

–Pero tú, antes...

–Antes era antes. Ahora es distinto. Con todo ese lío.

Mentí: –Pero no, ha sido un cambio de luz momentáneo. ¡Como aquella vez del meteorito! Ahora se acabó. Todo ha vuelto a ser como antes. Ven, no tengas miedo. –Si sale, pensaba, pasado el primer momento de confusión se habituará a los colores, estará contenta y comprenderá que he mentido por su bien.

–¿Dices la verdad?

–¿Por qué voy a contarte mentiras? Ven, deja que te lleve afuera.

–No. Anda tú delante. Yo te sigo.

–Pero estoy impaciente por volver a verte.

–Sólo volverás a verme como a mí me gusta. Anda adelante y no te vuelvas.

Las sacudidas telúricas nos abrían camino. Los estratos de roca se desplegaban en abanico y nosotros avanzábamos por los intersticios. Sentía a mis espaldas el paso ligero de Ayl. Un terremoto más y estábamos afuera. Corría entre peldaños de basalto y de granito que se deshojaban como las páginas de un libro; ya se desgarraba en el fondo la brecha que nos conduciría al aire libre, ya aparecía del otro lado de la hendidura la Tierra asoleada y verde, ya la luz se abría paso para venir a nuestro encuentro. Sí: ahora vería también encenderse los colores en la cara de Ayl... Me volví para mirarla.

Oí el grito de ella que se retraía hacia la oscuridad, mis ojos todavía deslumbrados por la luz de antes no distinguían nada, después el trueno del terremoto lo dominó todo y una pared de roca se alzó de golpe, vertical, separándonos.

–¡Ayl! ¿Dónde estás? Trata de pasar de este lado, pronto, antes de que la roca se asiente –y corría a lo largo de la pared buscando un paso, pero la superficie lisa y gris se extendía compacta, sin una fisura.

Una enorme cadena de montañas se había formado en aquel punto. Mientras yo era proyectado hacia afuera, al aire libre, Ayl había quedado detrás de la pared, encerrada en las entrañas de la Tierra.

–¡Ayl! ¿Dónde estás, Ayl? ¿Por qué no estás aquí? –y hacía girar la mirada por el paisaje que se ensanchaba a mis pies. Entonces, aquellos prados verdeguisante en los cuales brotaban las primeras amapolas escarlatas, aquellos campos amarillo–canario que estriaban las leonadas colinas bajando hacia un mar lleno de relámpagos turquíes, todo me pareció de pronto tan insulso, tan trivial, tan falso, tan en contraste con la persona de Ayl, con la idea de belleza de Ayl que comprendí que su lugar nunca podría estar *de este lado*. Y me di cuenta con dolor y espanto de que yo me había quedado *de este lado*, que nunca podría escapar a esos centelleos dorados y plateados, a esas nubecillas que de celestes se volvían rosadas, a aquellas pequeñas hojas verdes que amarilleaban todos los otoños, y que el mundo perfecto de Ayl estaba perdido para siempre, tanto que no podía ya ni imaginarlo, y no quedaba nada que pudiese recordármelo, ni siquiera de lejos, nada sino aquella fría pared de piedra gris.

## Juegos sin fin

*Si las galaxias se alejan, el enrarecimiento del universo es compensado por la formación de nuevas galaxias compuestas de materia que se crea ex novo. Para mantener estable la densidad media del universo, basta que se forme un átomo de hidrógeno cada 250 millones de años por cada 40 centímetros cúbicos de espacio en expansión. (Esta teoría, llamada del "estado estacionario", ha sido contrapuesta a la otra hipótesis de que el universo fue originado, en un momento preciso, por una gigantesca explosión.)*

Yo era un chico y ya me había dado cuenta –contó Qfwfq–. Los átomos de hidrógeno los conocía uno por uno, y cuando aparecía uno nuevo lo sabía. En los tiempos de mi infancia para divertirnos sólo había en todo el universo átomos de hidrógeno, y no hacíamos más que jugar con ellos, yo y otro chico de mi edad que se llamaba Pfwfp.

¿Cómo era el juego? Es fácil de explicar. Como el espacio es curvo, a lo largo de su curva hacíamos correr los átomos como bolitas, y el que mandaba más lejos su átomo ganaba. Al dar el golpe al átomo había que calcular bien los efectos, las trayectorias, saber aprovechar los campos magnéticos y los campos de gravitación, si no la pelotita salía fuera de la pista y quedaba eliminada de la competición.

Las reglas eran las habituales: con un átomo podías tocar otro átomo tuyo y adelantarlo, o bien sacar del medio un átomo contrario. Naturalmente, se trataba de no dar golpes demasiado fuertes porque del choque de dos átomos de hidrógeno, ¡tic!, se podía formar uno de deuterio, o directamente de helio, y eran átomos perdidos para la partida; no sólo eso, sino que si uno de los dos era de tu adversario, tenías que pagárselo.

Ya se sabe cómo es la curvatura del espacio: una pelotita gira gira y en cierto momento se va por el declive y se aleja y no la atrapas más. Por eso, a lo largo del juego, el número de átomos rivales disminuía continuamente y el primero de los dos que se quedaba sin ellos había perdido la partida.

Y entonces, justo en el momento decisivo, empiezan a aparecer átomos nuevos. Entre el átomo nuevo y el usado hay como es sabido una buena diferencia: los nuevos eran lustrosos, claros, frescos, húmedos como de rocío. Establecimos reglas nuevas: que uno de los nuevos valía por tres de los viejos; que los nuevos, apenas se formaban, debían repartirse entre los dos por partes iguales.

Así nuestro juego no terntinaba nunca, y ni siquiera nos aburríamos porque cada vez que nos encontrábamos con átomos nuevos nos parecía que también el juego era nuevo y que aquélla era nuestra primera partida.

Después, con el andar del tiempo, dale que dale, el juego fue perdiendo interés. Átomos nuevos ya no se veían; los átomos perdidos no se sustituían, nuestros tiros eran cada vez más débiles, vacilantes, por temor de perder las pocas piezas que quedaban en juego, en aquel espacio liso y pelado.

Hasta Pfwfp había cambiado: se distraía, daba vueltas, no estaba cuando le tocaba tirar, yo lo llamaba y él no respondía, reaparecía media hora después.

–Dale, te toca a ti, ¿qué haces, no juegas más?

–Sí que juego, no fastidies, ya tiro.

–Bueno, si te vas por tu lado, suspendemos la partida.

–Uf, tantas historias porque pierdes.

Era cierto: me había quedado sin átomos, mientras que Pfwfp, quién sabe cómo, tenía siempre uno de reserva. Si no aparecían nuevos átomos para repartirlos, no había para mí esperanzas de compensar la desventaja.

Apenas Pfwfp se alejó de nuevo, lo seguí de puntillas. Mientras yo estaba presente parecía vagabundear distraído, silboteando; pero una vez fuera de mi radio se ponía a trotar en el espacio con paso decidido, como el que tiene bien pensado su plan. Y cuál era su plan –su trampa, como verán–, no tardé en descubrirlo: Pfwfp conocía todos los lugares donde se formaban átomos nuevos y cada tanto daba una vuelta y los recogía en el sitio mismo, apenas prontos, y los escondía. ¡Por eso átomos para tirar no le faltaban nunca!

Pero antes de meterlos en el juego, como tramposo impenitente que era, se dedicaba a disfrazarlos de átomos viejos, restregaba un poco la película de electrones hasta dejarla desgastada y opaca para hacerme creer que era un átomo suyo de antes, encontrado por casualidad en un bolsillo.

Esto no era todo: hice un rápido cálculo de los átomos jugados y me di cuenta de que eran sólo una pequeña parte de los que robaba y escondía. ¿Estaba preparando una



reserva de hidrógeno? ¿Para qué? ¿Qué se le había metido en la cabeza? Tuve una sospecha: Pfwfp quería construirse un universo por su cuenta, nuevo, flamante.

Desde aquel momento no descansé: tenía que pagarle con creces. Hubiera podido imitarlo: ¡ahora que conocía los lugares, llegar allí con unos minutos de anticipación y apoderarme de los átomos recién nacidos, antes de que él les echase mano! Pero hubiera sido demasiado sencillo. Quería hacerlo caer en una trampa digna de su perfidia. Como primera medida, me puse a fabricar átomos falsos: mientras él se dedicaba a sus alevosas incursiones, yo en un escondrijo secreto, pesaba, dosificaba y aglutinaba todo el material de que disponía. En realidad ese material era bien poco: radiaciones fotoeléctricas, limaduras de campos magnéticos, algunos neutrones perdidos en el camino; pero a fuerza de apelonar y humedecer con saliva conseguía mantener todo pegado. En una palabra, preparé ciertos corpúsculos que si se los observaba atentamente se veía que no eran para nada de hidrógeno ni de otro elemento nombrable, pero al que pasase de prisa como Pfwfp para atraparlos y metérselos en el bolsillo con movimientos furtivos, podían parecerle hidrógeno auténtico y nuevo.

Así, mientras él no sospechaba nada todavía, lo precedí en su vuelta. Los lugares me los había metido bien en la cabeza.

El espacio es curvo en todas partes, pero en algunos puntos más que en otros: especies de bolsas o estrechamientos o nichos donde el vacío se abarquilla. En esos nichos es donde, con un leve tintineo, cada doscientos cincuenta millones de años se forma, como perla entre las valvas de la ostra, un luciente átomo de hidrógeno. Yo pasaba, me embolsaba el átomo, y en su lugar depositaba el falso. Pfwfp no se daba cuenta de nada: rapaz, ávido, se llenaba los bolsillos de aquella basura, mientras yo acumulaba cuantos tesoros el universo iba incubando en su seno.

Los resultados de nuestras partidas cambiaron: yo tenía siempre átomos nuevos para poner en circulación, mientras que los de Pfwfp pifiaban. Tres veces trató de tirar y tres veces el átomo se desmenuzó como machacado en el espacio. Ahora Pfwfp buscaba cualquier excusa para anular la partida.

–Dale –lo apremiaba yo–, si no tiras, la parada es mía.

Y él: –Así no vale, cuando un átomo se estropea se anula la partida, se empieza desde el principio–. Era un regla inventada por él en aquel momento.

Yo no le daba respiro, le bailaba alrededor, pegaba saltos de carnero y cantaba:

Tiratiratirata

si no tiras te retiras  
cuantos tiros tú no tires  
otros tantos tiraré.

–Basta –dijo Pfwfp–, cambiemos de juego.

–¡De acuerdo! –dije yo–. ¿Por qué no jugamos a remontar las galaxias?

–¿Las galaxias?

–De improviso Pfwfp se iluminó de contento–. ¡De acuerdo! ¡Pero tú... tú no tienes una galaxia!

–¡Sí que la tengo!

–¡Yo también!

–¡Dale! ¡A ver quién la remonta más alto!

Y todos los átomos nuevos que tenía escondidos los lancé al espacio. Primero parecía que se dispersaban, después se adensaron en una nube ligera, y la nube se agrandó, y en su interior se formaron condensaciones incandescentes, y giraban, giraban y en cierto momento se convirtieron en una espiral de constelaciones nunca vista que se cernía abriéndose en surtidor y huía, huía y yo la sujetaba por la cola sonriendo. Pero ahora ya no era yo el que remontaba la galaxia, la galaxia era la que me remontaba a mí, colgado

de su cola, es decir, ya no había ni arriba ni abajo sino sólo espacio que se dilataba y la galaxia en el medio se dilataba también, y yo colgado haciendo muecas a Pfwfp distante ya millares de años–luz.

Pfwfp, apenas me moví, se apresuró a sacar todo su botín y a lanzarlo acompañándolo del movimiento balanceado de quien espera ver abrirse en el cielo las espiras de una inmensa galaxia. Pero nada. Hubo un chirrido de radiaciones, un centelleo desordenado, y de pronto todas las cosas se apagaron.

–¿Eso es todo? –gritaba yo a Pfwfp, que me insultaba verde de rabia:

–¡Ya te enseñaré, perro!

Pero entretanto yo y mi galaxia volábamos entre millones de galaxias, y la mía era la más nueva, toda ardiente de hidrógeno y de jovencísimo berilio y de carbono infante. Las galaxias viejas huían hinchadas de envidia, y nosotros piafantes y altaneros les escapábamos viéndolas tan vetustas y pesadas. En esta fuga recíproca acabábamos por atravesar espacios cada vez más enrarecidos y desnudos, y ahora en medio del vacío veía nuevamente despuntar aquí y allá inciertas salpicaduras de luz. Eran otras tantas galaxias formadas de materia recién nacida, galaxias ya más nuevas que la mía. En seguida el espacio se ponía denso y atestado como una viña antes de la vendimia, y volábamos huyendo tanto de las más jóvenes como de las viejas, jóvenes y viejas huyendo de nosotros. Y pasamos a cielos vacíos y también estos cielos empezaron a poblarse, y así sucesivamente.

En uno de esos repoblamientos oigo: –¡Qfwfq, ahora me las pagas, traidor! –y veo una galaxia nuevísima que vuela sobre nuestra huella, y tendido sobre la punta extrema de la espiral, desgañitándose en amenazas e insultos dirigidos a mí, mi antiguo compañero de juegos, Pfwfp.

Comenzó la persecución. Cuando el espacio era en subida la galaxia de Pfwfp, joven y ágil, ganaba terreno, pero cuando el espacio era en bajada, la mía, más pesada, recobraba ventaja.

En las carreras ya se sabe cuál es el secreto: todo está en cómo se toman las curvas. La galaxia de Pfwfp tendía a cerrarlas, la mía en cambio a abrirlas. Abre que te abrirás, terminamos fuera de la orilla de espacio, con Pfwfp detrás. Continuamos nuestra carrera aplicando el sistema que se usa en estos casos, esto es, creándonos el espacio delante de nosotros a medida que avanzábamos.

Así, adelante no había nada, y a mis espaldas venía aquella bestia de Pfwfp: en las dos direcciones un espectáculo antipático. Con todo, prefiero mirar adelante, ¿y qué veo? Pfwfp, que mi mirada acababa de dejar atrás, corría en su galaxia justo delante de mí. –¡Ah! –grité–. ¡Ahora me toca a mí seguirte!

–¿Cómo? –dijo Pfwfp, no sé bien si detrás de mí o allí delante–, ¡si soy yo el que te sigue!

Me vuelvo: Pfwfp seguía pisándome siempre los talones. Me vuelvo otra vez hacia delante: allí iba escapándome, de espaldas a mí. Pero mirando mejor vi que delante de la galaxia suya que me precedía había otra, y que esa otra era la mía, como que yo iba encima, inconfundible aunque visto de espaldas. Y me volví hacia el Pfwfp que me seguía y aguzando la mirada vi que su galaxia era seguida por otra galaxia, la mía, y encima yo, que en aquel momento me volvía a mirar atrás.

Y así detrás de cada Qfwfq había un Pfwfp, y detrás de cada Pfwfp un Qfwfq y cada Pfwfp seguía a un Qfwfq y era seguido por él y viceversa. Nuestras distancias se acortaban un poco, se alargaban un poco, pero ahora era evidente que jamás el uno alcanzaría al otro ni el otro al uno. De jugar a correr nos se nos había pasado el gusto, y además, ya no éramos chicos, pero no podíamos hacer otra cosa.

## El tío acuático

*Los primeros vertebrados que en el Carbonífero abandonaron la vida acuática por la terrestre, derivaban de los peces óseos pulmonados cuyas aletas podían girar debajo del cuerpo y utilizarse como patas en la tierra.*

Era evidente que en adelante los tiempos del agua habían terminado –recordó el viejo Qfwfq–, los que se decidían a dar el gran paso eran cada vez más numerosos, no había familia que no tuviera alguno de los suyos en lugar seco, todos contaban cosas extraordinarias de lo que se podía hacer en tierra firme y llamaban a los parientes. Entonces a los peces jóvenes no había quien los contuviera, agitaban las aletas en las orillas de barro para ver si funcionaban como patas, como había sucedido a los más dotados. Pero justamente en aquellos tiempos se acentuaban las diferencias entre nosotros: había la familia que vivía en tierra desde varias generaciones atrás, y en la que los jóvenes ostentaban maneras que ya no eran ni siquiera de anfibios sino casi de reptiles; y había quien se demoraba todavía en hacerse el pez, e incluso se volvía más pez de lo que había sido ser pez en otro tiempo.

Nuestra familia, debo decirlo, con los abuelos a la cabeza, pataleaba en la playa sin faltar uno, como si nunca hubiéramos conocido otra vocación. De no ser por la obstinación del tío abuelo N'ba N'ga, los contactos con el mundo acuático se hubieran perdido hacía rato. Sí, teníamos un tío abuelo pez, y precisamente por parte de mi abuela paterna, nacida de los Celacantos del Devoniano (de los de agua dulce, los que al final serían primos de los otros, pero no quiero detenerme en los grados de parentesco, total nadie consigue seguirlos). Este tío abuelo habitaba, pues, ciertas aguas bajas y legamosas, entre raíces de protoconíferas, en el brazo de laguna donde habían nacido todos nuestros viejos. No se movía jamás de allí: en cualquier estación bastaba asomarse sobre los estratos de vegetación más fofos hasta sentir que uno se hundía en suelo mojado, y allí abajo, a pocos palmos de la orilla, veíamos la columna de burbujitas que mandaba arriba bufando, como hacen los individuos de edad, o la nubecilla de fango que raspaba con su hocico agudo, siempre hurgoneando, más por costumbre que por buscar algo.

–¡Tío N'ba N'ga! ¡Venimos a verlo! ¿Nos esperaba? –gritábamos, chapoteando en el agua con las patas y la cola para atraer su atención–. ¡Le hemos traído insectos nuevos que crecen donde vivimos! ¡Tío N'ba N'ga! ¿Vio alguna vez cucarachas tan grandes? Pruebe, a ver si le gustan...

–¡Con esas cucarachas hediondas pueden limpiarse las verrugas asquerosas que tienen en el lomo! –La respuesta del tío abuelo era siempre una frase de este tipo, o quizá más grosera todavía; siempre nos recibía así, pero no le hacíamos caso porque sabíamos que al cabo de un rato terminaba por calmarse, agradecer los regalos y conversar con tono más cortés.

–¿Qué verrugas, tío N'ba N'ga? ¿Cuándo nos ha visto una verruga?

Esto de las verrugas era un prejuicio de los viejos peces: que a nosotros, que vivíamos en lugar seco, nos habían salido en todo el cuerpo muchísimas verrugas que rezumaban un líquido, lo cual era cierto, sí, pero sólo para los sapos, que nada tenían que ver con nosotros; al contrario, nuestra piel era lisa y resbalosa como jamás la había tenido ningún pez; y el tío abuelo lo sabía perfectamente, pero no renunciaba a enjaretar en sus discursos todas las calumnias y las prevenciones en que se había criado. Ibamos a visitar al tío abuelo una vez por año, toda la familia al mismo tiempo. Era también una ocasión para encontrarnos todos, dispersos como estábamos en el continente, intercambiar noticias e insectos comestibles, y discutir viejos asuntos de intereses que habían quedado en suspenso. El tío abuelo terciaba incluso en cuestiones que estaban de él a kilómetros y kilómetros de tierra firme, como por ejemplo el reparto de las zonas de caza de la libélula, y daba la razón a unos o a otros según criterios suyos, que eran también siempre acuáticos. – ¿Pero no saben que el que caza en el fondo siempre lleva ventaja al que caza en la superficie? ¿De qué se quejan, entonces?

–Pero tío, mire, no es cuestión de superficie o de fondo: yo estoy al pie de la colina y él en mitad de la cuesta... Las colinas, recuerde, tío...

Y él: –Al pie de los escollos es donde hay siempre los mejores camarones. –No había manera de hacerle aceptar como posible una realidad diferente de la suya.

Y sin embargo su juicio seguía teniendo autoridad sobre todos nosotros: terminábamos por pedirle consejo sobre hechos que no entendía, aunque supiéramos que podía cometer un error garrafal. Quizá su autoridad le venía justamente de ser un vestigio del pasado, de usar viejos modismos, como: –¡Y baja un poco las aletas, compadre! –cuyo significado ni siquiera entendíamos bien.

Tentativas de llevarlo a tierra con nosotros habíamos hecho varias y seguíamos haciéndolas; aun más, en este punto nunca se había extinguido la rivalidad entre las varias ramas de la familia, porque el que consiguiera llevarse al tío abuelo a su casa se encontraría en una posición digamos preeminente con respecto a toda la parentela. Era una rivalidad inútil, porque el tío abuelo ni soñaba con dejar la laguna.

–Tío, a sus años, si supiera qué poco nos gusta dejarlo así siempre solo, con esta humedad... Sabe, se nos ha ocurrido una idea... –empezábamos.

–Me esperaba que lo entendieran –interrumpía el viejo pez–. El gusto de patalear en tierra seca ya se lo han dado, es hora de que vuelvan a vivir como seres normales. Aquí hay agua para todos, y en cuanto a comer, la estación de las lombrices nunca ha sido mejor. Métense en el agua en seguida y no se hable más.

–Pero no, tío N'ba N'ga, ¿qué está pensando? Nosotros queríamos llevarlo a un pradito... Verá qué bien se encuentra. Le hacemos un pocito húmedo, fresco: puede dar todas las vueltas que quiera igual que aquí; pero también dar unos pasos alrededor, verá qué bien le sienta. Y además a su edad el clima de tierra es más indicado. Vamos, tío N'ba N'ga, no se haga rogar más: ¿viene?

–¡No! –era la respuesta seca del tío abuelo, y metiéndose de nariz en el agua desaparecía de nuestra vista.

En un bufido a flor de agua, antes de hundirse con un coletazo todavía ágil, nos llegaba la última respuesta del tío abuelo: –¡Nada de panza en el barro quien tiene pulgas entre las escamas! –que debía de ser un modo de decir de sus tiempos (del tipo de nuestro proverbio nuevo, y mucho más conciso: "Al que le pique, que se rasque"), con aquella expresión "barro" que seguía usando en todas las ocasiones en que nosotros decíamos "tierra".

Por aquella época me enamoré. Pasaba los días con LII, persiguiéndonos; ágil como ella nunca se había visto ninguna; a los helechos, que en aquel tiempo eran tan altos como árboles, LII subía hasta la cima de un envión, y las cimas se inclinaban casi hasta el suelo, y ella bajaba de un salto y proseguía su carrera; yo, con movimientos un poco más lentos y torpes, la seguía. Nos internábamos tierra adentro donde ninguna huella había marcado jamás el suelo seco y costroso; a veces me detenía espantado de haberme alejado banto de la zona de las lagunas. Pero nada parecía tan lejos de la vida acuática como ella, LII: los desiertos de arena y piedra, las praderas, la espesura de los montes, los relieves rocosos, las montañas de cuarzo, ése era su mundo: un mundo como hecho a propósito para ser escrutado por sus ojos oblongos y recorrido por su paso sinuoso. Mirando su piel lisa parecía que nunca hubiesen existido placas y escamas.

Los parientes de LII me cohibían un poco: eran una de esas familias que por haberse establecido en tierra en una época más antigua, habían terminado por convencerse de que estaban allí desde siempre; una de esas familias en las que hasta los huevos se ponían en lugar seco, protegidos por una cáscara resistente; y mirando a LII en sus brincos, en sus movimientos fulminantes, se veía que había nacido tal como era ahora, de uno de aquellos huecos calientes de arena y de sol, saltándose a pies juntillas la fase nadante y remolona del renacuajo, todavía obligatoria en nuestras familias menos evolucionadas.

Había legado el momento de que LII conociese a los míos, y como el más anciano y autorizado de la familia era el tío abuelo N'ba N'ga, no podía dejar de hacerle una visita para presentarle a mi novia. Pero cada vez que se presentaba una oportunidad, la postergaba lleno de confusión: conociendo los prejuicios en que la habían criado, aún no me había atrevido a decir a LII que mi tío abuelo era un pez.

Un día nos habíamos internado en uno de aquellos aguanosos promontorios que rodean la laguna, donde el suelo más que de arena está formado por marañas de raíces y vegetación marchita. Y LII me lanzó uno de sus habituales desafíos o pruebas de coraje:

–Qfwfq, ¿hasta dónde eres capaz de mantener el equilibrio? ¡A ver quién corre más por la orilla! –y se lanzó adelante con sus piruetas de tierra firme, pero un poco vacilante.

Esta vez me sentía capaz no sólo de emularla, sino de vencerla, porque en terreno húmedo mis patas encontraban mejor asidero. –¡Hasta la orilla cuanto quieras! –exclamé–, ¡y quizá todavía más allá!

–¡No digas tonterías! –me contestó–. Más allá de la orilla, ¿cómo vas a correr? ¡Está el agua!

Tal vez era el momento favorable para sacar el tema de mi tío abuelo. –¿Y qué? –le dije–. Hay quien corre más allá de la orilla y quien más acá.

–¡Estás diciendo cosas sin pies ni cabeza!

–¡Digo que mi tío aquelo N'ba N'ga está en el agua como nosotros en tierra, y nunca ha salido de ella!

–¡Ajá! ¡Quisiera conocer a ese N'ba N'ga!

No había terminado de decirlo y en la turbia superficie de la laguna gorgotearon burbubitas, se formaron algunos remolinos y afloró un hocico todo cubierto de escamas espinosas.

–Bueno, aquí estoy, ¿qué hay? –dijo el tío abuelo, mirando a LII con ojos redondos e inexpresivos como piedras y haciendo latir las branquias a los lados del enorme gaznate. Jamás el tío abuelo me había parecido tan distinto de nosotros: un monstruo hecho y derecho.

–Tío, si me permite, esta... tengo el gusto de presentarle a... mi prometida, LII –y señalé a mi novia, que quién sabe por qué se había incorporado sobre las patas de atrás, en una de sus actitudes más rebuscadas y por cierto menos gratas para aquel viejo zafio.

–¿De modo, señorita, que ha venido a mojarse un poco la cola? –dijo el tío abuelo, una frase que en su tiempo quizá fuera una galantería, pero que a nosotros nos sonaba directamente indecente.

Miré a LII, seguro de verla pegar media vuelta y largarse con un chillido escandalizado. Pero no había calculado cuán fuerte era en ella lo que le habían enseñado: ignorar toda vulgaridad del mundo circundante. –Escuche, esas plantitas –dice, desenvuelta, y señala ciertas juncias que crecían gigantescas en medio de la laguna–, dígame, las raíces, ¿dónde las hunden?

Una pregunta de las que se hacen para seguir la conversación, ¡qué podía importarle a ella de las juncias! Pero parecía que el tío abuelo no esperaba nada mejor para ponerse a explicar el porqué y el cómo de las raíces de los árboles flotantes y la forma en que se podía nadar entre ellas, más todavía: los mejores lugares para cazar estaban allí debajo.

No la terminaba nunca. Yo bufaba, trataba de interrumpirlo. Pero en cambio, ¿qué hace la impertinente? ¿No se pone a darle cuerda? –Ah, sí, ¿usted caza entre las raíces flotantes? ¡Qué interesante!

Yo quería que me tragara la tierra de vergüenza.

Y él: –No son cuentos: ¡allí hay lombrices como para darse un atracón! –Y sin pensarlo más, se zambulle. Una zambullida ágil, como nunca se la había visto; y un salto en alto: brinca fuera del agua cuan largo es, con las escamas todas manchadas, desplegando los abanicos espinosos de las aletas; después de describir en el aire un lindo semicírculo, vuelve a caer sumergiéndose de cabeza, y desaparece rápido con una especie de movimiento en espiral de la cola falcada.

Ante este espectáculo, el discursito que me había preparado para justificarme apresuradamente ante LII, aprovechando el alejamiento del tío abuelo: "Sabes, hay que comprenderlo, con esa idea fija de vivir como un pez, ha terminado por parecerse a un pez de verdad...", se me atragantó. Ni yo mismo sabía hasta qué punto era pez el hermano de

mi abuela. Dije apenas: –LII, es tarde, vamos... –y ya el tío desaparecía sosteniendo entre sus labios de escualo un festón de lombrices y algas barrosas.

No podía creerlo cuando nos despedimos, pero trotando en silencio detrás de LII pensaba que ahora ella comenzaría a hacer sus comentarios, es decir, que todavía no había llegado lo peor para mí. Y entonces LII, sin detenerse se vuelve apenas hacia mí y: – ¡Simpático tu tío! –dice, y nada más. Frente a su ironía, ya más de una vez me había sentido desarmado; pero el frío glacial que me dio esta respuesta fue tal que hubiera preferido no verla más antes de enfrentar nuevamente el tema.

Pero seguíamos viéndonos, saliendo juntos, y no volvió a hablar del episodio de la laguna. Yo me sentía inseguro: era inútil que tratara de convencerme de que ella se había olvidado; cada tanto me asaltaba la sospecha de que se callaba para poder avergonzarme de alguna manera clamorosa, delante de los suyos, o de que –y esta hipótesis era todavía peor para mí– sólo por compasión se esforzaba por hablar de otra cosa. Hasta que, de buenas a primeras, una buena mañana no sale diciéndome: –Oye, ¿no me llevas más a ver a tu tío?

Con un hilo de voz pregunté: –¿Estás bromeando?

Pero no, hablaba en serio, no veía la hora de volver a echar un parrafito con el viejo N'ba N'ga. Yo ya no entendía nada.

Aquella vez, la visita a la laguna fue más larga. Nos tendimos los tres en una orilla en declive, el tío abuelo más bien del lado del agua, pero también nosotros a medias sumergidos, tanto que viéndonos de lejos, estirados uno junto al otro, no se hubiera sabido quién era terrestre y quién acuático.

El pez empezó con su tema habitual: la superioridad de la respiración en el agua con respecto a la aérea, con todo su repertorio de vituperios: "¡Ahora LII le salta encima y le devuelve la pelota!", pensaba yo. Pero se ve que aquel día LII empleaba otra táctica: discutía con aplicación, defendiendo nuestros puntos de vista, pero como si tomara muy en serio los del viejo N'ba N'ga.

Las tierras emergidas, según el tío abuelo, eran un fenómeno limitado: desaparecían como habían aparecido o, en todo caso, sufrirían continuos cambios: volcanes, helamientos, terremotos, corrugaciones, mutaciones de clima y de vegetación. Y nuestra vida en medio de todo eso tendría que hacer frente a transformaciones continuas, en las cuales poblaciones enteras desaparecerían y sólo sobreviviría el que estaba dispuesto a cambiar las bases de la propia existencia tanto que las razones por las cuales valía la pena vivir serían completamente distintas y se olvidarían.

Una perspectiva que se daba de narices con el optimismo en que nosotros, hijos de la costa, habíamos sido criados y que yo rebatía con protestas escandalizadas. Pero para mí, la verdadera, viviente refutación de aquellos argumentos era LII: veía en ella la forma perfecta, definitiva, nacida de la conquista de los territorios emergidos, la suma de las nuevas, ilimitadas posibilidades que se abrían. ¿Cómo podía el tío abuelo pretender negar la realidad encarnada por LII? Yo ardía de pasión polémica y me parecía que mi compañera se mostraba demasiado paciente y comprensiva con nuestro contradictor.

Es cierto que aun para mí –que estaba habituado a oír de boca del tío abuelo sólo refunfuños e impropiedades– esta argumentación tan bien hilada sonaba como una novedad, aunque aderezada de expresiones anticuadas y enfáticas y con la comicidad que le daba su característica tonada. Pasmaba también oírle dar pruebas de una competencia minuciosa – aunque totalmente exterior– acerca de las tierras continentales.

Pero LII, con sus preguntas, trataba de hacerle hablar lo más posible de la vida bajo el agua; y desde luego éste era el tema sobre el cual la argumentación del tío abuelo era más precisa y por momentos conmovida. Frente a las incertidumbres de la tierra y el aire, lagunas y mares y océanos representaban un futuro de seguridad. Allí los cambios serían mínimos, los espacios y las provisiones sin límites, la temperatura encontraría siempre su equilibrio, en una palabra, la vida se conservaría como se había desenvuelto hasta ahora, en sus formas plenas y perfectas, sin metamorfosis o añadidos de dudoso éxito, y cada uno podría ahondar en la propia naturaleza, llegar a la esencia de sí mismo y de toda cosa. El tío abuelo hablaba del porvenir acuático sin adornos o ilusiones, no se le ocultaba los

problemas incluso graves que se presentarían (el más inquietante de todos: el aumento de la salinidad); pero eran problemas que no trastornarían los valores y las proporciones en que él creía.

–¡Pero nosotros ahora galopamos por valles y montañas, tío! –exclamé, en mi nombre y sobre todo en el de LII, que en cambio estaba callada.

–¡Anda, renacuajo, que en cuanto te pones en remojo te sientes como en tu casa! – me apostrofó, volviendo al tono que siempre le había oído emplear con nosotros.

–¿No cree, tío, que si ahora quisiéramos aprender a respirar bajo el agua sería demasiado tarde? –preguntó LII, seria, y yo no sabía si sentirme halagado porque había llamado tío a mi viejo pariente, o desorientado porque ciertas preguntas (por lo menos así estaba acostumbrado a pensar yo) no se planteaban siquiera.

–¡Si te interesa, estrella –dijo el pez–, te enseño en seguida!

LII lanzó una carcajada extraña y finalmente se echó a correr, a correr tanto que yo no podía seguirla.

La busqué por llanuras y colinas, llegué a la cima de un espolón de basalto que dominaba en torno el paisaje de desiertos y bosques circundado por las aguas. LII estaba allí. Claro, era esto lo que había querido decirme –¡yo lo había entendido!– cuando escuchaba a N'ba N'ga y después al escapar y refugiarse allí arriba: que había que estar en nuestro mundo con la misma fuerza con que el viejo pez estaba en el suyo.

–Yo estaré como el tío allá –grité, farfullando un poco, después me corregí: ¡Estaremos los dos, juntos! –porque era cierto que sin ella no me sentía seguro.

Y entonces LII ¿qué me contestó? Todavía hoy, a tantas eras geológicas de distancia, me ruborizo al recordarlo. Respondió: –¡Anda, renacuajo, te faltan uñas para guitarrero! –y yo no sabía si quería remedar al tío abuelo para burlarse de él y de mí al mismo tiempo, o si de veras había adoptado como suya la actitud de aquel viejo carcamal hacia el sobrino nieto, y tanto una como otra hipótesis eran desalentadoras, porque las dos significaban que ella me consideraba a mitad de camino, alguien que no estaba cómodo ni en un mundo ni en el otro.

¿La había perdido? En la duda me precipité a reconquistarla. Empecé con las proezas: en la caza de insectos voladores, en el salto, en la excavación de cuevas subterráneas, en la lucha con los más fuertes de los nuestros. Me enorgullecía de mí mismo, pero cada vez que hacía algo esforzado, ella no estaba presente para verme: desaparecía continuamente, no se sabía dónde iba a esconderse.

–¡Sabes –me dijo, contenta, al verme–, las patas funcionan perfectamente como aletas!

–Qué inteligente, lindo paso adelante –no pude menos de comentar con sarcasmo.

Era un juego para ella, yo comprendía. Pero un juego que no me gustaba. Debía llamarla a la realidad, al futuro que nos aguardaba.

Un día la esperé en medio de un bosque de altos helechos que se desplomaba en el agua.

–LII, tengo que hablarte –dije apenas la vi–, ya te has divertido bastante. Tenemos cosas más importantes por delante. He descubierto un pasaje en la cadena de montes: del otro lado se extiende una inmensa llanura de piedra, hace poco abandonada por las aguas. Seremos los primeros en establecernos allí, poblaremos territorios ilimitados, nosotros y nuestros hijos.

–El mar es ilimitado –dijo LII.

–Déjate de repetir las patrañas de ese viejo chocho. El mundo es del que tiene piernas, no de los peces, lo sabes.

–Lo que sé es que él es alguien –dijo LII.

–¿Y yo?

–No hay nadie con piernas que sea como él.

–¿Y tu familia?

- Nos hemos peleado. No han entendido nunca nada.
- ¡Estás loca! ¡No se puede volver atrás!
- Yo sí.
- ¿Y qué vas a hacer, sola con un viejo pez?
- Casarme con él. Volverme pez con él. Y echar al mundo otros peces. Adiós.

Y gateando como solía, subió hasta la cima de una alta hoja de helecho, la inclinó hacia la laguna y se dejó caer, zambulléndose. Reapareció, pero no estaba sola: la robusta cola falcada del tío abuelo N'ba N'ga afloró junto a la suya y juntos hendieron el agua.

Fue un duro revés para mí. Pero al fin, ¿qué hacerle? Seguí mi camino en medio de las transformaciones del mundo, también yo transformándome. Cada tanto, entre las muchas formas de los seres vivientes encontraba alguno que "era alguien" en mayor medida que yo: uno que anunciaba el futuro, ornitorrinco que amamanta al pichón salido del huevo, jirafa desvaída en medio de la vegetación todavía baja; o que testimoniaba un pasado sin retorno, dinosaurio superviviente después de comenzado el Cenozoico, o bien –cocodrilo– un pasado que había encontrado la manera de mantenerse inmóvil a través de los siglos. Todos tenían algo, lo sé, que los hacía de algún modo superiores a mí, sublimes, y que hacía de mí, por comparación, un mediocre. Y sin embargo no me hubiera cambiado por ninguno de ellos.

### **Cuánto apostamos**

*La lógica de la cibernética, aplicada a la historia del universo, está en camino de demostrar que las Galaxias, el Sistema Solar, la Tierra, la vida celular no podían dejar de nacer. Según la cibernética, el universo se forma a través de una serie de "retroacciones" positivas y negativas, en primer lugar por la fuerza de gravedad que concentra masas de hidrógeno en la nube primitiva, después por la fuerza nuclear y la fuerza centrífuga que se equilibran con la primera. A partir del momento en que el proceso se pone en movimiento, éste no puede sino seguir la lógica de esas "retroacciones" en cadena.*

Sí, pero al principio no se sabía –precisó Qfwfq–, es decir, uno podía incluso predecirlo, pero así, un poco por olfato, adivinando. Yo, no es por alabarme, desde el principio aposté a que habría universo, y acerté, y también sobre cómo sería le gané varias apuestas al Decano (k)yK.

Cuando empezamos a apostar no había todavía nada que pudiese hacer prever nada, salvo un poco de partículas que giraban, electrones por aquí y por allá como venían, y protones subiendo y bajando cada uno por su cuenta. No sé qué siento, como si estuviera por cambiar el tiempo (en efecto, había empezado a refrescar) y digo: –¿Apostamos a que hoy se vienen los átomos?

Y el Decano (k)yK: –¡Pero, por favor, átomos! Yo apuesto a que no, todo lo que quieras.

Y yo: –¿Apostarías también equis?

Y el Decano: –¡Equis elevado a ene!

No había terminado de decirlo y ya alrededor de cada protón había empezado a girar su electrón, zumbando. Una enorme nube de hidrógeno se estaba condensando en el espacio. –¿Has visto? ¡Lleno de átomos!

–¡Átomos de esos, bah, buena porquería! –decía (k)yK, porque tenía la mala costumbre de andar con vueltas en vez de reconocer que había perdido la apuesta.

Hacíamos siempre apuestas, el Decano y yo, porque no había otra cosa que hacer y también porque la única prueba de que yo existiese era el hecho de que apostaba con él, y la única prueba de que existiese él era el hecho de que apostaba conmigo. Apostábamos sobre los acontecimientos que se producirían o no se producirían; la elección era prácticamente ilimitada, pues hasta ese momento no se había producido absolutamente



nada. Pero como no había siquiera modo de imaginarse cómo podría ser un acontecimiento, lo designábamos de una manera convencional: acontecimiento A, acontecimiento B, acontecimiento C, etcétera, cosa de distinguirlos. Es decir, como entonces no existían alfabetos u otras series de signos convencionales, primero apostábamos sobre cómo podría ser una serie de signos y después acoplábamos esos posibles signos a posibles acontecimientos, de manera de designar con suficiente precisión cosas de las cuales no sabíamos lo que se dice nada.

Incluso la postura en las apuestas no se sabía qué era porque no había nada que pudiera hacer de postura y, por lo tanto, jugábamos de palabra, teniendo en cuenta las apuestas ganadas por cada uno, para hacer después la suma. Todas operaciones muy difíciles, porque entonces no existían números y ni siquiera teníamos el concepto de número para empezar a contar, ya que no se conseguía separar nada de nada.

Esta situación empezó a cambiar cuando en las Protogalaxias se fueron condensando las Protoestrellas, y yo comprendí en seguida cómo terminaría aquello, con la temperatura que aumentaba, y dije: –Ahora se encienden.

–¡Pamplinas! –dijo el Decano.

–¿Apostamos? –digo yo.

–Lo que quieras –contesta él y, ¡paf!, la oscuridad se abrió por obra de muchos globos incandescentes que se dilataban.

–Eh, pero encenderse no quiere decir eso... –empezaba (k)yK, con su acostumbrado sistema de desviar la cuestión a las palabras.

Yo entonces tenía el mío, me refiero al sistema, para hacerlo callar: –¿Ah, sí? ¿Y entonces qué quiere decir, para ti?

Se quedaba callado: como era pobre de imaginación, apenas una palabra empezaba a tener un significado, no se le ocurría que pudiera tener otro.

El Decano (k)yK, cuando uno estaba con él un rato, resultaba un tipo bastante aburrido, sin recursos, nunca tenía nada que contar. Tampoco yo, por lo demás, hubiera podido contar mucho, porque hechos dignos de ser contados no habían sucedido, o por lo menos así nos parecía. Lo único era enunciar hipótesis, más aún, enunciar hipótesis sobre la posibilidad de enunciar hipótesis. Pero en esto de enunciar hipótesis de hipótesis yo tenía más imaginación que el Decano, y eso era al mismo tiempo una ventaja y una desventaja, porque me llevaba a hacer apuestas más arriesgadas, así que puede decirse que las probabilidades de ganar eran iguales.

En general yo apuntaba a la posibilidad de que un acontecimiento dado sucediera, mientras que el Decano apostaba casi siempre en contra. Tenía un sentido estático de la realidad, (k)yK, si puedo expresarme de esta manera, dado que entre estático y dinámico no había entonces la diferencia que hay ahora, o por lo menos había que estar atentos para pescar esa diferencia.

Por ejemplo, las estrellas se agrandaban, y yo: –¿Cuánto? –digo. Trataba de hacer el pronóstico en números porque así él tenía menos motivos de discusión.

En aquel tiempo números había sólo dos: el número e y el pi griego. El Decano hace un cálculo apresurado y responde: –Aumenta e elevado a te.

¡Buen zorro! Hasta allí llegaban todos. Pero las cosas no eran tan sencillas, yo me había dado cuenta.

–Te apuesto a que se detiene en cierto momento.

–Apostemos. ¿Y cuándo tendría que detenerse?

Y yo, o le acierto o todo se va al diablo, le disparo mi pi griega. Le acerté. El Decano se quedó de una pieza.

Desde aquel momento empezamos a apostar a base de e y de pi griega.

–¡Pi griega! –gritaba el Decano, en medio de la oscuridad sembrada de resplandores. En cambio esa vez era e.

Lo hacíamos para divertirnos, desde luego, porque como ganancia no había ninguna. Cuando empezaron a formarse los elementos, nos pusimos a calcular las posturas en átomos de los elementos más raros y ahí cometí un error. Había visto que el más raro de todos era el tecnecio, y empecé a apostar tecnecio, y a ganar y a cobrar: acumulé un capital de tecnecio. No había previsto que era un elemento inestable y se iba todo en radiaciones: terminé teniendo que empezar de nuevo desde cero.

Es cierto que también yo erraba algunos golpes, pero después volvía a sacar ventaja y podía permitirme algún pronóstico arriesgado.

—¡Ahora aparece un isótopo de bismuto! —me apresuraba a decir, mirando los elementos apenas nacidos que salían crepitando del recalentamiento de una estrella "supernova"—. ¡Te apuesto!

Pero no: era un átomo de polonio, sano, sano. En estos casos (k)yK se reía, se reía, burlón, como si sus victorias fueran un gran mérito, cuando sólo un movimiento demasiado arriesgado de mi parte le había favorecido. En cambio, cuanto más avanzaba, más entendía yo el mecanismo, y frente a cualquier fenómeno nuevo, después de algunas apuestas un poco a tuestas, calculaba mis pronósticos considerando todos los datos. La regla por la cual una galaxia se fijaba a tantos millones de años—luz de otra, ni más ni menos, llegaba a entenderla siempre antes yo que él.

Poco después resultaba tan fácil que ya no le encontraba gusto siquiera.

Así, de los datos de que disponía trataba de deducir mentalmente otros datos, y de estos otros más hasta que conseguía proponer eventualidades que en apariencia no tenían nada que ver con lo que estábamos discutiendo. Y los soltaba allí, como si nada.

Por ejemplo, estábamos haciendo pronósticos sobre la curvatura de las espirales galácticas, y de pronto salgo diciendo: —Oye, (k)yK, ¿qué te parece: los asirios invadirán la Mesopotamia?

Se quedó desorientado. —¿La... qué? ¿Cuándo?

Calculé apresuradamente y le disparé una fecha, naturalmente no en años y siglos, porque entonces las unidades de medida del tiempo no eran apreciables en magnitudes de ese tipo, y para indicar una fecha precisa teníamos que recurrir a fórmulas tan complicadas que hubiéramos necesitado un pizarrón para escribirlas.

—¿Y cómo saberlo?

—Rápido, (k)yK, ¿y la invaden o no? Para mí, la invaden; para ti, no. ¿Estamos? Dale, no te duermas.

Estábamos todavía en el vacío sin límites, estriado aquí y allá por algún garabato de hidrógeno alrededor de los torbellinos de las primeras constelaciones. Admito que hacían falta deducciones muy complicadas para prever las llanuras de la Mesopotamia, hormigueantes de hombres y caballos y flechas y trompas, pero no habiendo otra cosa que hacer era posible conseguirlo.

En cambio, en estos casos el Decano apostaba siempre a que no, y no porque pensara que los asirios no se habrían salido con la suya, sino simplemente porque excluía que hubiera jamás asirios y Mesopotamia y Tierra y género humano.

Estas, se sobreentiende, eran apuestas a plazo más largo que las otras, no como en ciertos casos en que el resultado se sabía en seguida. —¿Ves aquel Sol que se forma con un elipsoide alrededor? Rápido, antes de que se formen los planetas, dime a qué distancia estarán las órbitas una de otra...

Apenas habíamos terminado de decirlo y ya al cabo de ocho o nueve, ¿qué digo?, de seis o siete centenares de millones de años, los planetas echaban a girar cada uno en su órbita, ni más ancha ni más angosta.

Mucha mayor satisfacción me daban en cambio las apuestas que debíamos tener presentes durante miles de millones de años, sin olvidar lo que habíamos apostado y cuánto, acordándonos al mismo tiempo de las apuestas a plazo más próximo, y el número (había empezado la época de los números enteros, y esto complicaba un poco las cosas) de las apuestas ganadas por uno y por otro, el monto de la postura (mis ganancias seguían

creciendo; el Decano estaba endeudado hasta el cuello). Y encima de todo esto debía lucubrar apuestas nuevas, avanzando siempre en la cadena de las deducciones.

–E 18 de febrero de 1926, en Santhiá, provincia de Vercelli, ¿de acuerdo?, en vía Garibaldi número 18, ¿me sigues?, la señorita Giuseppina Pensotti, de veintidós años, sale de su casa a las seis menos cuano de la tarde: ¿toma a la derecha o a la izquierda?

–Eeeh... –decía (k)yK.

–Dale, rápido. Yo digo que toma a la derecha. –Y a través de las nebulosas de polvillo trazadas por las órbitas de las constelaciones veía ya subir la neblina de la noche en las calles de Santhiá, encenderse pálido un farol que apenas llegaba a señalar la línea de la acera en la nieve e iluminaba por un momento la sombra espigada de Giuseppina Pensotti que daba vuelta a la esquina después de la oficina de impuestos y desaparecía.

Sobre lo que sucedería a los cuerpos celestes yo podría dejar de hacer nuevas apuestas y esperar tranquilamente a embolsarme las posturas de (k)yK a medida que mis previsiones se cumplían. Pero la pasión del juego me llevaba, de cada acontecimiento posible, a prever la serie interminable de acontecimientos que de él derivaban, hasta los más marginales y aleatorios. Comencé a acoplar pronósticos sobre hechos más inmediatos y fácilmente calculables con otros que exigían operaciones extremadamente complejas.

–Pronto, mira cómo se condensan los planetas: dime un poco en cuál se formará una atmósfera: ¿En Mercurio? ¿Venus? ¿Tierra? ¿Marte? Anda, decídetes; y además, ya que estás, calcúlame el índice de incremento demográfico de la península india durante la dominación inglesa. ¿Qué necesidad tienes de pensar tanto? Date prisa.

Había embocado un canal, una espiral más allá de la cual los acontecimientos hormigueaban con multiplicada densidad, no había más que tomarlos a puñados y arrojárselos a la cara a mi competidor que jamás había supuesto su existencia. La vez que se me ocurrió dejar caer casi distraídamente la pregunta: –Arsenal–Real Madrid, en semifinal, Arsenal juega en su campo, ¿quién gana?–, en un instante comprendí que con esto que parecía un revoltijo casual de palabras había tocado una reserva infinita de nuevas combinaciones entre los signos de los cuales se serviría la realidad compacta y opaca y uniforme para disfrazar su monotonía, y quizá la carrera hacia el futuro, aquella carrera que yo por primera vez había previsto y auspiciado, no tendía sino a través del tiempo y del espacio a desmenuzarse en alternativas como ésta, hasta disolverse en una geometría de invisibles triángulos y rebotes como el recorrido de la pelota entre las líneas blancas de la cancha que yo trataba de imaginarme trazadas en el fondo del vórtice luminoso del sistema planetario, descifrando los números marcados en el pecho y la espalda de los jugadores nocturnos irreconocibles en lontananza.

Ahora me había lanzado en este nuevo campo de lo posible jugándole todas mis ganancias precedentes. ¿Quién podía detenerme? La habitual incredulidad perpleja del Decano sólo servía para incitarme a arriesgar. Cuando me percaté de que me había metido en una trampa era tarde. Todavía tuve la satisfacción –flaca satisfacción esta vez– de ser el primero en darme cuenta: (k)yK no parecía notar que la fortuna se había puesto de su parte, pero yo contaba sus carcajadas, en un tiempo escasas y cuya frecuencia ahora aumentaba, aumentaba...

–Qfwfq, ¿has visto que el Faraón Amenhotep IV no tuvo hijos varones? ¡Gané yo!

–Qfwfq, ¿has visto que Pompeyo no pudo con César? ¡Te lo dije!

Y, sin embargo, yo había seguido mis cálculos hasta el fondo, no había descuidado ninguna componente. Aunque tuviera que empezar nuevamente desde el principio, habría vuelto a apostar como antes.

–Qfwfq, bajo el emperador Justiniano se importó de la China a Constantinopla el gusano de seda, no la pólvora... ¿O soy yo el que se confunde?

–No, hombre, has ganado tú, has ganado tú...

Es cierto que me había dejado arrastrar a hacer pronósticos sobre acontecimientos fugaces, impalpables, y había hecho muchos, muchísimos, y ahora ya no podía echarme atrás, no podía rectificarme. Y por lo demás, ¿rectificarme cómo, sobre qué base?

–Entonces Balzac no hace suicidar a Lucien de Rubempré al final de las *Illusions perdues* –decía el Decano, con una vocecita triunfante que le había aparecido de un tiempo a esta parte–, pero lo hace salvarse de Carlos Herrera, alias Vautrin, ¿sabes?, aquel que aparecía ya en el *Père Goriot*... Bueno, Qfwfq, ¿en cuánto estamos?

Mi ventaja retrocedía. Había puesto a cubierto mis ganancias, convertidas en valores seguros, en un banco suizo, pero tenía que retirar continuamente grandes sumas para hacer frente a las pérdidas. No es que perdiese siempre. Algunas apuestas las ganaba todavía, a veces importantes, pero los papeles se habían cambiado; cuando ganaba ya no estaba seguro de que no hubiera sido una casualidad, y que la vez siguiente no me tocara un nuevo desmentido a mis cálculos.

En el punto en que estábamos, hacía falta una biblioteca de obras de consulta, suscripciones a revistas especializadas, amén de un equipo de computadoras para nuestros cálculos: todo, como ustedes saben, ha sido puesto a nuestra disposición por una Research Foundation a la cual, establecidos en este planeta, nos dirigimos para que subvencionase nuestros estudios. Naturalmente, las apuestas pasan por ser un juego inocente entre nosotros y ninguno sospecha las grandes sumas que se arriesgan en ellas. Oficialmente nos arreglamos con nuestro modesto sueldo de investigadores del Centro de Previsiones Electrónicas, más, para (k)yK, el subsidio por su cargo de Decano que ha logrado obtener de la Facultad siempre con su aire de no mover un dedo. (Su predilección por la estasis ha seguido agravándose, tanto que se ha presentado bajo la apariencia de un parálítico, en una silla de ruedas.) Este título de Decano, dicho sea entre paréntesis, con la antigüedad no tiene nada que ver, si no yo tendría por lo menos tanto derecho como él, sólo que a mí no me interesa.

Así hemos llegado a esta situación. El Decano (k)yK, desde la galería de su casa, sentado en la silla de ruedas, con las piernas cubiertas por una capa de diarios de todo el mundo llegados en el correo de la mañana, grita como para hacerse oír de una punta a la otra del campus:

–Qfwfq, el tratado atómico entre Turquía y Japón no ha sido firmado hoy, ni siquiera se han iniciado las tratativas, ¿viste? ¡Qfwfq, el uxoricida de Termini Imerese fue condenado a tres años, como decía yo, no a cadena perpetua!

Y enarbola las páginas de los diarios, blancas y negras como el espacio cuando se estaban formando las galaxias, y atestadas –como entonces el espacio– de corpúsculos aislados, circundados de vacío, privados en sí mismos de destino y de sentido. Y yo pienso qué hermoso era entonces, a través de aquel vacío, trazar redes y parábolas, individualizar el punto exacto, la intersección entre espacio y tiempo en que saltaría el acontecimiento, indiscutible en el ápice de su resplandor; mientras que ahora los acontecimientos se caen ininterrumpidos, como una coladura de cemento, en columna uno sobre el otro, uno encastrado en el otro, separados por títulos negros e incongruentes, legibles en más sentidos pero intrínsecamente ilegibles, una masa de acontecimientos sin forma ni dirección, que circunda, sumerge, aplasta todo razonamiento.

–¿Sabes, Qfwfq? ¡Las corizaciones de cierre hoy en Wall Street bajaron un 2%, no un 6! ¡Y mira, el inmueble construido abusivamente en la Via Cassia es de doce pisos, no de nueve! Nearco IV gana en Longchamps por dos largos. ¿En cuánto estamos, Qfwfq?

## Los Dinosaurios

*Misteriosas son aún las causas de la rápida extinción de los Dinosaurios, que evolucionaron y prosperaron en todo el Triásico y el Jurásico y durante ciento cincuenta millones de años fueron los amos indiscutidos de los continentes. Tal vez no fueron capaces de adaptarse a los grandes cambios de clima y de vegetación que se produjeron en el Cretáceo. Al final de esta época habían muerto todos.*

Todos menos yo –precisó Qfwfq–, porque también yo, en cierto período, fui Dinosaurio: digamos durante unos cincuenta millones de años; y no me arrepiento:

entonces, siendo Dinosaurio se tenía conciencia de estar en lo justo, y uno se hacía respetar.

Después la situación cambió, es inútil que les cuente los detalles, empezaron dificultades de todo género, derrotas, errores, dudas, traiciones, pestilencias. Una nueva población crecía en la tierra, enemiga nuestra. Nos caían encima de todas partes, no acertábamos ni una. Ahora algunos dicen que el gusto de extinguirse, la pasión de ser destruidos eran propios del espíritu de nosotros los Dinosaurios ya desde antes. No sé: yo ese sentimiento jamás lo he experimentado; si otros lo conocían, es porque ya se sentían perdidos.

Prefiero no volver con la memoria a la época de la gran mortandad. Nunca hubiera creído librarme de ella. La larga migración me puso a salvo, la hice a través de un cementerio de osamentas descarnadas, en las cuales sólo una cresta, o un cuerno, o la placa de una coraza, o un jirón de piel toda escamas recordaba el esplendor antiguo del ser viviente. Y sobre esos restos trabajaron los picos, los colmillos, las ventosas de los nuevos amos del planeta. Cuando no vi más huellas ni de vivos ni de muertos me detuve.

En aquellos altiplanos desiertos pasé muchos y muchos años. Había sobrevivido a las emboscadas, a las epidemias, a la inanición, al hielo, pero estaba solo. Seguir allí eternamente no podía. Me puse en camino para bajar.

El mundo había cambiado: no reconocía ni los montes ni el río ni las plantas. La primera vez que vi seres vivientes me escondí; eran una manada de los Nuevos, ejemplares pequeños pero fuertes. –¡Eh, tú! –Me habían descubierto, y en seguida me pasmó aquel modo familiar de apostrofarme. Escapé; me persiguieron. Hacía milenios que estaba acostumbrado a provocar terror en torno de mí, y a sentir terror de las reacciones ajenas al terror que provocaba. Ahora nada–: ¡Eh, tú! –Se acercaban a mí como si nada, ni hostiles ni asustados.

–¿Por qué corres? ¿Qué te pasa por la cabeza?

–Querían solamente que les indicara el camino para ir no sé dónde. Balbuceé que no era del lugar. –¿Qué te ocurre que escapas? –dijo uno–. ¡Parecería que hubieras visto... un Dinosaurio! –y los otros rieron. Pero en aquella carcajada sentí por primera vez un tono de aprensión. Era una risa un poco forzada. Y uno de ellos se puso grave y añadió–: No lo digas ni en broma. No sabes lo que son...

Entonces, el terror de los Dinosaurios continuaba en los Nuevos, pero quizá hacía varias generaciones que no los veían y no sabían reconocerlos. Seguí mi camino, cauteloso pero impaciente por repetir el experimento. En una fuente bebía una joven de los Nuevos; estaba sola. Me acerqué despacito, estiré el cuello para beber a su lado; ya presentía su grito desesperado apenas me viera, su fuga afanosa. Daría la señal de alarma, vendrían los Nuevos armados a darme caza... En el momento me había arrepentido ya de mi gesto; si quería salvarme debía destrozarla en seguida: recomenzar...

La joven se volvió, dijo: –¿No es cierto que está fresca? –Se puso a conversar amablemente, con frases un poco de circunstancias, como se hace con los extranjeros, a preguntarme si venía de lejos y si había tenido lluvia o buen tiempo en el viaje. Yo nunca hubiera imaginado que se pudiese hablar así, con no–Dinosaurios, y estaba todo tenso y casi mudo.

–Yo siempre vengo a beber aquí –me dijo–, a la Fuente del Dinosaurio...

Enderecé bruscamente la cabeza, abrí los ojos hasta desorbitarme.

–Sí, sí, la llaman así, la Fuente del Dinosaurio, desde tiempos antiguos. Dicen que una vez se escondió aquí un Dinosaurio, uno de los últimos, y al que venía a beber le saltaba encima y lo despedazaba, ¡madre mía!

Hubiera querido desaparecer. "Ahora se da cuenta de quién soy –pensaba–, ¡ahora me observa mejor y me reconoce!", y como hace el que no quiere que lo miren, yo tenía los ojos bajos y enroscaba la cola como para esconderla. Tal era el esfuerzo nervioso que cuando ella, toda sonriente, me saludó y siguió su camino, me sentí cansado como si hubiera librado una batalla, de aquellas de la época en que nos defendíamos con dientes y uñas. Me di cuenta de que ni siquiera había sido capaz de contestarle buenos días.

Llegué a la orilla de un río donde los Nuevos tenían sus guaridas y vivían de la pesca. Para hacer un embalse en el río donde el agua, menos rápida, retuviera a los peces, construían un dique de ramas. Apenas me vieron, alzaron la cabeza del trabajo y se detuvieron; me miraron, se miraron entre sí, como interrogándose, siempre en silencio. "Ahora se arma –pensé–, no me queda más que vender caro el pellejo", y me preparé al salto.

Por fortuna supe detenerme a tiempo. Aquellos pescadores no tenían nada contra mí: viéndome robusto, querían preguntarme si podía quedarme con ellos para trabajar en el transporte de madera.

–Éste es un lugar seguro –insistieron, frente a mi aire perplejo–. Dinosaurios, desde la época de los abuelos de nuestros abuelos no se los ve...

A ninguno se le ocurría sospechar quién podía ser yo. Me quedé. El clima era bueno, la comida desde luego no para nuestros gustos pero discreta, y un trabajo no demasiado pesado, dada mi fuerza. Me llamaban por un sobrenombre: "el Feo", porque era distinto de ellos, no por otra cosa. Estos Nuevos, no sé cómo diablos les llaman ustedes, Pantoteros o algo por el estilo, eran de una especie todavía un poco informe, de la cual en realidad salieron todas las demás especies, y ya en aquel tiempo entre un individuo y otro se pasaba por las más variadas semejanzas y desemejanzas posibles, de manera que yo, aunque de un tipo completamente distinto, tuve que convencerme de que al fin y al cabo no llamaba tanto la atención.

No es que me acostumbrara del todo a esta idea: seguía sintiéndome siempre un Dinosaurio entre enemigos, y todas las noches, cuando empezaban a contar historias de Dinosaurios, transmitidas de generación en generación, yo retrocedía en la sombra con los nervios tensos.

Eran historias aterradoras. Los oyentes, pálidos, irrumpiendo cada tanto con gritos de espanto, estaban pendientes de los labios del que contaba, quien, a su vez, traicionaba en su voz una emoción no menor. Pronto tuve la evidencia de que esas historias eran sabidas de todos (a pesar de que constituyeran un repertorio bastante copioso), pero al escucharlas el espanto se renovaba cada vez. Los Dinosaurios eran presentados como monstruos, descritos con detalles que jamás hubieran permitido reconocerlos, y destinados tan sólo a acarrear perjuicios a los Nuevos, como si los Nuevos hubieran sido desde el principio los moradores más importantes de la Tierra, y nosotros no hubiéramos tenido otra cosa que hacer más que andarles detrás de la mañana a la noche. Para mí, pensar en nosotros los Dinosaurios era en cambio recorrer con la mente una larga serie de peripecias, de agonías, de lutos; las historias que de nosotros contaban los Nuevos estaban tan lejos de mi experiencia que hubieran debido dejarme indiferente, como si hablaran de extraños, de desconocidos. Y sin embargo, escuchándolas yo comprendía que nunca había pensado en lo que parecíamos a los demás, y que entre muchas patrañas aquellos relatos, en algunos detalles y desde el especial punto de vista de ellos, estaban en lo cierto. En mi mente sus historias de terrores infligidos por nosotros, se confundían con mis recuerdos de terror sufrido: cuanto más me enteraba de lo que habíamos hecho temblar, más temblaba.

Contaban una historia cada uno, y en cierto momento: –Y el Feo, ¿qué dice? – preguntan–. ¿Tú no tienes historias que contar? ¿En tu familia no han ocurrido aventuras con los Dinosaurios?

–Sí, pero... –farfullaba– ha pasado tanto tiempo... si supierais...

La que venía en mi ayuda en aquellos trances era Flor de Helecho, la joven de la fuente. –Dejadlo en paz... Es forastero, todavía no se ha aclimatado, habla mal nuestra lengua...

Terminaban por cambiar de tema. Yo respiraba. Entre Flor de Helecho y yo se había establecido una especie de confianza. Nada demasiado íntimo: nunca me había atrevido a rozarla. Pero hablábamos largo y tendido. Es decir, era ella la que me contaba muchas cosas de su vida; yo, por temor de traicionarme, de hacerle sospechar mi identidad, me mantenía siempre en las generalidades. Flor de Helecho me contaba sus sueños: –Anoche vi a un Dinosaurio enorme, espantoso, que echaba fuego por las narices. Se acerca, me

toma por la nuca, me lleva, quiere comerme viva. Era un sueño terrible, terrible, pero yo, qué extraño, no estaba nada asustada, no, ¿cómo decirte? me gustaba...

Por aquel sueño hubiera debido comprender muchas cosas, y sobre todo una: que Flor de Helecho no deseaba otra cosa que ser agredida. Había llegado el momento, para mí, de abrazarla. Pero el Dinosaurio que ellos imaginaban era demasiado distinto del Dinosaurio que era yo, y este pensamiento me volvía aún más tímido y diferente. En una palabra, perdí una buena oportunidad. Después, el hermano de Flor de Helecho volvió de la temporada de pesca en la llanura, la joven estaba mucho más vigilada, y nuestras conversaciones escasearon.

El hermano, Zahn, desde que me vio adoptó un aire suspicaz. –¿Y ése quién es? ¿De dónde viene? –preguntó a los otros, señalándome.

–Es el Feo, un forastero que trabaja en la madera –le dijeron–. ¿Por qué? ¿Qué tiene de raro?

–Quisiera preguntárselo a él –dijo Zahn, con aire torvo–. Eh, tú, ¿qué tienes de raro? ¿Qué debía responder? –¿Yo? Nada...

–Porque tú, a tu parecer, no eres raro, ¿eh? –y se rió. Aquella vez terminó ahí, pero yo no me esperaba nada bueno.

Zahn era uno de los tipos más decididos del pueblo. Había corrido mundo y demostraba saber muchas más cosas que los otros. Cuando oía las habituales conversaciones sobre los Dinosaurios, le asaltaba una especie de impaciencia. –Patrañas –dijo una vez–, todas patrañas las vuestras. Quisiera veros si llegara aquí un Dinosaurio de verdad.

–Hace tanto tiempo que no existen –intervino un pescador.

–No tanto –dijo Zahn con una risita burlona–, nadie ha dicho que no ande todavía alguna manada por los campos... En la llanura, los nuestros se turnan para vigilar día y noche. Pero allí pueden fiarse de todos, no admiten a tipos que no conocen... –y detuvo en mí la mirada, con intención.

Era inútil prolongar la situación: mejor agarrar el toro por los cuernos, en seguida. Di un paso adelante.

–¿Por qué te la tomas conmigo? –pregunté.

–Me la tomo con alguien que no sabemos de quién ha nacido ni de dónde viene, y pretende comer de lo nuestro, y cortejar a nuestras hermanas...

Uno de los pescadores asumió mi defensa: –El Feo se gana la vida; es de los que trabajan duro...

–Será capaz de llevar troncos sobre el lomo, no lo niego –insistió Zahn–, pero en un momento de peligro, cuando tengamos que defendernos con dientes y uñas, ¿quién nos garantiza que se portará como es debido?

Comenzó una discusión general. Lo extraño era que la posibilidad de que yo fuese un Dinosaurio nunca se tenía en cuenta; la culpa que se me achacaba era la de ser Distinto, un Extranjero y por lo tanto Sospechoso; y el punto debatido era en qué medida mi presencia aumentaba el peligro de un eventual retorno de los Dinosaurios.

–Quisiera verlo en el combate, con esa boquita de lagartija –seguía provocándome Zahn, despectivo.

Me le acerqué, brusco, nariz contra nariz. –Puedes verme ahora mismo, si no escapas.

No se lo esperaba. Miró alrededor. Los otros hicieron rueda. Ahora no quedaba más que pelear.

Avancé, esquivé un mordisco torciendo el cuello, ya le había asestado una patada que lo revolcó patas arriba, y me le fui encima. Era un movimiento equivocado: como si no lo supiera, como si no hubiera visto morir Dinosaurios a arañazos y mordiscos en el pecho y en el vientre, mientras creían que habían inmovilizado al enemigo. Pero la cola todavía sabía

usarla para mantenerme firme; no quería dejarme tumbar; hacía fuerza pero sentía que estaba por ceder...

Entonces uno del público gritó: –¡Dale, fuerza, Dinosaurio! –Saber que me habían desenmascarado y volver a ser el de antes fue todo uno: perdido por perdido lo mismo daba hacerles sentir el antiguo espanto. Y golpeé a Zahn, una, dos, tres veces...

Nos separaron. –Zahn, te lo habíamos dicho: el Feo tiene músculos. ¡Con el Feo no se bromea! –y se reían y me felicitaban, me daban manotones en la espalda. Yo, que me creía descubierto, no entendía nada; sólo más tarde comprendí que el apóstrofe de "Dinosaurio" era una manera de decir, de animar a los rivales en una especie de: "¡Dale que te lo cargas!", y ni siquiera se sabía si me lo habían gritado a mí o a Zahn.

Desde aquel día todos me respetaron. Hasta Zahn e alentaba, me andaba detrás para verme dar nuevas pruebas de fuerza. Debo decir que también sus discursos habituales sobre los Dinosaurios habían cambiado un poco, como sucede cuando uno se cansa de juzgar las cosas de la misma manera y la moda comienza a tomar otra dirección. Ahora, si querían criticar alguna cosa en el pueblo, habían adquirido la costumbre de decir que entre los Dinosaurios no hubieran sucedido ciertas cosas, que los Dinosaurios podían dar el ejemplo en muchos casos, que en el comportamiento de los Dinosaurios en esta o aquella situación (por ejemplo de la vida privada) no había nada que criticar. En una palabra, parecía asomar casi una admiración póstuma por esos Dinosaurios de los cuales nadie sabía nada preciso.

A mí una vez se me ocurrió decir: –No exageremos: ¿qué creéis que era un Dinosaurio, al fin y al cabo?

Me reconviniéron: –Calla, ¿tú qué sabes si nunca los viste?

Quizás era el momento justo de empezar a llamar al pan pan. –¡Sí que los ví – exclamé–, y si queréis os puedo explicar cómo eran!

No me creyeron: pensaban que quería tomarles el pelo. Para mí, esta nueva manera que tenían de hablar de los Dinosaurios era casi tan insoportable como la de antes. Porque –aparte del dolor que sentía por el cruel destino de mi especie– yo la vida de los Dinosaurios la conocía desde adentro, sabía cómo entre nosotros prevalecía una mentalidad limitada, llena de prejuicios, incapaz de ponerse a la altura de las situaciones nuevas. ¡Y ahora tenía que ver cómo éstos tomaban por modelo aquel mundo nuestro pequeño, tan retrógrado, tan –digámoslo– aburrido! ¡Tenía que soportar cómo me imponían ellos una suerte de sagrado respeto por mi especie, yo que nunca lo había sentido! Pero en el fondo era que justo que fuera así: estos Nuevos, ¿en qué se diferenciaban de los Dinosaurios de los buenos tiempos? Seguros en su pueblo, con los diques y las pesquerías, les había asomado también una jactancia, una presunción... ¡Me pasaba que sentía ante ellos la misma impaciencia que me había producido mi ambiente, y cuanto más los oía admirar a los Dinosaurios, más detestaba a los Dinosaurios y a ellos al mismo tiempo!

–Sabes, anoche soñé que iba a pasar un Dinosaurio delante de mi casa –me dijo Flor de Helecho–, un Dinosaurio magnífico, un príncipe o un rey de los Dinosaurios. Yo me ponía bonita, me ataba una cinta en la cabeza y me asomaba a la ventana. Trataba de atraer la atención del Dinosaurio, le hacía una reverencia, pero él ni siquiera se daba cuenta, no se dignaba echarme una mirada...

Este sueño me dio una nueva clave para comprender el estado de ánimo de Flor de Helecho con respecto a mí: la joven debía de haber confundido mi timidez con una desdeñosa soberbia. Ahora que lo pienso, comprendo que me hubiera bastado insistir un poco en aquella actitud, demostrar un altivo desapego, y la hubiera conquistado del todo. En cambio la revelación me conmovió tanto que me arrojé a sus pies con lágrimas en los ojos, diciendo: –No, no, Flor de Helecho, no es como tú crees, tú eres mejor que cualquier Dinosaurio, cien veces mejor, y yo me siento tan inferior a ti...

Flor de Helecho se puso rígida, dio un paso atrás.

–¿Pero qué estás diciendo?



No era lo que ella esperaba; estaba desconcertada y encontraba la escena un poco desagradable. Yo me di cuenta demasiado tarde; me rehice en seguida, pero una atmósfera de incomodidad pesaba ahora entre nosotros.

No hubo tiempo de pensarlo, con todo lo que sucedió después. Mensajeros jadeantes llegaron a la aldea. –¡Vuelven los Dinosaurios!– Se había visto una manada de monstruos desconocidos corriendo furiosa por la llanura. Si seguían a aquel paso al alba del día siguiente atacarían la aldea. Se dio la señal de alarma.

Pueden imaginarse la tempestad de sentimientos que se desencadenó en mi pecho a la noticia: ¡mi especie no estaba extinguida, podía reunirme con mis hermanos, recomenzar la antigua vida! Pero el recuerdo de la antigua vida que me volvía a la mente era la serie interminable de derrotas, fugas, peligros; recomenzar significaba quizás tan sólo un temporario suplemento de aquella agonía, el retorno a una fase que me hacía la ilusión de haber cerrado ya. Ahora había alcanzado, aquí en la aldea, una especie de nueva tranquilidad y me pesaba perderla.

El ánimo de los Nuevos también estaba dividido entre sentimientos diferentes. Por un lado el pánico, por el otro el deseo de triunfar del viejo enemigo, por otro también la idea de que si los Dinosaurios habían sobrevivido y ahora avanzaban en busca de un desquite, era señal de que nadie podía detenerlos, y no estaba excluido que una victoria de ellos, aun que fuese despiadada, pudiera constituir un bien para todos. Los Nuevos querían, en una palabra, al mismo tiempo defenderse, huir, exterminar al enemigo, ser vencidos; y esta inseguridad se reflejaba en el desorden de sus preparativos de defensa.

–¡Un momento! –gritó Zahn–. ¡Hay uno solo entre nosotros que está en condiciones de tomar el mando! ¡El más fuerte de todos, el Feo!

–¡Es cierto! ¡El Feo es el que debe mandarnos! –dijeron en corro todos los otros–. ¡Sí, sí, el mando al Feo! –y se ponían a mis órdenes.

–Pero no, cómo queréis que yo, un extranjero, no estoy a la altura... –me defendía yo. No hubo modo de convencerlos.

¿Qué debía hacer? Aquella noche no pude cerrar los ojos. La voz de la sangre me obligaba a desertar y a reunirme con mis hermanos; la lealtad hacia los Nuevos que me habían acogido y brindado hospitalidad y confiado en mí quería, en cambio, que me considerase de parte de ellos; además sabía bien que ni los Dinosaurios ni los Nuevos merecían que se moviera un dedo por ellos. Si los Dinosaurios trataban de restablecer su dominio con invasiones y matanzas, era señal de que no habían aprendido nada con la experiencia, que habían sobrevivido sólo por error. Y los Nuevos era evidente que dándome a mí el mando habían encontrado la solución más cómoda: descargar todas las responsabilidades en un extranjero que podía ser tanto el salvador como, en caso de derrota, un chivo expiatorio que se entrega al enemigo para calmarlo, o bien un traidor que puesto en manos del enemigo realizara el sueño inconfesable de los Nuevos, de ser dominados por los Dinosaurios. En una palabra, no quería saber nada ni de unos ni de otros; ¡que se degollasen entre ellos!; me importaba un rábano de todos. Tenía que escapar cuanto antes, dejarlos que se cocinaran en su salsa, no tener nada más que ver con esas viejas historias.

Esa misma noche, escurriéndome en la oscuridad, dejé la aldea. El primer impulso era alejarme lo más posible del campo de batalla, regresar a mis refugios secretos; pero la curiosidad fue más fuerte: volver a ver a mis semejantes, saber quién vencería. Me escondí en lo alto de unas rocas que dominaban el embalse del río, y esperé el alba.

Con la luz, aparecieron figuras en el horizonte. Avanzaban a la carga. Antes de distinguirlos bien, ya podía excluir que los Dinosaurios hubieran corrido con tan poca gracia. Cuando los reconocí no sabía si reír o avergonzarme. Rinocerontes, una manada, de los primeros, grandes y bastos y torpes, cubiertos de protuberancias de materia córnea, pero en esencia inofensivos, dedicados a comer hierba: ¡con eso habían confundido a los antiguos Reyes de la Tierra!

La manada de rinocerontes galopó con ruido de trueno, se detuvo a lamer unas matas, reanudó la carrera hacia el horizonte sin percatarse siquiera de los destacamentos de pescadores.

Volví corriendo a la aldea. –¡No se han dado cuenta de nada! ¡No eran Dinosaurios! – anuncié–. ¡Rinocerontes, eso es lo que eran! ¡Ya se fueron! ¡No hay más peligro! –Y añadí, para justificar mi deserción nocturna–: ¡Yo había salido a explorar! ¡A espiar y contaros!

–Quizá no nos hayamos dado cuenta de que no eran Dinosaurios –dijo con calma Zahn–, pero nos hemos dado cuenta de que no eres un héroe –y me volvió la espalda.

Sí, se habían desilusionado: de los Dinosaurios, de mí. Entonces sus historias de Dinosaurios se convirtieron en chistes en los cuales los terribles monstruos aparecían como personajes ridículos. A mí no me afectaba ese espíritu mezquino. Ahora reconocía la grandeza de alma que nos había hecho elegir la desaparición antes que vivir en un mundo que ya no era para nosotros. Si yo sobrevivía era solamente para que un Dinosaurio siguiera sintiéndose como tal en medio de esa gentuza que disfrazaba con bromas triviales el miedo que todavía la dominaba. ¿Y qué otra opción podía presentarse a los Nuevos sino entre irrisión y miedo?

Flor de Helecho reveló una actitud distinta contándome un sueño: –Había un Dinosaurio, cómico, verde verde, y todos le tomaban el pelo, le tiraban de la cola. Y me di cuenta de que, con ser ridículo, era la más triste de las criaturas, y de sus ojos amarillos y rojos corría un río de lágrimas.

¿Qué sentí al oír aquellas palabras? ¿La negativa a identificarme con las imágenes del sueño, el rechazo de un sentimiento que parecía haberse convertido en piedad, la imposibilidad de tolerar la idea disminuida que todos ellos se hacían de la dignidad dinosauria? Tuve un arrebató de soberbia, me puse rígido y le eché a la cara unas pocas frases despreciativas: –¿Por qué me aburres con esos sueños tuyos cada vez más infantiles? ¡No sabes soñar más que estupideces!

Flor de Helecho estalló en lágrimas. Yo me alejé encogiéndome de hombros.

Esto había sucedido en el muelle; no estábamos solos; los pescadores no habían oído nuestro diálogo pero se habían dado cuenta de mi estallido y de las lágrimas de la muchacha.

Zahn se sintió obligado a intervenir. –¿Pero quién te crees que eres –dijo con voz agria– para faltarle el respeto a mi hermana?

Me detuve y no contesté. Si quería pelear, estaba dispuesto. Pero el estilo de la aldea había cambiado los últimos tiempos: todo lo tomaban a broma. Del grupo de pescadores salió un grito en falsete: –¡Termínala, Dinosaurio!– Ésta era, lo sabía bien, una expresión burlona que había empezado a usarse últimamente para decir: "Baja el copete, no exageres", y así. Pero a mí me revolvió algo en la sangre.

–¡Sí, lo soy, si queréis saberlo –grité–, un Dinosaurio, eso mismo! ¡Si nunca habéis visto un Dinosaurio, aquí me tenéis, mirad!

Estalló una carcajada general de burla.

–Yo vi uno ayer –dijo un viejo–, salió de la nieve. –A su alrededor reinó de pronto el silencio.

El viejo volvía de un viaje a las montañas. El deshielo había fundido un antiguo glaciar y había asomado un esqueleto de Dinosaurio.

La noticia se propaló por la aldea. –¡Vamos a ver al Dinosaurio!– Todos subieron corriendo la montaña y yo con ellos.

Dejando atrás una morrena de guijarros, troncos arrancados, barro y osamentas de pájaros, se abría un pequeño valle en forma de concha. Un primer velo de líquenes verdecía las rocas liberadas del hielo. En el medio, tendido como si durmiera, con el cuello estirado por los intervalos de las vértebras, la cola desplegada en una larga línea serpentina, yacía un esqueleto de Dinosaurio gigantesco. La caja torácica se arqueaba como una vela y cuando el viento golpeaba contra los listones chatos de las costillas parecía que aún le latiera dentro un corazón invisible. El cráneo había girado hasta quedar torcido, la boca abierta como en un último grito.

Los Nuevos corrieron hasta allí dando voces jubilosas: frente al cráneo se sintieron mirados fijamente por las órbitas vacías; permanecieron a unos pasos de distancia,

silenciosos; después se volvieron y reanudaron su necio jolgorio. Hubiera bastado que uno de ellos pasase su mirada del esqueleto a mí, que estaba contemplándolo, para darse cuenta de que éramos idénticos. Pero nadie lo hizo. Aquellos huesos, aquellos colmillos, aquellos miembros exterminadores, hablaban una lengua ahora ilegible, ya no decían nada a nadie, salvo aquel vago nombre que había perdido relación con las experiencias del presente.

Yo seguía mirando el esqueleto, el Padre, el Hermano, el igual a mí, Yo Mismo; reconocía mis miembros descarnados, mis rasgos grabados en la roca, todo lo que habíamos sido y ya no éramos, nuestra majestad, nuestras culpas, nuestra ruina.

Ahora aquellos despojos servirían a los Nuevos, distraídos ocupantes del planeta, para señalar un punto del paisaje, seguirían el destino del nombre "Dinosaurio" convertido en un sonido opaco sin sentido. No debía permitirlo. Todo lo que incumbía a la verdadera naturaleza de los Dinosaurios tenía que permanecer oculto. En la noche, mientras los Nuevos dormían en torno al esqueleto embanderado, trasladé y sepulté vértebra por vértebra a mi Muerto.

Por la mañana los Nuevos no encontraron huellas del esqueleto. No se preocuparon mucho. Era un nuevo misterio que se añadía a los tantos relacionados con los Dinosaurios. Pronto se les borró de la memoria.

Pero la aparición del esqueleto dejó una huella, en el sentido de que en todos ellos la idea de los Dinosaurios quedó unida a la de un triste fin, y en las historias que contaban ahora predominaba un acento de conmiseración, de pena por nuestros padecimientos. Esta compasión de nada me servía. ¿Compasión de qué? Si una especie había tenido jamás una evolución plena y rica, un reino largo y feliz, había sido la nuestra. La extinción era un epílogo grandioso, digno de nuestro pasado. ¿Qué podían entender esos tontos? Cada vez que los oía ponerse sentimentales con los pobres Dinosaurios, me daban ganas de tomarles el pelo, de contar historias inventadas e inverosímiles. En adelante la verdad sobre los Dinosaurios no la comprendería nadie, era un secreto que yo custodiaría sólo para mí.

Una banda de vagabundos se detuvo en la aldea. Entre ellos había una joven. Me sobresalté al verla. Si mis ojos no me engañaban, aquélla no tenía en las venas sólo sangre de los Nuevos: era una mulata, una mulata dinosauria. ¿Lo sabía? Seguramente que no, a juzgar por su desenvoltura. Quizá no uno de los padres, pero uno de los abuelos o bisabuelos o trisabuelos había sido Dinosaurio, y los caracteres, la gracia de movimientos de nuestra progenie, volvían a aparecer en un gesto casi desvergonzado, irreconocible ahora para todos, incluso para ella. Era una criatura graciosa y alegre; en seguida le anduvo detrás un grupo de cortejantes, y entre ellos el más asiduo y enamorado era Zahn.

Empezaba el verano. La juventud daba una fiesta en el río. –¡Ven con nosotros! –me invitó Zahn, que después de tantas peleas trataba de hacerse amigo; después se puso a nadar junto a la Mulata.

Me acerqué a Flor de Helecho. Quizá había llegado el momento de buscar un entendimiento. –¿Qué soñaste anoche? –pregunté, por iniciar una conversación.

Permaneció con la cabeza baja. –Vi a un Dinosaurio que se retorció agonizando. Reclinaba la cabeza noble y delicada, y sufría, sufría... Yo lo miraba, no podía despegar los ojos de él y me di cuenta de que sentía un placer sutil viéndolo sufrir...

Los labios de Flor de Helecho se estiraban en un pliegue maligno que nunca le había notado. Hubiera querido sólo demostrarle que en aquel juego suyo de sentimientos ambiguos y oscuros yo no tenía nada que ver: yo era de los que gozan de la vida, el heredero de una estirpe feliz. Me puse a bailar a su alrededor, la salpiqué con el agua del río agitando la cola.

–¡No se te ocurren más que conversaciones tristes! –dije, frívolo–. ¡Termínala, ven a bailar!

No me entendió. Hizo una mueca.

–¡Y si no bailas conmigo, bailaré con otra! –exclamé. Tomé por una pata a la Mulata, llevándomela en las propias narices de Zahn, que primero la miró alejarse sin entender, tan absorto estaba en su contemplación amorosa, después tuvo un sobresalto de celos.

Demasiado tarde; la Mulata y yo ya nos habíamos zambullido en el río y nadábamos hacia la otra orilla, para escondernos en los matorrales.

Quizá sólo quería dar a Flor de Helecho una prueba de quién era realmente yo, desmentir las ideas siempre equivocadas que se había hecho de mí. Y quizá me movía también un viejo rencor hacia Zahn, quería ostentosamente rechazar su nuevo ofrecimiento de amistad. O bien, más que nada, las formas familiares y sin embargo insólitas de la Mulata eran las que me daban ganas de una relación natural, directa, sin pensamientos secretos, sin recuerdos.

La caravana de vagabundos partiría por la mañana. La Mulata consintió en pasar la noche en los matorrales. Me quedé haciendo el amor con ella hasta el alba.

Éstos no eran sino episodios efímeros de una vida por lo demás tranquila y escasa de acontecimientos. Había dejado hundirse en el silencio la verdad acerca de mí y acerca de la era de nuestro reino. Ahora de los Dinosaurios casi no se hablaba; tal vez nadie creía ya que hubieran existido. Hasta Flor de Helecho había dejado de soñar con ellos.

Cuando me contó: –Soñé que en una caverna quedaba el único sobreviviente de una especie cuyo nombre nadie recordaba, y yo iba a preguntárselo, y estaba oscuro, y yo sabía que estaba allí, y no lo veía, y sabía bien quién era y cómo era pero no hubiera podido decirlo, y no entendía si era él el que contestaba a mis preguntas o yo a las suyas... –fue para mí la señal de que finalmente había empezado un entendimiento amoroso entre nosotros, como lo deseaba desde que me había detenido por primera vez en la fuente y aún no sabía si me sería permitido sobrevivir.

Desde entonces había aprendido tantas cosas, y sobre todo la forma en que vencen los Dinosaurios. Primero creí que desaparecer habría sido para mis hermanos la magnánima aceptación de una derrota; ahora sabía que los Dinosaurios cuanto más desaparecen más extienden su dominio, y sobre selvas mucho más inmensas que las que cubren los continentes: en la maraña de pensamientos del que se queda. Desde la penumbra de los miedos y las dudas de generaciones ahora ignaras, continuaban extendiendo el cuello, levantando sus zarpas, y cuando la última sombra de su imagen se había borrado, su nombre continuaba superponiéndose a todos los significados, perpetuando su presencia en las relaciones entre los seres vivientes. Ahora, borrado hasta el nombre, les aguardaba convertirse en una sola cosa con los moldes mudos y anónimos del pensamiento, a través de los cuales cobran forma y sustancia las cosas pensadas: por los Nuevos, y por los que vendrían aún después.

Miré alrededor: la aldea que me había visto llegar como extranjero, ahora bien podía decirle mía, y decir mía a Flor de Helecho: de la manera en que un Dinosaurio puede decirlo. Por eso, con un silencioso gesto de saludo me despedí de Flor de Helecho, dejé la aldea, me fui para siempre.

Por el camino miraba los árboles, los ríos y los montes y no sabía distinguir los que ya estaban en los tiempos de los Dinosaurios y los que habían venido después. Alrededor de algunas guaridas habían acampado unos vagabundos. Reconocí de lejos a la Mulata, siempre agradable, un poco más gorda. Para que no me vieran me resguardé en el bosque y la espí. La seguía un hijito que apenas podía correr sobre sus piernas meneando la cola. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía a un pequeño Dinosaurio tan perfecto, tan pleno de la exacta esencia de Dinosaurio, y tan ignorante de lo que el nombre Dinosaurio significaba?

Lo esperé en un claro del bosque para verlo jugar, perseguir una mariposa, deshacer una piña contra una piedra para sacar los piñones. Me acerqué. Era realmente mi hijo.

Me miró con curiosidad. –¿Quién eres? –preguntó.

–Nadie –dije–. Y tú, ¿sabes quién eres?

–¡Claro! Lo saben todos: ¡soy un Nuevo! –dijo.

Era exactamente lo que esperaba oír. Le acaricié la cabeza, le dije: –Muy bien –y me fui.

Recorrí valles y llanuras. Llegué a una estación, tomé el tren, me confundí con la multitud.

## La forma del espacio

*Las ecuaciones del campo gravitacional que ponen en relación la curvatura del espacio con la distribución de la materia empiezan ya a formar parte del sentido común.*

Caer en el vacío como caía yo, ninguno de ustedes sabe lo que quiere decir. Para ustedes caer es tirarse quizá desde el piso veinte de un rascacielos, o desde un avión que se avería en vuelo: precipitarse cabeza abajo, manotear un poco en el aire, y la tierra está de pronto ahí, y uno se da un gran porrazo. Yo les hablo en cambio de cuando no había debajo tierra alguna ni nada sólido, ni siquiera un cuerpo celeste en lontananza capaz de atraerte a su órbita. Se caía así, indefinidamente, durante un tiempo indefinido. Bajaba en el vacío hasta el extremo límite a cuyo fondo es pensable que se pueda bajar, y una vez allí veía que aquel extremo límite debía estar mucho, pero mucho más abajo, lejísimos, y seguía cayendo para alcanzarlo. No habiendo puntos de referencia, no tenía idea de si mi caída era precipitada o lenta. Ahora que lo pienso, no tenía pruebas siquiera de que estuviera cayendo realmente: quizá había permanecido siempre inmóvil en el mismo sitio, o me movía en sentido ascendente; como no había ni un arriba ni un abajo, éstas eran sólo cuestiones nominales y daba lo mismo seguir pensando que caía, como era natural pensarlo.

Admitiendo pues que cayéramos, caíamos todos con la misma velocidad y aceleración; en realidad estábamos siempre más o menos a la misma altura, yo, Ursula H'x, el Teniente Fenimore. No le quitaba los ojos de encima a Ursula H'x porque era muy hermosa de ver, y tenía en el caer una actitud suelta y laxa; esperaba atinar alguna vez a interceptar su mirada, pero Ursula H'x mientras caía estaba siempre ocupada en limarse y lustrarse las uñas o en pasarse el peine por el pelo largo y lacio, y no volvía jamás los ojos hacia mí. Hacia el Teniente Fenimore tampoco, debo decirlo, aunque hiciera de todo para atraer su atención.

Una vez lo sorprendí –creía que yo no lo veía– haciendo señas a Ursula H'x: primero golpeaba los dos índices extendidos uno contra el otro, después hacía un gesto de rotación con una mano, después señalaba hacia abajo. En una palabra, parecía aludir a un entendimiento con ella, a una cita para más tarde, en una localidad cualquiera de abajo donde se encontrarían. Todas patrañas, yo lo sabía perfectamente: no había encuentros posibles entre nosotros, porque nuestras caídas eran paralelas y entre nosotros se mantenía siempre la misma distancia. Pero que al Teniente Fenimore se le metiese en la cabeza una idea de este tipo –y tratara de metérsela en la cabeza a Ursula H'x– bastaba para atacarme los nervios, a pesar de que ella no le hiciera caso, e incluso emitiera con los labios un leve trompeteo dirigiéndose –creo que no cabían dudas– justamente a él. (Ursula H'x caía rodando sobre sí misma con movimientos perezosos como si se arrebujara en su cama y era difícil saber si un gesto se dirigía a uno y no a otro, o si estaba jugueteando por su cuenta, como de costumbre.)

También yo, naturalmente, no soñaba más que con encontrar a Ursula H'x, pero como en mi caída seguía una recta absolutamente paralela a la de ella, me parecía fuera de lugar manifestar un deseo irrealizable. Desde luego, si se quería ser optimista, quedaba siempre la posibilidad de que, siguiendo nuestras dos paralelas hasta el infinito, llegara el momento en que se tocasen. Esta eventualidad bastaba para darme algunas esperanzas, más aún, para mantenerme en una continua excitación. Les diré que un encuentro de nuestras paralelas yo lo había soñado tanto, en todos sus detalles, que formaba parte ya de mi experiencia como si lo hubiera vivido. Todo sucedería de un momento a otro, con sencillez y naturalidad: después de tanto andar separados sin poder acercarnos un palmo, después de haberla sentido extraña, prisionera de su trayecto paralelo, la consistencia del espacio, que siempre había sido impalpable, se volvería más tensa y al mismo tiempo más blanda, un espesarse del vacío que parecería venir no de afuera sino de dentro de nosotros, y nos apretaría a Ursula H'x y a mí (me bastaba cerrar los ojos para verla adelantarse, en una actitud que sabía suya aunque fuera distinta de todas las actitudes que le eran habituales: los brazos extendidos hacia abajo, pegados a las caderas, torciendo las muñecas como si se estirara y al mismo tiempo intentara un forcejeo que era también una manera casi

serpentina de echarse hacia adelante), y entonces la línea invisible que recorría yo y la que ella recorría se convertirían en una sola línea, ocupada por una mezcla de ella y de mí donde todo lo que en ella era suave y secreto era penetrado, más aún, envolvía y casi diría sorbía todo lo que en mí con más tensión había llegado hasta allí, padeciendo por estar solo y separado y seco.

Sucede con los sueños más hermosos que se transforman de pronto en pesadillas, y así se me ocurría entonces que el punto de encuentro de nuestras dos paralelas podía ser aquel en el que se encuentran todas las paralelas existentes en el espacio, y entonces no hubiera marcado el encuentro mío y de Ursula H'x solamente, sino también –¡perspectiva execrable!– del Teniente Fenimore. En el mismo momento en que Ursula H'x dejara de serme extraña, un extraño con sus finos bigotitos negros compartiría nuestra intimidad de modo inextricable; este pensamiento bastaba para lanzarme en las más desgarradoras alucinaciones de los celos: oía el grito que nuestro encuentro –de ella y mío– nos arrancaba, fundirse en un unísono espasmódicamente gozoso, y entonces –¡me petrificaba el presentimiento!– de él se desprendía lancinante el grito de Ursula H'x violada –así lo imaginaba en mi rencorosa parcialidad– por la espalda, y al mismo tiempo el grito de vulgar triunfo del Teniente, pero quizá –y aquí mis celos llegaban al delirio– esos gritos –de ella y de él– podían también no ser tan distintos y disonantes, podían alcanzar también un unísono, sumarse en un único grito de verdadero placer, distinguiéndose del grito incontenible que irrumpiría de mis labios.

En este alternarse de esperanzas y aprensiones continuaba mi caída, pero sin dejar de escrutar en la profundidad del espacio algo que anunciase un cambio actual o futuro de nuestra condición. Un par de veces logré divisar un universo, pero estaba lejos y se veía pequeño pequeño, muy hacia la derecha o hacia la izquierda; apenas me daba tiempo de distinguir algunas galaxias como puntitos lucientes reagrupados en montones superpuestos que giraban con un débil zumbido, y todo se disipaba ya como había aparecido, hacia arriba o al costado, como para dudar de que hubiera sido un deslumbramiento de la vista.

–¡Allá! ¡Mira! ¡Allá hay un universo! ¡Mira allá! ¡Allá hay algo! –gritaba yo a Ursula H'x señalándole en aquella dirección, pero ella, con la lengua apretada entre los dientes, estaba muy ocupada en acariciarse la piel lisa y tersa de las piernas en busca de rarísimos y casi invisibles pelos superfluos para arrancarlos con un tirón seco de las uñas como pinzas, y la única señal de que hubiera entendido mi llamada podía ser la forma en que extendía una pierna hacia arriba, como para aprovechar –se hubiera dicho– para su metódica inspección la poca luz que reverberase en aquel lejano firmamento.

Inútil decir cuánto desdén demostraba el Teniente Fenimore por lo que yo podía haber descubierto: se encogía de hombros –haciendo saltar las charreteras, la bandolera y las condecoraciones con las que inútilmente se enjaezaba– y se volvía en dirección opuesta con una risita burlona. Salvo que fuera él (cuando estaba seguro de que yo miraba en otra dirección) quien para despertar la curiosidad de Ursula (y entonces me tocaba el turno de reír al ver que ella, por toda respuesta, giraba sobre sí misma en una especie de cabriola dándole el trasero, movimiento indudablemente poco respetuoso pero bello de ver, tanto que después de haberme alegrado como si fuera una humillación para mi rival, me sorprendía envidiándolo como si fuera un privilegio) señalaba un débil punto que huía en el espacio voceando: –¡Allá! ¡Allá! ¡Un universo! ¡Así de grande! ¡Lo vi! ¡Es un universo!

No digo que mintiera: afirmaciones de esa índole, por lo que sé, podían ser tanto verdaderas como falsas. Que cada tanto pasáramos a la vera de un universo, estaba probado (o bien que un universo pasara a la vera de nosotros), pero no se sabía si había muchos universos diseminados en el espacio o si siempre seguíamos cruzándonos con el mismo universo girando en una misteriosa trayectoria, o si en cambio no había ningún universo y aquel que creíamos ver era el espejismo de un universo que quizá hubiera existido alguna vez y cuya imagen continuaba rebotando en las paredes del espacio como el retumbo de un eco. Pero podía ser también que los universos siempre hubieran estado allí, tupidos a nuestro alrededor, y que ni soñaran en moverse, y nosotros tampoco nos moviéramos, y todo estuviera quieto para siempre, sin tiempo, en una oscuridad punteada de rápidos centelleos cuando algo o alguien lograba por un momento despegarse de aquella tórpida ausencia de tiempo e insinuar la apariencia de un movimiento.

Todas hipótesis igualmente dignas de ser tenidas en cuenta y de las que me interesaba solamente lo que se relacionaba con nuestra caída y con lograr o no tocar a Ursula H'x. En una palabra, nadie sabía nada. Y entonces, ¿por qué el presuntuoso de Fenimore adoptaba a veces un aire de superioridad, como quien está seguro de sí mismo? Se había dado cuenta de que cuando quería hacerme rabiarse el sistema más seguro era fingir que tenía con Ursula H'x una familiaridad de larga data. En ciertos momentos Ursula bajaba balanceándose, las rodillas juntas, desplazando el peso del cuerpo hacia aquí o hacia allá, como ondulando en un zig-zag cada vez más amplio: todo para engañar el aburrimiento de aquella interminable caída. Y entonces el Teniente también se ponía a ondular, tratando de conseguir el mismo ritmo que ella, como si siguiera la misma pista invisible, más, como si bailara al son de la misma música audible únicamente para ellos dos, que él fingía directamente silbotear, y poniendo, sólo él, una especie de segunda intención, como si yo no lo supiera, pero bastaba para meterme en la cabeza la idea de que un encuentro entre Ursula H'x y el Teniente Fenimore podía haber ocurrido ya, quién sabe cuánto tiempo antes, en el origen de sus trayectorias, y esta idea me producía una comezón dolorosa, como una injusticia cometida a mis expensas. Pero pensándolo bien, si Ursula y el Teniente habían ocupado en un tiempo el mismo punto del espacio, era señal de que las respectivas líneas de caída se habían ido alejando y probablemente seguían alejándose. Ahora bien, en este lento pero continuo alejamiento del Teniente, nada más fácil que Ursula se acercase a mí; por lo tanto, el Teniente no tenía mayormente por qué enorgullecerse de sus pasadas intimidaciones: el futuro me sonreía a mí.

El razonamiento que me llevaba a esta conclusión no bastaba para tranquilizarme íntimamente: la eventualidad de que Ursula H'x hubiera encontrado ya al Teniente era de por sí un daño que de haberme sido hecho no podía ser rescatado. Debo añadir que pasado y futuro eran para mí términos vagos, entre los cuales no conseguía establecer una distinción: mi memoria no iba más allá del interminable presente de nuestra caída paralela, y lo que hubiera podido ser antes, como no era posible recordarlo, pertenecía al mismo mundo imaginario del futuro y con el futuro se confundía. Así yo podía incluso suponer que si alguna vez habían partido de un mismo punto dos paralelas, éstas fueran las líneas que seguíamos Ursula H'x y yo (en este caso la nostalgia de una identidad perdida era la que alimentaba mi ansioso deseo de encontrarla); pero a esta hipótesis me resistía a dar crédito, porque podía implicar un alejamiento progresivo de nosotros y quizá un arribo de ella a los brazos galonados del Teniente Fenimore, pero sobre todo porque no sabía salir del presente sino para imaginarme un presente distinto, y todo el resto no contaba.

Quizá era éste el secreto: identificarse tanto con el propio estado de caída como para llegar a comprender que la línea seguida al caer no era la que parecía sino otra, o sea llegar a cambiar aquella línea de la única manera en que se podía cambiarla, es decir, haciéndola llegar a ser la que realmente había sido siempre. Pero esta idea no se me ocurrió concentrándome en mí mismo sino observando con ojos enamorados lo bella que era Ursula H'x también vista de atrás, y comprobando, en el momento en que pasábamos a la vista de un lejanísimo sistema de constelaciones, un enarcarse de la espalda y una especie de sacudida del trasero, pero no tanto del trasero en sí como cierta manera que tenía lo exterior de restregarse contra el trasero y de provocar una reacción nada antipática de parte del trasero mismo. Bastó esta fugaz impresión para hacerme ver la situación de una manera nueva: si era cierto que el espacio con algo adentro es distinto del espacio vacío porque la materia provoca en él una curvatura o tensión que obliga a todas las líneas en él contenidas a tenderse o curvarse, entonces la línea que cada uno de nosotros seguía era una recta de la única manera en que una recta puede ser recta, esto es, deformándose tanto como la límpida armonía del vacío general es deformada por el estorbo de la materia, o sea enroscándose todo alrededor de ese ñoqui o puerro o excrecencia que es el universo en medio del espacio.

Mi punto de referencia era siempre Ursula y en realidad cierto andar suyo como rodando podía hacer más familiar la idea de que nuestra caída fuera un atornillarse y desatornillarse en una especie de espiral que por momentos se estrechaba y por momentos se ensanchaba. Pero estas desbandadas de Ursula se producían —si se miraba bien— a veces en un sentido a veces en otro, de modo que el diseño que trazábamos era más

complicado. El universo era pues considerado no como una hinchazón grosera plantada allí como un nabo, sino como una figura espigada y puntiaguda en la que a cada entrada o saliencia o faceta correspondían cavidades y protuberancias y denticulados del espacio y de las líneas recorridas por nosotros. Pero ésta era también una imagen esquemática, como si tuviéramos que habérmolas con un sólido de paredes lisas, una compenetración de poliedros, un agregado de cristales; en realidad el espacio en el que nos movíamos estaba todo almenado y perforado, con agujas y pináculos que irradiaban de todas partes, con cúpulas y balaustres y peristilos, con ajimeces y triforios y rosetones, y mientras creíamos desplomarnos en línea recta en realidad nos deslizábamos por el borde de molduras y frisos invisibles, como hormigas que para atravesar una ciudad siguen recorridos trazados no sobre el pavimento de las calles sino a lo largo de las paredes y los cielos rasos y las cornisas y las lámparas. Pero decir ciudad equivale a tener en la mente figuras de algún modo regulares, con ángulos rectos y proporciones simétricas, cuando por el contrario debemos tener siempre presente cómo se recorta el espacio en torno a cada cerezo y cada hoja de cada rama que se mueve al viento, y a cada dentelladura del borde de cada hoja, y también cómo se modela sobre cada nervadura de hoja, y sobre la red de vetas en el interior de la hoja cuyos entrecruzamientos traspasan a cada momento las flechas de la luz, todo estampado en negativo en la pasta del vacío, de modo que no hay nada que no deje su huella, toda huella posible de toda cosa posible, y al mismo tiempo toda transformación de las huellas instante por instante, de modo que el forúnculo que crece en la nariz de un califa o la pompa de jabón que se posa en el pecho de una lavandera cambian la forma general del espacio en todas sus dimensiones.

Me bastó comprender que el espacio estaba conformado de esta manera para darme cuenta de que en él se embolsaban unas cavidades suaves y acogedoras como hamacas en las que yo podía encontrarme unido a Ursula H'x y mecarme con ella mordisqueándonos mutuamente todo el cuerpo. Las propiedades del espacio eran en realidad tales que una paralela tomaba por un lado y otra por el otro, yo por ejemplo me precipitaba en una caverna tortuosa mientras Ursula H'x era sorbida por una galería que comunicaba con dicha caverna de modo que nos encontrábamos rodando juntos sobre una alfombra de algas en una especie de isla subespacial trenzándonos en todas las posturas y vuelcos, hasta que de pronto nuestras dos rectas recuperaban su distancia siempre igual y proseguían cada una por su cuenta como si nada hubiera sucedido.

La textura del espacio era porosa y quebrada, con grietas y dunas. Prestando mucha atención, podía saber cuándo el recorrido del Teniente Fenimore pasaba por el fondo de un cañón estrecho y tortuoso; entonces me apostaba en lo alto de un acantilado y en el momento justo me le echaba encima, tratando de golpearlo con todo mi peso en las vértebras cervicales. El fondo de estos precipicios del vacío era pedregoso como el fondo de un torrente seco, y entre dos punzones de roca que afloraban el Teniente Fenimore derribado quedaba con la cabeza encajada y yo le metía una rodilla en el estómago, pero él entre tanto me aplastaba las falanges contra las espinas de un cacto —¿o el dorso de un puerco espín?— (espinas de todos modos de las que corresponden a ciertas agudas contracciones del espacio) para que no consiguiera apoderarme de la pistola que le había hecho caer de un puntapié. No sé cómo me encontré un instante después con la cabeza metida en la granulosidad sofocante de los estratos en los que el espacio cede desmoronándose como arena; escupí, aturdido y ciego; Fenimore había conseguido recobrar su pistola; una bala me silbó al oído, desviada por una proliferación del vacío que se elevaba en forma de termitera. Y ya me le había ido encima echándole las manos a la garganta para destrozarlo, pero mis manos golpearon una contra otra en un "¡paf!": nuestros caminos habían vuelto a ser paralelos, y el Teniente Fenimore y yo bajábamos manteniendo nuestras consabidas distancias y dándonos ostensiblemente la espalda como dos que fingen no haberse visto ni conocido jamás.

Las que podían considerarse, pues, líneas rectas unidimensionales eran similares en sus efectos a renglones de escritura cursiva trazados en una página blanca por una pluma que desplaza palabras y fragmentos de frases de un renglón a otro con inserciones y remisiones en su prisa por terminar una exposición que avanza a través de aproximaciones sucesivas y siempre insatisfactorias, y así nos seguíamos, el Teniente Fenimore y yo,



escondiéndonos detrás de las "l", sobre todo de las "l" de la palabra "paralelas", para disparar y protegernos de las balas y fingirnos muertos y esperar que pase Fenimore para hacerle una zancadilla y arrastrarlo por los pies haciéndole golpear con el mentón en el fondo de las "v" y de las "u" y de las "m" y de las "n" que escritas en cursiva, todas iguales, se convierten en una sucesión de tumbos por los hoyos del pavimento, por ejemplo en la expresión "universo unidimensional", dejándolo tendido en un punto todo hollado de tachaduras y de allí alzarme embadurnado de tinta agrumada y correr hacia Ursula H'x que querría hacerse la pícara deslizándose dentro de los nudos de la "f" que se afinan hasta volverse filiformes, pero yo la tomo por el pelo y la doblo contra una "d" o una "t", así como las escribo ahora aprisa, tan inclinadas que es posible tenderse encima, después cavamos abajo un nicho en la "j", en la "j" de abajo, una guarida subterránea que se puede adaptar a gusto a nuestras dimensiones o hacer más recogida y casi invisible, o bien disponer más en sentido horizontal para quedar bien acostados. Mientras naturalmente los mismos renglones y aun las sucesiones de letras y de palabras pueden muy bien desenrollarse en su hilo negro y tenderse en líneas rectas continuas paralelas que no significan nada más que ellas mismas en su deslizarse continuo sin encontrarse nunca, como no nos encontramos nunca en nuestra continua caída yo, Ursula H'x, el Teniente Fenimore, todos los demás.

### Los años-luz

*Cuanto más distante una galaxia, más velozmente se aleja de nosotros. Una galaxia que se encontrara a diez millares de millones de años-luz de nosotros, tendría una velocidad de fuga igual a la de la luz, trescientos mil kilómetros por segundo. Las "casi estrellas" descubiertas recientemente estarían ya cerca de este umbral.*

Una noche, como de costumbre, observaba el cielo con mi telescopio. Noté que desde una galaxia a cien millones de años-luz de distancia sobresalía un cartel. Decía: TE HE VISTO. fiice rápidamente el cálculo: la luz de la galaxia había empleado cien millones de años para alcanzarme, y como desde allá arriba veían lo que sucedía aquí con cien millones de años de retraso, el momento en que me habían visto debía remontarse a doscientos millones de años.

Aun antes de verificar en mi agenda para saber qué había hecho aquel día, me asaltó un presentimiento terrible: justo doscientos millones de años antes, ni un día más ni un día menos, me había sucedido algo que siempre había tratado de ocultar. Esperaba que con el tiempo el episodio quedara completamente olvidado; contrastaba netamente –por lo menos así me parecía– con mi comportamiento habitual de antes y después de esa fecha, de manera que si alguna vez alguien hubiera intentado sacar a relucir aquella historia, estaba dispuesto a desmentirlo con toda tranquilidad, y no sólo porque le hubiera resultado imposible aducir pruebas, sino también porque un hecho determinado por azares tan excepcionales –aun en caso de ser verificado– era tan poco probable que podía de buena fe ser considerado no verdadero incluso por mí mismo. Y en cambio desde un lejano cuerpo celeste alguien me había visto y la historia volvía a salir a la luz justo ahora.

Naturalmente, estaba en condiciones de explicar todo lo que había sucedido, y cómo había podido suceder, y hacer comprensible, si no del todo justificable, mi manera de obrar. Pensé en responder en seguida también yo con un cartel, empleando una fórmula defensiva como DEJENME QUE LES EXPLIQUE, o si no, HUBIERA QUERIDO VERLOS EN MI LUGAR, pero esto no habría bastado y la explicación habría sido demasiado larga para una inscripción sinsintética que resultase legible a tanta distancia. Y sobre todo debía estar atento a no dar un paso en falso, o sea a no subrayar con una explícita admisión mía aquello a lo cual el TE HE VISTO se limitaba a aludir. En una palabra, antes de dejarme sacar una declaración cualquiera tendría que saber exactamente qué habían visto desde la galaxia y qué no; y para eso no había más que preguntarlo con un cartel del tipo de: ¿PERO HAS VISTO TODO O APENAS UN POCO?, o bien: VEAMOS SI DICES LA VERDAD: ¿QUE HACIA?, y después esperar el tiempo necesario para que desde allá vieran mi letrado, y el tiempo igualmente largo para que yo viese la respuesta de ellos y pudiera proceder a las

necesarias rectificaciones. El conjunto habría llevado otros doscientos millones de años, incluso algunos millones de años más, porque mientras las imágenes iban y venían a la velocidad de la luz, las galaxias seguían alejándose entre sí y ahora aquella constelación ya no estaba donde yo la veía, sino un poco más allá, y la imagen de mi cartel debía de correrle detrás. En fin, era un sistema lento que me hubiera obligado a discutir repetidamente, más de cuatrocientos millones de años después de sucedidos, acontecimientos que hubiera querido hacer olvidar en el tiempo más breve posible. La mejor línea de conducta que se me presentaba era hacer como si nada, minimizar el alcance de lo que podían haber llegado a saber. Por eso me apresuré a exponer bien a la vista un cartel que decía simplemente: ¿Y QUE HAY CON ESO? Si los de la galaxia habían creído ponerme en aprietos con su TE HE VISTO mi calma los desconcertaría, y se convencerían de que no era cosa de demorarse en ese episodio. Si en cambio no tenían a mano muchos elementos en mi contra, una expresión indeterminada como ¿Y QUE HAY CON ESO? serviría de cauto sondeo de la extensión que cabía dar a la afirmación TE HE VISTO. La distancia que nos separaba (de su muelle de los cien millones de años–luz hacía un millón de siglos que la galaxia había zarpado adentrándose en la oscuridad) haría quizá menos evidente que mi ¿Y QUE HAY CON ESO? replicaba al TE HE VISTO de doscientos millones de años atrás, pero no me pareció oportuno incluir en el cartel referencias más explícitas, porque si la memoria de aquella jornada, pasados tres millones de siglos, se había ido oscureciendo, no quería ser justamente yo el que la refrescara.

En el fondo la opinión que podían haberse formado de mí en aquella particular ocasión no debía preocuparme excesivamente. Los hechos de mi vida, los que se habían sucedido desde aquel día en adelante durante años y siglos y milenios, hablaban –por lo menos la gran mayoría– en mi favor; por lo tanto, no tenía más que dejar hablar a los hechos. Si desde aquel lejano cuerpo celeste habían visto lo que yo hiciera un día de doscientos millones de años atrás, me habrían visto también al día siguiente, y al otro, y al otro, y habrían modificado poco a poco la opinión negativa que de mí podían haberse formado juzgando precipitadamente a base de un episodio aislado. Más aún, bastaba que pensara en el número de años que habían pasado desde el TE HE VISTO para convencerme de que aquella mala impresión hacía tiempo ya que se había borrado, sustituyéndola una valoración probablemente positiva y, por lo tanto, más concorde con la realidad. Pero esta certeza racional no bastaba para darme respiro: mientras no tuviera la prueba de un cambio de opinión en mi favor, me duraría la desazón de haber sido sorprendido en una situación incómoda e identificado con ella, clavado allí.

Ustedes dirán que bien podía importárseme un bledo de lo que pensaban de mí algunos habitantes desconocidos de una constelación aislada. En realidad, lo que me preocupaba no era la sospecha de que las consecuencias de haber sido visto por ellos podían no tener límites. En torno a aquella galaxia había muchas otras, algunas de un radio inferior a cien millones de años–luz, con observadores que tenían los ojos bien abiertos: el cartel TE HE VISTO, antes de que yo lograra divisarlo lo habían leído seguramente habitantes de otros cuerpos celestes, y lo mismo habría ocurrido después en las constelaciones cada vez más distantes. Aunque ninguno pudiera saber con precisión a qué situación específica aquel TE HE VISTO se refería, esa indeterminación no habría pesado para nada en mi favor. Es más, como la gente está siempre dispuesta a dar crédito a las peores conjeturas, lo que de mí podía haber sido efectivamente visto a cien millones de años–luz de distancia, era en el fondo cosa de nada en comparación con todo lo que en otro lugar se podía imaginar que había sido visto. La mala impresión que podía haber dejado durante aquella momentánea indelicadeza de dos millones de siglos atrás se agigantaba, pues, y se multiplicaba refractándose a través de las galaxias, y no me era posible desmentirla sin empeorar la situación, dado que, no sabiendo a qué extremas deducciones calumniosas podían haber llegado los que me habían visto directamente, no tenía idea de por dónde empezar y dónde terminar mis desmentidos.

En este estado de ánimo seguía todas las noches mirando en torno con el telescopio. Y al cabo de dos noches me di cuenta de que también en una galaxia situada a cien millones de años y un día–luz habían puesto el cartel TE HE VISTO. No cabía duda de que también ellos se referían a aquella vez: lo que siempre había tratado de esconder había sido

descubierto no desde un cuerpo celeste solamente, sino también desde otro, situado en una zona completamente distinta del espacio. Y desde otros más: en las noches siguientes continué viendo nuevos carteles con el TE HE VISTO que se levantaban en nuevas constelaciones. Calculando los años-luz resultaba que la vez que me habían visto era siempre aquélla. A cada uno de los TE HE VISTO yo contestaba con carteles teñidos de una desdeñosa indiferencia, como: ¿AH, SI? MUCHO GUSTO, o si no, POR LO QUE ME IMPORTA, o también de una insolencia casi provocativa, como TANT PIS, o bien ¡CUCU, SOY YO!, pero siempre manteniéndome en guardia.

Por más que la lógica de los hechos me hacía mirar el futuro con razonable optimismo, la convergencia de todos aquellos TE HE VISTO en un único punto de mi vida, convergencia seguramente fortuita debida a particulares condiciones de visibilidad interestelar (única excepción, un cuerpo celeste en el cual, siempre correspondiendo a aquella misma fecha, apareció un cartel NO SE VE NI MEDIO), me ponía como sobre ascuas.

Era como si en el espacio que contenía todas las galaxias la imagen de lo que había hecho aquel día se proyectara en el interior de una esfera que se dilataba continuamente a la velocidad de la luz: los observadores de los cuerpos celestes que iban entrando en el radio de la esfera estaban en condiciones de ver lo que había sucedido. A su vez podía considerarse que cada uno de esos observadores estaba en el centro de una esfera que se dilataba también a la velocidad de la luz, proyectando todo alrededor la inscripción TE HE VISTO de sus carteles. Al mismo tiempo todos esos cuerpos celestes formaban parte de galaxias que se alejaban una de otra en el espacio a velocidad proporcional a la distancia, y cada observador que daba muestras de haber recibido un mensaje, antes de poder recibir el segundo se había alejado ya en el espacio a una velocidad cada vez mayor. En cierto momento las galaxias más lejanas que me habían visto (o que habían visto el cartel TE HE VISTO de una galaxia más cercana a nosotros, o el cartel HE VISTO EL TE HE VISTO de una un poco más allá) llegarían al umbral de los diez millares de millones de años-luz, pasado el cual se alejarían a trescientos kilómetros por segundo, es decir, más veloces que la luz, y ninguna imagen podría alcanzarlas más. Había, pues, el riesgo de que se quedaran con su provisional opinión equivocada sobre mí, que desde aquel momento se volvería definitiva, no rectificable, inapelable y por eso, en cierto sentido, justa, esto es, correspondiente a la verdad.

Era, pues, indispensable que cuanto antes se aclarara el equívoco. Y para aclararlo podía confiar en una sola cosa: que, después de aquella vez, hubiera sido visto otras veces en que daba de mí una imagen completamente distinta, es decir –no tenía dudas al respecto–, la verdadera imagen de mí que debía tenerse presente. Ocasiones, en el curso de los últimos doscientos millones de años, no me habían faltado, y me hubiera bastado una sola, muy clara, para no crear confusiones. Por ejemplo, recordaba un día durante el cual había sido realmente yo mismo, esto es, yo mismo de la manera en que quería que los otros me vieran. Ese día –calculé rápidamente– había sido hacia justo cien millones de años-luz. Por lo tanto desde la galaxia situada a cien millones de años-luz me estaban viendo justo ahora en esa situación tan halagadora para mi prestigio, y la opinión de aquéllos sobre mí seguramente iba cambiando, corrigiendo e incluso desmintiendo la primera fugaz impresión. Justo ahora o casi, porque en ese momento la distancia que nos separaba debía de ser no ya de cien millones de años-luz, sino de ciento uno por lo menos; en consecuencia, no tenía más que esperar un número igual de años para dar tiempo a que la luz de allí llegara aquí (la fecha exacta en que ocurriría fue calculada en seguida, teniendo en cuenta incluso la "constante de Hubble") y conocería su reacción.

El que hubiera logrado verme en el momento  $x$  con mayor razón me habría visto en el momento  $y$ , y como mi imagen en  $y$  era mucho más persuasiva que la de  $x$  –diré más: sugestiva, de esas que una vez vistas no se olvidan nunca–, en  $y$  sería recordado, mientras cuanto de mí había sido visto en  $x$  se olvidaría inmediatamente, se borraría, quizá después de haberlo traído fugazmente a la memoria, a modo de despedida, como para decir: piensen, a alguien que es como  $y$  puede ocurrir que se lo vea como  $x$  y creer que sea realmente como  $x$  cuando es evidente que es absolutamente como  $y$ .

Casi me alegraba de la cantidad de TE HE VISTO que aparecían alrededor, porque era señal de que yo había despertado la atención y por lo tanto no se les escaparía mi jornada más luminosa. Ésta tendría –es decir, ya estaba teniendo, sin yo saberlo– una resonancia mucho más amplia –limitada a un determinado ambiente, y además, debo admitirlo, más bien periférico– que la que ahora en mi modestia me esperaba.

Es necesario además considerar también los cuerpos celestes desde los cuales –por desatención o por mala ubicación– no me habían visto a mí sino tan solo un cartel TE HE VISTO en las cercanías, y donde habían expuesto también sus carteles con la inscripción: PARECE QUE TE HAN VISTO, o si no: ¡DESDE ALLI SI QUE TE HAN VISTO! (expresiones en las que sentía traslucir ya curiosidad, ya sarcasmo); también allí había ojos clavados en mí que justamente por haberse perdido una ocasión no dejarían escapar la segunda, y teniendo de x sólo una noticia indirecta y conjetural, estarían aun más dispuestos a aceptar a y como la única verdadera realidad que me concerniese.

Así el eco del momento y se propagaría a través del tiempo y del espacio, llegaría a las galaxias más lejanas y más veloces, y éstas se sustraerían a toda imagen ulterior corriendo los trescientos mil kilómetros por hora de la luz y llevando de mí aquella imagen en adelante definitiva, más allá del tiempo y del espacio, convertida en la verdad que contiene en su esfera de radio ilimitado todas las otras esferas parciales y contradictorias.

Un centenar de millones de siglos no son al fin una eternidad, pero a mí me parecía que no pasaban nunca. Finalmente llega la buena noche: el telescopio ya lo había apuntado hacía rato en dirección de aquella galaxia de la primera vez. Acerco el ojo derecho al ocular, con el párpado entrecerrado, levanto despacio despacio el párpado, ahí está la constelación encuadrada perfectamente, hay un cartel plantado en el medio, no se lee bien, enfoco correctamente... Dice: TRA–LA–LA–LA. Solamente eso: TRA–LA–LA–LA. En el momento en que yo expresaba la esencia de mi personalidad, con palmaria evidencia y sin riesgo de equívocos, en el momento en que daba la clave para interpretar todos los gestos de mi vida pasada y futura y para extraer un juicio general y ecuánime, el que tenía no sólo la posibilidad sino también la obligación moral de observar cuanto yo hacía y de tomar nota, ¿qué había visto? Ni gota, no se había dado cuenta de nada, no había notado nada de particular. Descubrir que una parte tan grande de mi reputación estaba a merced de un tipo tan poco de fiar, me dejó postrado. Aquella prueba de quién era yo, que por las muchas circunstancias favorables que la habían acompañado por considerar irrepetible, había pasado así, inobservada, desperdiciada, definitivamente perdida para toda una zona del universo, sólo porque aquel señor se había permitido sus cinco minutos de distracción, de vaguedad, digamos también de irresponsabilidad, papando moscas como un estúpido, quizá en la euforia del que ha bebido un vaso de más, y en su cartel no había encontrado nada mejor que escribir signos sin sentido, quizá el tema tonto que estaba silbando, olvidado de sus obligaciones, TRA–LA–LA–LA.

Un solo pensamiento me consolaba un poco: en las otras galaxias no habrían faltado observadores más diligentes. Nunca como en aquel momento me dio satisfacción el gran número de espectadores que el viejo episodio lamentable había tenido y que estarían dispuestos ahora a reparar en la novedad de la situación. Me acerqué de nuevo al telescopio, todas las noches. Una galaxia a la distancia justa se me apareció unas noches después en todo su esplendor. El cartel estaba ahí. Y con esta frase: TE HAS PUESTO LA CAMISETA DE LANA.

Con lágrimas en los ojos me devané los sesos para encontrar una explicación. Quizá en aquel lugar, con el paso de los años, habían perfeccionado tanto los telescopios que se divertían en observar los detalles más insignificantes, la camiseta que uno tenía puesta, si era de lana o de algodón, y todo lo demás no les importaba nada, no se fijaban siquiera. Y de mi honrosa acción, de mi acción –digámoslo– magnánima y generosa, no habían retenido otro elemento que mi camiseta de lana, excelente camiseta, no se puede negar, quizá en otro momento no me hubiera desagradado que se fijaran en ella, pero no entonces, no entonces.

Con todo, había tantos otros testimonios que me aguardaban: era natural que en el montón alguno faltara: yo no era de los que pierden la calma por tan poca cosa. En efecto, desde una galaxia un poco más allá tuve finalmente la prueba de que alguien había visto

perfectamente cómo me había comportado y daba la valoración justa, es decir, entusiasta. En realidad el cartel decía: ESE FULANO SI QUE ES DE LEY. Había tomado nota con plena satisfacción –una satisfacción, si te fijas, que no hacía sino confirmar mi espera, incluso mi certeza de ser reconocido en mis justos méritos–, cuando la expresión ESE FULANO volvió a llamarme la atención. ¿Por qué me llamaban ESE FULANO si me habían visto ya, aunque no fuera más que en aquella circunstancia desfavorable, pero si al fin no podía dejar de serles bien conocido? Con un poco de habilidad enfoqué mejor mi telescopio y descubrí al pie del mismo cartel un renglón en caracteres un poco más pequeños: ¿QUIÉN SERA? VAYA UNO A SABERLO. ¿Se puede imaginar una desventura más grande? Los que tenían en sus manos los elementos para entender verdaderamente quién era yo no me habían reconocido. No habían relacionado este episodio laudable con el otro censurable ocurrido doscientos millones de años antes, por lo tanto el episodio censurable seguía siéndome atribuido, y éste no, éste seguía siendo una anécdota impersonal, anónima, que no entraba a formar parte de la historia de nadie.

Mi primer impulso fue desplegar un cartel: ¡PERO SI SOY YO! Renuncié: ¿de qué hubiera servido? Lo habrían visto más de cien millones de años después y con otros trescientos y pico que habían pasado desde el momento x, andaban por el medio millar de millones de años; para estar seguro de ser comprendido hubiera tenido que especificar, sacar una vez más a relucir la vieja historia, es decir, justo lo que más quería evitar.

Ahora ya no estaba tan seguro de mí mismo. Temía que tampoco las otras galaxias me dieran mayores satisfacciones. Los que me habían visto, me habían visto de manera parcial, fragmentaria, distraída, o habían entendido sólo hasta cierto punto lo que sucedía, sin captar lo esencial, sin analizar los elementos de mi personalidad que tomados por separado adquirirían relieve. Un solo cartel decía lo que me esperaba: ¡REALMENTE ERES DE LEY! Me apresuré a hojear mi cuaderno para ver qué reacciones habían sido las de aquella galaxia en el momento x. Por casualidad, justo allí había aparecido el cartel NO SE VE NI MEDIO. En aquella zona del universo yo gozaba sin duda de la mejor consideración, no hay nada que decir; finalmente hubiera debido alegrarme, en cambio no sentía ninguna satisfacción. Me di cuenta de que, como estos admiradores míos no estaban entre los que antes podían haberse formado de mí una idea equivocada, de ellos no me importaba realmente nada. La prueba de que el momento y desmintiera y borrara el momento x, ellos no podían dárme la, y mi desasosiego continuaba, agravado por la larga duración y por no saber si sus causas no habían desaparecido o desaparecerían. Naturalmente, para los observadores dispersos en el universo, el momento x y el momento y eran solamente dos de los innumerables momentos observables, y en realidad todas las noches en las constelaciones situadas a las más diversas distancias aparecían carteles que se referían a otros episodios, carteles que decían SIGUE ASI QUE VAS BIEN, ESTAS SIEMPREI AHI, MIRA LO QUE HACES, TE LO HABIA DICHO. Para cada uno de ellos podía hacer el cálculo, los años–luz de aquí allá, los años–luz de allá aquí, y establecer a qué episodio se referían: todos los gestos de mi vida, todas las veces que me había metido el dedo en la nariz, todas las veces que había conseguido bajar del tranvía en movimiento todavía estaban allí viajando de una galaxia a otra, y eran tomados en cuenta, comentados, juzgados. Comentarios y juicios no siempre pertinentes: la inscripción TZZ, TZZ correspondía a la vez que había invertido un tercio de mi sueldo en una suscripción de beneficencia; la inscripción ESTA VEZ ME HAS GUSTADO a cuando había olvidado en el tren el manuscrito del tratado que me costó tantos años de estudio; mi famosa lección inaugural en la Universidad de Gpotinga había sido comentada con la inscripción: CUIDADO CON LAS CORRIENTES DE AIRE.

En cierto sentido podía estar tranquilo: nada de lo que hacía, para bien o para mal, se perdía del todo. Un eco siempre se salvaba, más aún, muchos ecos que variaban de una punta a la otra del universo, en aquella esfera que se dilataba y generaba otras esferas, pero eran noticias inarmónicas, inesenciales, de las cuales no resultaba el nexo entre mis acciones, y una nueva acción no lograba explicar o corregir la otra, de manera que se sumaban una a la otra, con signo positivo o negativo, como en un larguísimo polinomio que no se deja reducir a una expresión más sencilla.

¿Qué podía hacer, llegado a ese punto? Seguir ocupándome del pasado era inútil; hasta ese momento las cosas habían marchado como habían marchado; tenía que arreglármelas para que marcharan mejor en el futuro. Lo imponente era que, de todo lo que hiciese, resultaba claro lo esencial, dónde se ponía el acento, qué era lo que se debía observar y qué no. Conseguí un enorme cartel con un signo indicador de dirección, de los que tienen una mano con el índice extendido. Cuando cumplía una acción sobre la cual quería llamar la atención, no tenía más que levantar el cartel, tratando de que el índice apuntara al detalle más importante de la escena. Para los momentos en que, en cambio, prefería pasar inadvertido, me hice otro cartel con una mano que tendía el pulgar en la dirección opuesta a aquella a la que yo me dirigía, para desviar la atención.

Bastaba que llevara conmigo aquellos carteles donde quiera que fuese y levantara uno u otro según las ocasiones. Era una operación a largo plazo, naturalmente: los observadores situados a cientos de miles de milenios–luz tardarían cientos de miles de milenios en percibir lo que yo hacía ahora, y yo tardaría otros cientos de miles de milenios en leer sus reacciones. Pero éste era un retardo inevitable; había además otro inconveniente que no había previsto: ¿qué debía hacer cuando notaba que había levantado el cartel equivocado?

Por ejemplo, en cierto momento estaba seguro de que iba a realizar algo que me daría dignidad y prestigio; me apresuraba a enarbolar el cartel con el índice apuntándome a mí, y justo en aquel momentó me metía en un berenjenal, cometía una *gaffe* imperdonable, una manifestación de miseria humana como para hundirse bajo tierra de vergüenza. Pero la partida estaba jugada: aquella imagen con su buen cartel indicador apuntando allí navegaba por el espacio, nadie podía detenerla ya, devoraba los años–luz, se propagaba por las galaxias, suscitaba en los millones de siglos venideros comentarios y risas y fruncimientos de nariz, que desde el fondo de los milenios volverían a mí y me obligarían a justificaciones todavía más torpes, a desmañadas tentativas de rectificación...

Otro día, en cambio, debía enfrentarme a una situación desagradable, uno de esos azares de la vida por los que estamos obligados a pasar sabiendo ya que, cualquier giro que tomen, no hay modo de salir bien parado. Me escudé en el cartel con el pulgar señalando hacia el lado opuesto, y seguí. Inesperadamente, en aquella situación tan delicada y espinosa di pruebas de una prontitud de espíritu, un equilibrio, un donaire, una resolución en las decisiones que nadie –y mucho menos yo mismo– habría sospechado jamás en mí: prodigué de improviso una reserva de dones que presuponen la larga maduración de un carácter; y entretanto el cartel distraía las miradas de los observadores haciéndolas converger en un vaso de peonías que había al lado.

Casos como éstos, que al principio consideraba sólo como excepciones y frutos de la inexperiencia, me sucedían cada vez con mayor frecuencia. Demasiado tarde comprendía que hubiera debido señalar lo que no quería hacer ver, y esconder lo que había señalado: no había manera de llegar antes que la imagen y advertir que no se debía tomar en cuenta el cartel.

Probé hacerme un tercer cartel con la inscripción: NO VALE para levantarlo cuando quería desmentir el cartel anterior, pero en cada galaxia esta imagen sería vista sólo después de la que hubiera debido corregir, y el mal ya estaba hecho y no podía sino añadir una figura ridícula más para neutralizar la cual un nuevo cartel EL NO VALE NO VALE sería igualmente inútil.

Seguía viviendo a la espera del momento remoto en que desde las galaxias llegarían comentarios a los nuevos episodios cargados para mí de incomodidad y desazón, y yo podría contraatacar lanzándoles mis mensajes de respuesta, que ya estudiaba, graduados según los casos. Entretanto las galaxias con las cuales estaba más comprometido giraban ya atravesando el umbral de los miles de millones de años–luz, a tal velocidad que, para alcanzarlas, mis mensajes tendrían que afanarse a través del espacio aferrándose a su aceleración de fuga: una por una desaparecerían entonces del último horizonte de los diez mil millones de años–luz más allá del cual ningún objeto visible puede ser visto, y se llevarían consigo un juicio en adelante irrevocable.

Y pensando en ese juicio que ya no podría cambiar tuve de pronto como un sentimiento de alivio, como si el sosiego sólo pudiera venirme cuando a aquel arbitrario registro de malentendidos no hubiera nada que añadir ni que quitar, y me parecía que las galaxias que iban reduciéndose a la última cola del rayo luminoso salido fuera de la esfera de la oscuridad llevaban consigo la única verdad posible sobre mí mismo, y no veía la hora en que siguieran todas una por una este camino.

## La espiral

*Para la mayoría de los moluscos, la forma orgánica no tiene mucha importancia en la vida de los miembros de una especie, dado que no pueden verse uno al otro o tienen sólo una vaga percepción de los demás individuos y del ambiente. Ello no excluye que estriados de colores vivos y formas que encuentra bellísimas nuestra mirada (como en muchas conchillas de gasterópodos) existan independientemente de toda relación con la visibilidad.*

I

¿Como yo, cuando estaba pegado a aquel escollo, quieren decir preguntó Qfwfq—, con las olas que subían y bajaban, y yo quieto, chato chato, chupando lo que había para chupar y pensar en eso todo el tiempo? Si quieren saber de entonces, poco puedo decirles. Forma no tenía, es decir, no sabía que la tuviera, o sea no sabía que se pudiera tener. Crecía un poco por todas partes, como a mano viene; si a esto le llaman simetría radiada, quiere decir que tenía simetría radiada, pero en realidad nunca me fijé. ¿Por qué hubiera debido crecer más de un lado que de otro? No tenía ni ojos ni cabeza ni ninguna parte del cuerpo que fuera diferente de cualquier otra parte; ahora quieren convencerme de que de los dos agujeros que poseía uno era la boca y el otro el ano, y que por lo tanto ya entonces tenía simetría bilateral ni más ni menos que los trilobites y todos ustedes, pero en el recuerdo yo esos agujeros no los distingo para nada, hacía pasar las cosas por donde me daba la gana, adentro y afuera era lo mismo, las diferencias y los ascos vinieron mucho tiempo después. Cada tanto me daban antojos, eso sí; por ejemplo, de rascarme la axila, o de cruzar las piernas, una vez incluso de dejarme crecer los bigotes en cepillo. Uso estas palabras aquí con ustedes, para explicarme: en ese entonces tantos detalles no podía preverlos: tenía células, poco más o menos iguales entre sí, y que hacían siempre el mismo trabajo, tira y afloja. Pero como no tenía forma, sentía dentro de mí todas las formas posibles y todos los gestos y las posibilidades de hacer ruidos, incluso inconvenientes. En una palabra, no había límites para mis pensamientos, que además no eran pensamientos porque no tenía un cerebro en que pensarlos, y cada célula pensaba por su cuenta todo lo pensable de una vez, no a través de imágenes, que no teníamos a nuestra disposición de ninguna clase, sino sencillamente de esa manera indeterminada de sentirse allí que no excluía ninguna manera de sentirse allí de otra manera.

Era una condición rica y libre y satisfecha la mía de entonces, todo lo contrario de lo que ustedes pueden pensar. Era soltero (el sistema de reproducción de entonces no exigía acoplamientos, ni siquiera provisionales), sano, sin demasiadas pretensiones. Cuando uno es joven tiene por delante la evolución entera con todos los caminos abiertos, y al mismo tiempo puede disfrutar del hecho de estar ahí en el escollo, pulpa de molusco chata y húmeda y feliz. Si se compara con las limitaciones aparecidas después, si se piensa en las otras formas que obliga a excluir el tener una forma, en la rutina sin imprevistos en la cual en cierto momento uno termina por sentirse encajonado, bueno, puedo decir que la de entonces era una buena vida.

Indudablemente vivía un poco concentrado en mí mismo, eso es verdad, no se puede comparar con la vida de relación que se hace hoy; y admito también que he sido —un poco por la edad, un poco por influencia del ambiente— lo que se dice ligeramente narcisista; en una palabra, estaba allí observándome todo el tiempo, veía en mí todos los méritos y todos los defectos, y me complacía tanto en unos como en otros; términos de comparación no había, téngase en cuenta esto también.

Pero no era tan atrasado como para no saber que además de mí existían otras cosas: el escollo al que estaba adherido, desde luego, y también el agua que me llegaba con cada ola, pero también otras cosas más allá, es decir, el mundo. El agua era un medio de información atendible y preciso: me traía sustancias comestibles que yo absorbía a través de toda mi superficie, y otras incomibles pero por las cuales me hacía una idea de lo que había alrededor. El sistema era éste: llegaba una ola, y yo, que estaba pegado al escollo, me levantaba un poquitito, pero algo imperceptible, me bastaba aflojar un poco la presión y, *sflaff*, el agua me pasaba por debajo llena de sustancias y sensaciones y estímulos. Estos estímulos nunca sabías qué giro tomaban, a veces unas cosquillas de reventar de risa, otras veces un estremecimiento, un ardor, una picazón, de manera que era una continua alternancia de diversión y de emociones. Pero no crean que estaba allí pasivo, aceptando con la boca abierta todo lo que venía: desde hacía un tiempo me había formado mi experiencia y era rápido para analizar qué clase de cosa me estaba sucediendo y decidir cómo debía comportarme, para aprovechar del mejor modo o para evitar las consecuencias más desagradables. Todo estaba en el juego de contracciones con cada una de las células que tenía, o en relajarme en el momento justo; y podía hacer mi selección, rechazar, atraer e incluso escupir.

Así supe que había los otros, el elemento que me circundaba estaba repleto de huellas de ellos, otros hostilmente distintos de mí o si no desagradablemente semejantes. No, ahora les estoy dando de mí la idea de un carácter arisco, y no es cierto; desde luego, cada uno continuaba ocupándose de sus cosas, pero la presencia de los otros me tranquilizaba, describía en torno a mí un espacio habitado, me liberaba de la sospecha de constituir una excepción alarmante, por el hecho de que sólo a mí me tocara existir, como un exilio.

Y estaban *las otras*. El agua transmitía una vibración especial, como un *frin-frin-frin*, recuerdo cuando me di cuenta por primera vez, es decir, no la primera, recuerdo cuando me di cuenta de que me daba cuenta de algo que siempre había sabido. Al descubrir su existencia, me asaltó una gran curiosidad, no tanto de verlas, ni de hacerme ver por ellas – puesto que, primero, no teníamos vista, y segundo, los sexos todavía no estaban diferenciados, cada individuo era idéntico a cualquier otro individuo y mirar a otro o a otra me hubiera dado tanto gusto como mirarme a mí mismo–, sino una curiosidad de saber si entre yo y ellas sucedería algo. Una comezón, me dio, no por hacer algo especial, que no hubiera sido el caso sabiendo que no había realmente nada especial que hacer, y de no especial tampoco, sino en cierto modo de responder a aquella vibración con una vibración correspondiente, o mejor dicho: una vibración mía personal, porque ahí sí que resultaba una cosa que no era exactamente igual a otra, es decir, hoy ustedes pueden hablar de las hormonas pero para mí era realmente muy hermoso.

En resumen, hete aquí que una de ellas, *sflif, sflif, sflif*, ponía sus huevos, y yo, *sfluff, sfluff, sfluff*, los fecundaba: todo allí dentro del mar, mezclado, en el agua tibia bajo el sol, no les he dicho que el sol yo lo sentía, entibiaba el mar y calentaba la roca.

Una de ellas, dije. Porque, entre todos aquellos mensajes femeninos que el mar me echaba encima al principio como una sopa indiferenciada en la cual para mí todo era bueno y yo chapuzaba en ella sin fijarme en cómo era ésta y aquella, en cierto momento había comprendido qué era lo que correspondía mejor a mis gustos, gustos que claro está no conocía antes de aquel momento. En una palabra, me había enamorado. Vale decir: había empezado a reconocer, a aislar, de las otras, los signos de una de aquéllas, incluso esperaba esos signos que había empezado a reconocer, los buscaba, incluso respondía a estos signos que esperaba con otros signos que hacía yo, incluso era yo el que provocaba esos signos de ella a los cuales yo respondía con otros signos míos, vale decir, yo estaba enamorado de ella y ella de mí, ¿qué más se podía pedir a la vida?

Ahora las costumbres han cambiado, y a ustedes les parece inconcebible que uno pudiera enamorarse así de cualquiera, sin haberla frecuentado. Y sin embargo, a través de lo suyo inconfundible que quedaba disuelto en el agua marina y que las olas ponían a mi disposición, recibía una cantidad de informaciones sobre ella que no pueden imaginarse, no las informaciones superficiales y genéricas que se tienen ahora cuando se ve y se huele y se toca y se oye la voz, sino informaciones de lo esencial, sobre las cuales podía luego



trabajar largamente la imaginación. Podía pensarla con una precisión minuciosa, y no tanto pensar cómo era, que hubiera sido un modo trivial y grosero de pensarla, sino pensar en ella como si del ser sin forma que era se hubiese transformado, de haber adoptado una de las infinitas formas posibles, pero siendo siempre ella. O sea, no es que me imaginara las formas que ella podría adoptar, sino que me imaginaba la particular cualidad que ella, al adoptarla, daría a aquella forma.

La conocía bien, en una palabra. Y no estaba seguro de ella. Me asaltaban cada tanto sospechas, ansiedades, inquietudes. No dejaba traslucir nada, ustedes conocen mi carácter, pero bajo aquella máscara de impasibilidad pasaban suposiciones que ni siquiera hoy me atrevo a confesar. Más de una vez sospeché que me traicionaba, que dirigía mensajes no sólo a mí sino también a otros, más de una vez creí haber interceptado uno, o haber descubierto en uno dirigido a mí acentos insinceros. Era celoso, ahora puedo decirlo, celoso no tanto por desconfianza de ella, sino por inseguridad de mí mismo: ¿quién me garantizaba que ella hubiera entendido bien quién era yo? Esta relación que se cumplía entre nosotros dos por intermedio del agua marina –una relación plena, completa, ¿qué más podía pretender?– era para mí absolutamente personal, entre dos individualidades únicas y distintas, ¿pero para ella? ¿Quién me garantizaba que lo que ella podía encontrar en mí no lo encontrara también en otro, o en otros dos o tres o diez o cien como yo? ¿Quién me aseguraba que el abandono con que ella participaba de la relación conmigo no fuese un abandono indiscriminado, a la bartola, una juerga –cada uno a su turno– colectiva?

Que estas sospechas no correspondían a la realidad, me lo confirmaba la vibración sumisa, privada, por momentos todavía temblorosa de pudor que tenían nuestras relaciones; ¿pero si justamente por timidez e inexperiencia ella no prestara suficiente atención a mis características y aprovecharan otros para entremeterse? ¿Y si ella, novata, creyese que siempre yo, no distinguiera a uno de otro, y así nuestros juegos más íntimos se extendieran a un círculo de desconocidos...?

Fue entonces cuando me puse a segregare material calcáreo. Quería hacer algo que señalara mi presencia de manera inequívoca, que defendiera esa presencia mía individual de la labilidad indiferenciada de todo el resto. Ahora es inútil que trate de explicar acumulando palabras la novedad de esta intención mía, la primera palabra que he dicho basta y sobra: hacer, quería hacer, y considerando que nunca había hecho nada ni pensado que se pudiera hacer nada, éste era ya un gran acontecimiento. Así empecé a hacer la primera cosa que se me ocurrió, y era una conchilla. Del margen de aquel manto carnoso que tenía sobre mi cuerpo, mediante ciertas glándulas empecé a sacar secreciones que adoptaban una curvatura todo alrededor, hasta cubirme de un escudo duro y abigarrado, áspero por fuera y liso y brillante por dentro. Naturalmente, yo no tenía manera de controlar qué forma adquiriría lo que iba haciendo: estaba allí siempre acurrucado sobre mí mismo, callado y lento, y segregaba. Continué aún después de que la concha me hubiera recubierto todo el cuerpo, y así empecé otra vuelta; en una palabra, me salía una concha de esas todas atornilladas en espiral, que ustedes cuando las ven creen que son tan difíciles de hacer y en cambio basta insistir y sacar poquito a poco el mismo material sin interrupción, y crecen así una vuelta tras otra.

Desde el momento en que la hubo, esta concha fue también un lugar necesario e indispensable para estar adentro, una defensa para mi supervivencia que ay de mí si no la hubiera hecho, pero mientras la hacía no se me ocurría hacerla porque me sirviera, sino al contrario, como a uno se le ocurre lanzar una exclamación que muy bien podría no lanzar y sin embargo la lanza, como quien dice "¡bah!" o "¡eh!", así hacía yo la concha, es decir, sólo para expresarme. Y en este expresarme ponía todos los pensamientos que me inspiraba aquélla, el desahogo de la rabia que me daba, el modo amoroso de pensarla, la voluntad de ser para ella, de ser yo el que era yo, y para ella que era ella, y el amor por mí mismo que ponía en el amor por ella, todas las cosas que se podían decir solamente en aquel caparazón de concha enroscada en espiral.

A intervalos regulares la materia calcárea que segregaba me salía coloreada, así se formaban muchas hermosas rayas que seguían derechas a través de las espirales, y esta concha era algo distinto de mí pero también la parte más verdadera de mí, la explicación de quién era yo, mi retrato traducido a un sistema rítmico de volúmenes y rayas y colores y

materia dura, y era también el retrato de ella traducido a aquel sistema, pero también el verdadero idéntico retrato de ella tal como era, porque al mismo tiempo ella estaba fabricándose una concha idéntica a la mía y yo sin saberlo estaba copiando lo que hacía ella y ella sin saberlo copiaba lo que hacía yo, y todos los demás estaban copiando a todos los demás y construyéndose conchas todas iguales, de tal modo que hubiéramos seguido en el mismo punto de antes si no fuera por el hecho de que es fácil decir que esas conchas son iguales, y si las miras descubres tantas pequeñas diferencias que podrían en seguida volverse grandísimas.

Puedo decir, pues, que mi concha se hacía por sí sola, sin que yo pusiese particular atención en que me saliera bien de una manera más que de otra, pero esto no quiere decir que entretanto yo estuviera distraído, con la cabeza vacía; me aplicaba, en cambio, a aquel acto de segregar, sin distraerme un segundo, sin pensar jamás en otra cosa, es decir: pensando siempre en otra cosa, puesto que la concha no sabía pensarla, como por lo demás no sabía pensar en ninguna otra cosa, sino acompañando el esfuerzo de hacer la concha con el esfuerzo de pensar en hacer algo, o sea cualquier cosa, o sea todas las cosas que después se podrían hacer. De modo que no era siquiera un trabajo monótono, porque el esfuerzo de pensamiento que lo acompañaba se ramificaba en innumerables tipos de pensamientos que se ramificaban cada uno en innumerables tipos de acciones que podían servir para hacer cada uno innumerables cosas, y el hacer cada una de estas cosas estaba implícito en el hacer crecer la concha, vuelta tras vuelta...

## II

*(Hasta que ahora, pasados quinientos millones de años, miro a mi alrededor y veo sobre el escollo el terraplén del ferrocarril y el tren que pasa por encima con una comitiva de muchachas holandesas asomadas a la ventanilla y en el último compartimiento un viajero solo que lee Heródoto en una edición bilingüe, y desaparece en la galería sobre la cual corre el camino para camiones con el gran cartel "Visite la Rau" que representa las pirámides, y un triciclo de heladero trata de pasar a un camión cargado de ejemplares del fascículo "Rh-Stijl" de una enciclopedia en fascículos pero después frena y vuelve a la cola porque la visibilidad está obstruida por una nube de abejas que cruza la carretera procedente de una fila de colmenas situada en un campo del que seguramente una abeja reina se va llevándose detrás todo un enjambre en sentido contrario al humo del tren que vuelve a aparecer en la extremidad del túnel, de modo que no se ve nada debido a ese estrato nebuloso de abejas y humo de carbón como no sea unos metros más arriba un campesino que rompe la tierra a golpes de zapa y sin darse cuenta saca a la luz y vuelve a enterrar un fragmento de zapa neolítica semejante a la suya, en un huerto que circunda un observatorio astronómico con los telescopios apuntando al cielo y en cuyo umbral la hija del guardián está sentada leyendo los horóscopos en un semanario que tiene en la cubierta la cara de la protagonista del film Cleopatra, veo todo esto y no me siento nada maravillado porque hacer la concha implicaba también hacer la miel en el panal de cera y el carbón y los telescopios y el reino de Cleopatra y los films sobre Cleopatra y las pirámides y el diseño del zodíaco de los astrólogos caldeos y las guerras y los imperios de que habla Heródoto y las palabras escritas por Heródoto y las obras escritas en todas las lenguas incluso las de Spinoza en holandés y el resumen en catorce líneas de la vida y las obras de Spinoza en el fascículo "Rh-Stijl" de la enciclopedia en el camión que el triciclo del heladero pasó, y así al hacer la concha me parece que he hecho también el resto.*

*Miro a mi alrededor ¿y a quién busco? Siempre a ella, la busco enamorado desde hace quinientos millones de años y veo en la playa a una bañista holandesa a la que un bañero con cadenita de oro muestra para asustarla el enjambre de abejas en el cielo, y la reconozco, es ella, la reconozco por el modo inconfundible de alzar el hombro basta tocarse casi una mejilla, estoy casi seguro, hasta diría absolutamente seguro si no fuera por cierta semejanza que encuentro también en la hija del guardián del observatorio astronómico, y en la fotografía de la actriz caracterizada de Cleopatra tal como era realmente, por aquello de la verdadera Cleopatra que según dicen continúa en cada representación de Cleopatra, o en la reina de las abejas que vuela a la cabeza del enjambre por el impulso inflexible con que*

*avanza, o era la mujer de papel recortado y pegado en el parabrisas de plástico del triciclo de los helados, con un traje de baño igual al de la bañista en la playa que ahora escucha por una radio de transistores una voz de mujer que canta, la misma voz que escucha por su radio el camionero de la enciclopedia, y también la misma que ahora estoy seguro de haber escuchado durante quinientos millones de años, es seguramente la que escucho cantar y de la que busco una imagen y no veo más que gaviotas planeando sobre la superficie del mar donde aflora el centelleo de un cardumen de anchoas y por un momento estoy convencido de reconocerla en una gaviota y un momento después dudo de que en cambio sea una anchoa, pero podría ser igualmente una reina cualquiera o una esclava nombrada por Heródoto o solamente aludida en las páginas del volumen que ha puesto para señalar su asiento el lector que ha salido al pasillo del tren para trabar conversación con las turistas holandesas, o cualquiera de las turistas holandesas, de cada una de ellas puedo decirme enamorado y al mismo tiempo estoy seguro de estar siempre enamorado solamente de ella.*

*Y cuanto más enloquezco de amor por cada una de ellas, menos me decido a decirles: "¡Soy yo!" temiendo equivocarme y más aún temiendo que sea ella la que se equivoque, me tome por algún otro, por alguno que a juzgar por lo que ella sabe de mí podría también ser intercambiado conmigo, por ejemplo, el bañero de la cadenita de oro, o el director del observatorio astronómico, o una gaviota macho, o una anchoa macho, o el lector de Heródoto, o Heródoto en persona, o el heladero ciclista que ahora ha bajado a la playa por un caminito polvoriento en medio de los higos chumbos y está rodeado por las turistas holandesas en traje de baño, o Spinoza, o el camionero que lleva en su carga la vida y las obras de Spinoza resumidas y repetidas dos mil veces, o uno de los zánganos que agonizan en el fondo de la colmena después de haber cumplido su acto de continuación de la especie.)*

### III

...Esto no quita que la concha fuera sobre todo concha, con su forma particular que no podía ser diferente porque era exactamente la forma que yo le había dado, es decir, la única que yo sabía y quería darle. Al tener la concha una forma, también la forma del mundo había cambiado, en el sentido de que ahora comprendía la forma del mundo tal como era sin la concha más la forma de la concha.

Y esto tenía grandes consecuencias: porque las vibraciones ondulatorias de la luz, al golpear los cuerpos, les extraen particulares efectos, el color sobre todo, es decir, aquella materia que usaba para hacer las rayas y que vibraba de otra manera que el resto, pero también el hecho de que un volumen traba una relación especial de volúmenes con los otros volúmenes, todos fenómenos de los cuales yo no podía darme cuenta y que sin embargo existían.

La concha también estaba en condiciones de producir imágenes visuales de conchas, que son cosas muy similares —a juzgar por lo que se sabe— a la concha misma, sólo que mientras la concha está aquí ellas se forman en otra parte, posiblemente en una retina. Una imagen suponía, pues, una retina, la cual a su vez presupone un sistema complicado que remata en un encéfalo. Es decir, yo al producir la concha producía también la imagen —y no una, sino muchísimas, porque con una concha sola se pueden hacer todas las imágenes de concha que se quiera—, pero sólo imágenes potenciales porque para formar una imagen se precisa todo lo necesario, como decía antes: un encéfalo con sus respectivos ganglios ópticos, y un nervio óptico que lleve las vibraciones de afuera hasta adentro, cuyo nervio óptico en la otra punta termina en algo hecho a propósito para ver lo que hay afuera, que sería el ojo. Ahora es ridículo pensar que teniendo el encéfalo uno mande un nervio como si fuera un sedal lanzado a la oscuridad y mientras no le despuntan los ojos no pueda saber si afuera hay algo que ver o no. Yo de este material no tenía nada; por lo tanto, era el menos autorizado para hablar de él; pero me había hecho una idea personal, esto es, que lo importante era constituir imágenes visuales y después los ojos vendrían como consecuencia. Por lo tanto, me concentraba para hacer de manera que lo que de mí estaba afuera (y también lo que de mí en el interior condicionaba lo exterior) pudiera dar lugar a una

imagen, es más, a la que posteriormente se hubiera considerado una bella imagen (comparándola con otras imágenes definidas menos bellas, feúchas, o feas de dar miedo).

Un cuerpo que consigue emitir o reflejar vibraciones luminosas en un orden distinto y reconocible –pensaba yo–, ¿qué hace con esas vibraciones? ¿Se las mete en el bolsillo? No, las descarga en el primero que pasa cerca. ¿Y cómo se comportará éste frente a vibraciones que no puede utilizar y que tomadas así quizás fastidian un poco? ¿Esconderá la cabeza en un agujero? No, las proyectará en aquella dirección hasta que el punto más expuesto a las vibraciones ópticas se sensibilice y desarrolle el dispositivo para disfrutar de ellas en forma de imágenes. En una palabra, el enlace ojo–encéfalo yo lo pensaba como un túnel excavado desde afuera, por la fuerza de lo que estaba listo para convertirse en imagen, más que desde adentro, o sea desde la intención de captar una imagen cualquiera.

Y no me equivocaba: todavía hoy estoy seguro de que el esquema –en sus grandes líneas– era justo. Pero mi error estaba en pensar que la vista nos vendría a nosotros, es decir, a ella y a mí. Elaboraba una imagen de mí armoniosa y coloreada para poder entrar en la receptividad visual de ella, ocupar su centro, establecerme allí, para que ella pudiera disfrutar de mí continuamente, con el sueño y con el recuerdo y con la idea, además de con la vista. Y yo sentía que al mismo tiempo ella irradiaba una imagen de sí misma tan perfecta que se impondría a mis sentidos brumosos y lentos, desarrollando en mí un campo visual interno donde definitivamente fulguraría.

Así nuestros esfuerzos nos llevaban a convertirnos en esos perfectos objetos de un sentido que no se sabía bien aún qué era y que después llegó a ser perfecto justamente en función de la perfección de su objeto que éramos justamente nosotros. Digo la vista, digo los ojos; una sola cosa no había previsto: los ojos que finalmente se abrieron para vernos eran, no nuestros, sino de otros.

Seres informes, incoloros, sacos de vísceras puestas como cayeran, poblaban el ambiente que nos rodeaba, sin tener la más mínima idea de lo que harían de sí mismos, de cómo expresarse y representarse en una forma estable y acabada y tal que enriqueciera las posibilidades visuales del que la viese. Van, vienen, se hunden un poco, emergen un poco en aquel espacio entre aire y agua y escollo, giran distraídos, dan vuelta; y, entretanto, nosotros yo y ella y todos los que nos empeñábamos en expresar una forma de nosotros mismos, estamos allí atareados en nuestra oscura faena. Por mérito nuestro, aquel espacio mal diferenciado se convierte en un campo visual, ¿y quién aprovecha? Los intrusos, los que nunca habían pensado en la posibilidad de la vista (porque, como eran feos, nada hubieran ganado viéndose entre ellos), los que habían sido más sordos a la vocación de la forma. Mientras nosotros agobiados cargábamos con el trabajo pesado, es decir, hacer que hubiera algo que ver, ellos bien calladitos se quedaban con la parte más cómoda: adaptar sus perezosos, embrionarios órganos receptivos a lo que había que recibir, es decir, nuestras imágenes. Y no me vengan con que fue una brega laboriosa también la de ellos: de aquella papilla mucilaginosa que les llenaba la cabeza podía salir todo, y no hace falta mucho para sacar un dispositivo fotosensible. Pero para perfeccionarlo, ¡te quiero ver! ¿Cómo hacer si no tienes objetos visibles que ver, y vistosos, y que se impongan a la vista? En una palabra se hicieron los ojos a costa nuestra.

Así, la vista, nuestra vista, que oscuramente esperábamos, fue la vista que los otros tuvieron de nosotros. De cualquier manera, la gran revolución se había producido: de pronto en torno a nosotros se abrieron ojos y córneas, iris y pupilas: ojos túmidos y descoloridos de pulpos y sepias, ojos atónitos y gelatinosos de dorados y salmonetes, ojos protuberantes y pedunculados de camarones y langostas, ojos salientes y facetados de moscas y de hormigas. Una foca avanza negra y brillante guiñando sus ojos pequeños como cabezas de alfiler. Un caracol proyecta las bolas de los ojos en la punta de largas antenas. Los ojos inexpressivos de una gaviota escrutan la superficie del agua. Del otro lado de una máscara de vidrio los ojos fruncidos de un pescador submarino exploran el fondo. Detrás de un largavista los ojos de un capitán de altura y detrás de gafas negras negras los ojos de una bañista convergen sus miradas en mi concha, después las cruzan entre sí, olvidándose. Enmarcados por lentes de présbita siento sobre mí los ojos présbitas de un zoólogo que trata de encuadrarme en el ojo de una Rolleiflex. En ese momento un cardumen de menudísimas anchoas recién nacidas pasa delante de mí, tan pequeñas que en cada

pececito blanco parece que sólo hubiera lugar para el puntito negro del ojo, y es un polvillo de ojos que atraviesa el mar.

Todos esos ojos eran los míos. Los había hecho posibles yo; yo había tenido la parte activa; yo les proporcionaba la materia prima, la imagen. Con los ojos había venido todo lo demás; por lo tanto, todo lo que los otros, teniendo los ojos habían llegado a ser, en todas sus formas y funciones, y la cantidad de cosas que teniendo los ojos habían logrado hacer en todas sus formas y funciones, salía de lo que había hecho yo. No por nada estaban implícitas en mi estar allí, en mi tener relaciones con los otros y con las otras, etcétera, en mi ponerme a hacer la concha, etcétera. En una palabra, había previsto realmente todo.

Y en el fondo de cada uno de esos ojos habitaba yo, es decir, habitaba otro yo, una de las imágenes de mí mismo, y se encontraba con la imagen de ella, la más fiel imagen de ella, en el ultramundo que se abre atravesando la esfera semilíquida del iris, la oscuridad de las pupilas, el palacio de espejos de la retina, en nuestro verdadero elemento que se extiende sin orillas ni confines.

\*\*\*